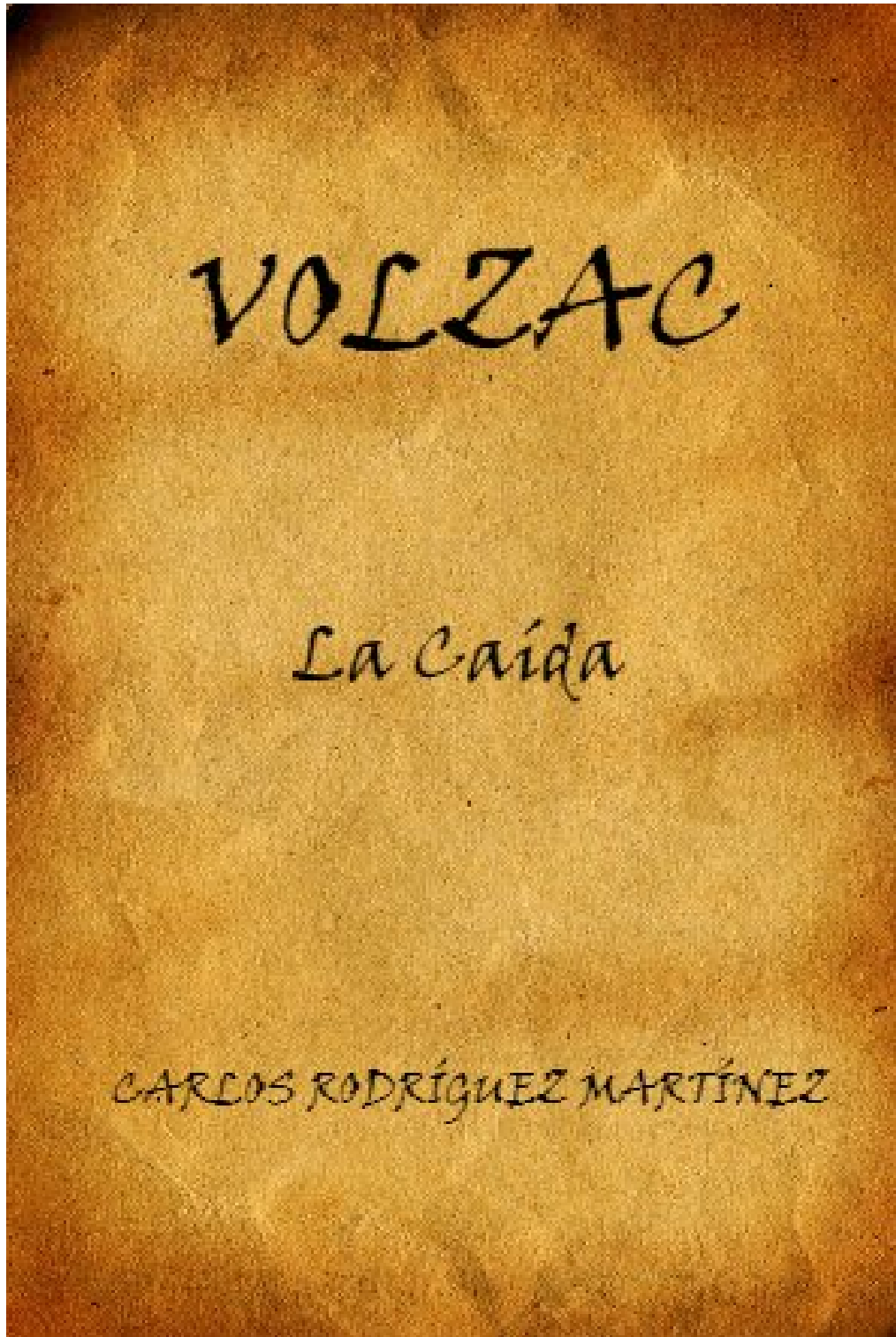


VOLZAC (La Caída)

Carlos Rodríguez Martínez



Capítulo 1

“En tiempos de Dioses, la fe es el arma más poderosa”.

Capítulo 2

EL PRINCIPIO DEL FIN

El elegante repicar del campanario de la catedral acompañó, por unos segundos, el inquietante avance de la niebla sobre las calles y las casas que desaparecían dentro de una atmósfera fantasmagórica que seguía engullendo la ciudadela a su paso.

De repente, una desdibujada silueta se adentró en el lúgubre y nocturno escenario. Cubierta por una deshilachada túnica, recorría a trompicones el enjambre de estrechos y tortuosos pasajes que se presentaban a su paso atravesando los jirones de vaho que, como si de niños pequeños se trataran, intentaban despistarla en su desesperado intento de huida. La angustia que desprendían sus torpes movimientos reflejaban su actual estado de ansiedad...

Capítulo 3

LA FIESTA

Alrededor de unas pequeñas mesas de madera tallada, puestas para la ocasión y abarrotadas de bandejas con succulentos canapés y copas del mejor vino, lo más selecto de la nobleza y el clero compartían anécdotas dentro de un bullicio distendido mientras aguardaban por la llegada de los protagonistas de la velada. El carácter refinado del evento contrastaba con los animados y populares festejos celebrados a lo largo del día en Nighem en honor a sus reyes.

El reflejo de las ostentosas lámparas sobre el exquisito mármol del suelo y unos cuidados tapices y tablillas, que decoraban las paredes y atrapaban con su belleza e historia a los invitados que descubrían el lugar por primera vez, presentaban el lugar elegido para llevar a cabo la fiesta: la sala de recepciones del castillo.

Un grupo de hombres, apostados al fondo de la sala, hizo sonar los primeros acordes musicales al vislumbrar la entrada de los homenajeados. La melodía, como si de una señal se tratase, apremió a todos los presentes a abandonar sus animadas charlas para ofrecerles un caluroso recibimiento.

Maximilian Volzac, entrando de la mano de su mujer, se mostró, al igual que ella, agradecido por la bienvenida recibida.

—Se les ve muy felices —inició una dulce voz femenina.

No obtuvo respuesta.

—Oye... —la mujer, que tenía a su acompañante agarrado de la mano, le dio un pequeño tirón para llamar su atención—. ¿Me estás escuchando?

El matrimonio real aprovechó el corrillo improvisado que formaron los invitados para acceder al centro del recibidor y, con estilo y complicidad, comenzar a bailar.

—Perdona —el hombre se centró en ella sin dejar de mirar a los reyes—. ¿Qué decías?

—Decía... —se propuso repetirlo con una sonrisa—. Que a tus padres se les ve muy contentos.

Antes de dar su opinión los volvió a mirar. Su actitud desenfadada le daba la razón a la observación hecha por su pareja pues disfrutaban del baile entre alegres confidencias mientras eran observados, con deleite y en

silencio, por el resto de los presentes.

—Es un día especial, es lógico —reconoció con indiferencia.

La felicidad que desprendían sus padres contrastaba con la actual desidia de su hijo.

—Podías disimular un poco —criticó su más que notable desgana.

—Lo siento —no sonó muy convincente—, pero ya sabes que no me gustan este tipo de celebraciones.

La mujer suspiró decepcionada y él, buscando su perdón, empezó a hacerle arrumacos perdiendo cualquier tipo de interés en el resto de la sala.

—Jamás comprenderé cómo te has podido convertir en la persona que eres con esa clase de declaraciones tan criticables —lo disculpó sonriendo por culpa de las cosquillas que le estaba provocando.

—Encantos ocultos que tiene uno —satisfecho por su logro, presumió recuperando la compostura.

—¿Crees que podremos llegar a ser como ellos? —posó su cabeza sobre su hombro volviendo a mostrar interés en los reyes y su baile.

Vaciló tras escuchar su aspiración.

—Te recuerdo que yo no seré rey... —le pasó un brazo por encima para acomodarla—. Así que dudo que en alguno de nuestros futuros aniversarios te pueda agasajar con una fiesta parecida a ésta.

—Pero yo si seré reina —recordó con hartazgo.

—¡Es verdad! —exclamó con tono irónico—. Siempre me olvido de esa parte.

—Idiota —volvió a sonreír al darse cuenta de que estaba bromeando con ella—. Mudshire no es Ingham, pero también tiene sus encantos. Estaremos bien, ya lo verás.

Los reyes terminaron su baile y los aplausos inundaron la sala acabando así con la música y la romántica y breve escena.

—Buenas noches... —Maximilian se dispuso a pronunciar unas palabras cuando la ovación se fue apagando.

Se trataba de un hombre alto y espijado, con rasgos faciales muy marcados y unos ojos tan expresivos que eran capaces de intimidar a cualquiera que se lo propusiera con tan sólo una mirada.

—Buenas noches —repitió aclarando la voz para poder ser bien escuchado por todos los presentes cuando el silencio se lo permitió.

Su buena presencia, a pesar de las arrugas propias de la edad y su cabello grisáceo, resaltaba de manera especial gracias al traje de gala que vestía al igual que sus dos hijos. La chaqueta, blanca y abotonada, tenía bordados dorados sobre los puños, las mangas y los hombros, y sobre ella descansaba una llamativa banda azulada que se presentaba como la única salvedad con respecto al vestuario de sus hijos. El cinturón que ceñía la chaqueta al cuerpo era de buen cuero negro e iba a juego con unas botas, recién estrenadas, que cubrían gran parte de las perneras de sus oscuros pantalones.

—Quisiera empezar esta intervención dándoos las gracias a todos vosotros por complacernos a mi familia y a mí con vuestra presencia esta noche...

Nuevos aplausos lo interrumpieron.

—Muchas gracias, de verdad.

Sin querer que el momento tomase demasiada trascendencia, quiso continuar.

—Con vuestro permiso, y antes de ponernos serios, me gustaría hacer un par de cosas... —los avisó—. La primera, felicitar a mi mujer, pues esta es su noche.

Los ánimos generales se concentraron en la figura de la reina. Adela, detenida detrás de su esposo, se ruborizó avergonzada y eludió la oportunidad de hablar que él le ofreció.

—Dice que está encantada con ser el centro de atención —provocó una cómplice risotada general.

El ambiente festivo se dejaba notar en sus relajadas palabras.

—La otra cosa que quiero hacer antes de nada es reclamar la presencia de nuestros hijos para que nos acompañen a su madre y a mí en este momento... Mathias, Alexander.

Uno de ellos no tardó en aparecer sorteando a algunos de los presentes mientras estos aplaudían y los buscaban con la mirada apartándose para dejarles paso hasta el centro del recibidor. Sujetando una copa de vino en la mano, su caminar era firme y a su paso no eran pocas las mujeres que

escondían su mirada disimulando su deseo con timidez.

—Aquí tenéis al que en poco tiempo será nuestro rey... Mathias Volzac —lo recibió con los brazos abiertos—. Va siendo hora de pensar en ceder el testigo y de que la sangre joven nos guíe en los tiempos que están por venir.

El príncipe agradeció las palabras de su padre y, como si de un acto protocolario se tratase, se detuvo a la vera de su madre esperando la llegada de su hermano.

—Tu padre te reclama... —la princesa de Mudshire, con orgullo, se separó de su pareja y se unió a los ánimos generales que lo invitaban a incorporarse junto al resto de su familia—. Acto familiar.

Alexander, con reticencias, fue al encuentro de los suyos con falso entusiasmo.

—Y aquí está vuestro idolatrado capitán... —Maximilian acabó por encontrarlo entre la pequeña multitud—. Quien ha regresado hoy mismo, a tiempo de acompañarnos esta noche.

El menor de los Volzac hizo del abrazo paterno un gesto mucho más fugaz que el vivido por su hermano. Actitud que no repitió con el resto de su familia a los que sí saludó con cariño y cordialidad cuando se unió a ellos.

—Padre...

Mathias, una vez su hermano se puso al otro lado de su madre, se atrevió a interrumpir para pedir el uso de la palabra. El rey, sorprendido por la inesperada petición, no dudó en dársela.

—Prometo ser breve —bromeó para gracia de los asistentes—. En vista de que todo ha salido a la perfección, quisiera decir unas palabras...

El heredero era un hombre atractivo. Un galán que gracias a una mirada confiada y una tímida pero encantadora sonrisa se había convertido en todo un conquistador con el paso de los años.

—Mi primera mención es para las personas que me han ayudado a que esta fiesta sea posible: Isaías, Helena... —los nombró con solemnidad señalándolos con su copa—. Tengo que agradecerlos la paciencia que habéis demostrado para conmigo durante todo el día. Os prometo que no sabía de mi recién descubierta inutilidad para organizar un evento de semejantes características.

Sabía transmitir y desprendía una insultante seguridad haciendo uso de la palabra. Sus gestos, su tono de voz y su actual y relajada postura

corporal así lo remarcaban. Su madurez demostraba, por lo menos a sus propios ojos, que ya estaba preparado. Se sentía listo para asumir su futuro rol y las responsabilidades que correspondían al cargo. La sombra de su padre era alargada, pero había aprendido a soportar esa presión desde muy joven.

—También me gustaría referirme a todos vosotros... —levantó la copa para incluir en su nueva dedicatoria a todos los invitados—. Como bien ha dicho mi padre, gracias por acompañarnos esta noche y por seguir demostrando día a día esa inquebrantable fidelidad a mi familia y a la corona.

Los presentes recibieron de buen grado los halagos para satisfacción de un Maximilian que observaba en silencio la actuación de su primogénito.

—Y antes de que se me olvide, y con vuestro permiso, quisiera hacer una alusión —creó expectación con su intención—. No puedo dejar pasar esta oportunidad para nombrar a la única persona a la que envidio en esta sala pues posee algo maravilloso —guardó un breve silencio que sirvió para acrecentar la curiosidad general—. Se trata de mi hermano —la revelación causó sorpresa e interés—. Si, damas y señores, han oído bien. Envidio a mi hermano pequeño porque tiene en su poder el bien máspreciado al que aspiro como hombre... el amor correspondido.

La gente no supo cómo reaccionar ante lo que entendían como un nuevo chascarrillo. Con todo lo ocurrido meses atrás, bromear al respecto estaba de más.

—Pero puedes estar tranquilo, he decidido perdonarte —se acercó a él con una sonrisa socarrona—. El espejo me recuerda cada mañana que me quedé con el atractivo familiar además de la corona... —posó la mano que tenía libre sobre su hombro a modo de gesto cómplice—. Y algo te tenía que dejar a ti.

Este último comentario sirvió para aliviar la tensión causada por el momento anterior y trajo consigo de vuelta las sonrisas al receptor. Muecas a las que se unieron ambos hermanos.

—Y mi última dedicatoria es tan especial como necesaria e imaginada...

Tras unos segundos de disfrute con su hermano, Mathias recobró la serenidad que requería el momento que estaba por venir.

—Y lo es porque está dirigida a las dos personas más importantes e influyentes que hay en mi vida —sus palabras describían ternura y orgullo—. De ella diré que ha sabido ganarse el respeto de nuestra sociedad a pesar de sus orígenes humildes y que a día de hoy tiene todo

vuestro cariño y admiración por ello...

Acompañado por nuevos aplausos, se acercó a su madre y le dio un sentido beso en la mejilla. La reina agradeció su gesto sin mucha efusividad.

—Respecto a mi padre qué decir... —se acercó a él—. Es todo un orgullo ser vuestro hijo y sucesor. Espero poder cumplir las expectativas que tenéis depositadas sobre mí. Sé que son muchas y exigentes, pero también sé que son las necesarias para convertirme en el rey que estas tierras se merecen.

Lo volvió a abrazar para deleite general.

—Y ahora hacerme todos un favor... ¡alcemos nuestras copas por ellos!, ¡por los reyes de Ingham!

Toda la sala, a excepción de Alexander, se unió a su petición y el multitudinario brindis fue realizado con gran entusiasmo.

—Han sido unas bonitas palabras, hijo —lo felicitó Maximilian—, pero es momento de que recupere la palabra.

Mathias no dudó en devolverle el centro de atención y volvió al lado de su madre y de su hermano.

—¿Y qué piden nuestros reyes en su aniversario? —una voz anónima se atrevió a interrumpir aprovechando el relajado ambiente de la celebración.

Un repentino silencio se apoderó del rey al escuchar la pregunta.

—Creo que sería hipócrita por nuestra parte pedir algo en los difíciles tiempos que estamos viviendo —respondió desviando su mirada hacia su mujer—, pero os puedo confesar que mi mayor deseo ya lo hice realidad hace cuarenta y un años.

Le ofreció la mano antes de continuar. Adela, en el medio de sus hijos, fue con él.

—Cuando me levanto por las mañanas agradezco a los Dioses, con ofrendas y oraciones, que te pusieran en mi camino... —fijó su mirada en la suya—. Cada día que paso a tu lado es un inmenso regalo que intento disfrutar lo máximo posible —le acarició la mejilla—. Ni la victoria más gratificante en el campo de batalla se puede comparar. Fuiste y siempre serás mi mayor triunfo en esta vida.

Terminó su declaración con un delicado beso que emocionó a toda la sala, en especial al sector femenino.

—Y después de esta bonito paréntesis...

Adela volvió junto a sus hijos.

—Voy a aprovechar esta ocasión para tratar los temas que tan preocupados nos tienen en los últimos tiempos...

El momento ameno dio paso a la formalidad. Maximilian asumió, con naturalidad y seriedad, su papel de soberano.

—Todos los aquí presentes somos conscientes de la actual y difícil situación que padecen nuestras tierras. Los temporales siguen asolando las cosechas y los alimentos empiezan a escasear en algunas zonas provocando situaciones complicadas de afrontar. Miedo a revivir experiencias pasadas como lo sucedido en Galawent están en la cabeza de todos nosotros creando una especie de conciencia colectiva que nos está empujando a dividir nuestro propio reino... y eso es algo que no nos podemos permitir —describió, en pocas palabras, el complicado presente que estaba viviendo el imperio—. Son tiempos de unión y sacrificio, de fe y esperanza, de luchar por salir adelante, pero para poder conseguirlo tenemos que hacerlo todos juntos, sin fisuras.

Su elocuencia mantenía la atención de todo el mundo.

—Sólo si nos mantenemos unidos como nación podremos superar esta crisis —afirmó con rotundidad—. Si lo hacemos estoy convencido de que los Dioses se mostrarán misericordiosos con todos nosotros.

La aprobación general acompañó a sus nuevas palabras.

—Gracias —pidió medida demostrando que aún no había acabado—. Respecto a los intimidantes rumores que anuncian el inminente inicio de la guerra contra Sulán, os puedo asegurar que tanto mi hijo mayor como yo estamos haciendo todo lo posible por evitar que ésta se suceda. Las vías diplomáticas se encuentran en su etapa más avanzada y como buena prueba de ello hoy tenemos la inmensa fortuna de contar entre nosotros con una invitada de excepción...

Un leve pero interesante silencio precedió al momento de la presentación.

—Me complace presentaros, a todos aquellos que aún no la hayáis reconocido, a la princesa de Sulán... Sarah Abalón —entonó con notable entusiasmo.

El gentío demostró el júbilo que le producía su presencia. Su estadía, planeada para varios días, debía de servir para encontrar soluciones pacíficas a un conflicto que nadie parecía querer.

—Deseo que éste sea el inicio de una estrecha y satisfactoria relación entre imperios —se dirigió a ella para hacerla partícipe de sus esperanzas.

Sarah agradeció sus calurosas palabras de bienvenida.

—Y después de este molesto pero necesario discurso, os ruego que sigáis disfrutando de la fiesta —ordenó que la música volviese a sonar—. Espero que sea una noche inolvidable para todos...

2

El ambiente festivo volvió a imperar acompañado de un armonioso compás musical que animó a los más atrevidos a bailar mientras que la gran mayoría recuperaba las ociosas conversaciones que mantenían antes de la llegada de los reyes.

—Buen discurso, padre —lo felicitó Mathias.

El príncipe quiso aprovechar el momento de reunión familiar para hacer un breve intercambio de pareceres.

—Gracias, pero creo que es justo que seamos nosotros los que te felicitemos a ti —aclaró de manera agradable—. Esto es mucho más de lo que nos habíamos imaginado tu madre y yo.

—Todo el mérito ha sido de Helena e Isaías —fue sincero—. Además, os lo merecéis. Ahora disfrutar. Todo esto es en vuestro honor.

Maximilian aceptó el consejo y animó a su mujer a mezclarse con los invitados. La reina, según se alejaban, se dio la vuelta y, feliz como estaba, miró a sus hijos. Una tierna sonrisa apareció en su cara cuando sus ojos se cruzaron con los de su hijo pequeño.

—Las palabras que le ha dedicado padre han sido un poco empalagosas, pero a madre le han encantado... irradia felicidad —objetó Alexander mientras los seguían observando desde la distancia.

El paso de los años no había podido borrar el poso de belleza angelical que había atrapado al mismísimo heredero de Ingham hace algo más de cuatro décadas. Mujer de carácter afable y cariñoso, Adela respetaba su papel secundario de cara a la sociedad, pero no así con sus hijos. Ella mejor que nadie, por sus orígenes y por estar tantos años al lado de Maximilian, era consciente del poder que tenían por ser descendientes de

quien eran. Algo que siempre había intentado evitar que se les subiera a la cabeza demostrando su lado más crítico y autoritario para con ellos a la hora de reprocharles cualquier tipo de conducta inapropiada a sus ojos.

—Mira quién habla... —reprochó Mathias con sorna—. Si tú eres mucho peor.

—Eso no es cierto —replicó entre ofendido e incrédulo por la comparación.

—Te recuerdo que os he tenido que soportar a Helena y a ti en los últimos años —reafirmó su acusación—. Además, ha sido tu regreso el que le ha devuelto la sonrisa a madre. Estaba muy preocupada por ti.

Volvió a mirar a su madre que, ajena a la charla que mantenía con su hermano, disfrutaba de la fiesta mientras departía con unos cuantos invitados. Su vestido celeste cubría la figura de una esbelta mujer y ayudaba a resaltar su apagada melena rubia y unos cálidos y felinos ojos azules.

—Aunque no ha sido la única.

Entendió que se refería a Helena y la buscó con la mirada. La princesa, al igual que hacía su madre, dialogaba de manera amistosa con algunos de los asistentes.

—Yo también la he extrañado —reconoció.

—¿Ves cómo eres peor que padre? —se le escapó una sonrisa con su declaración.

Alexander se unió a sus risas de manera cómplice.

—Por lo que veo sigues con tu disputa personal contra él —volviendo a recuperar la compostura, Mathias le hizo ver que se había percatado—. No le has dirigido la palabra.

—Creo que todo quedó bastante claro esta tarde —refutó con desdén borrando cualquier rastro de alegría de su rostro.

—Detecto mucho rencor en tus palabras, hermano... y eso no es bueno.

—Prefiero el rencor que me achacas a la hipocresía disfrazada de esperanza que él pregona —sentenció.

—Es parte de su labor —lo defendió.

—Sea como sea es mejor así. Dejemos que la gente siga pensando que somos una familia unida y feliz, y más en una noche tan señalada.

Un incómodo silencio se hizo entre ambos por culpa de la obstinación de Alexander.

—¿Cómo han estado las cosas por aquí? —quiso recuperar la cordialidad perdida con su hermano mayor—. Con mi “triunfal” regreso no he tenido tiempo de ponerme al día.

—¿De verdad lo quieres saber?

—¿Tan duro ha sido?

El cariz del príncipe cambió por completo imitando su reacción anterior.

—Veo que ya estás enterado —a Mathias se le escapó un suspiro de hartazgo.

—Algunas noticias me han llegado.

—Digamos que tu vuelta me ha liberado de las habladurías —bromeó intentando devolver el tono ameno a la conversación.

Alexander lo miró con interés.

—¿Mucha penitencia que pagar?

—Estoy en ello —desveló con satisfacción—. Esta fiesta me ha dado la oportunidad perfecta para redimirme con las altas esferas.

—Han sido unos buenos brindis —entendió a qué se refería.

—A padre siempre le han gustado las declaraciones improvisadas...
—presumió guiñándole un ojo.

Sonrió con su treta. Envidiaba su astucia.

—Mathias Volzac, el hombre más manipulador que he conocido en toda mi vida —lo piropeó con ironía.

—Sabes que no me gusta presumir de ello.

El príncipe, entre risas cómplices, remató la copa que tenía en la mano y la cambió por otra llena.

—Veo que lo ocurrido no ha hecho que te replantees nada —apuntó con

ligera decepción.

—Por supuesto que lo ha hecho —lo contradijo con seriedad.

—¿Y ese cambio será suficiente para el pueblo?

Las conversaciones entre hermanos eran claras y directas.

—Vamos, Alexander, míralos... —quiso abrirle los ojos—. Las clases más altas de nuestra sociedad están aquí presentes y lo mejor que podemos decir en su favor es que son fieles a padre sin importar las consecuencias de sus actos con ello. A esta gente no les importa las penurias de la plebe, sólo les interesa mantener su estatus y sus privilegios.

—Te recuerdo que estas mismas personas serán las que te respalden cuando ocupes el trono.

—Por favor, ¿de verdad crees que no son conscientes de que todo el discurso de padre ha sido un simple formalismo? —rebatí.

—Que su rey los engañe no es su culpa —puntualizó con rencor.

—Admiro tu fe en las personas, pero no sigas pensando así de esta gente. No se lo merecen —insistió en su desprestigio—. Son los mismos que hace dos años fingieron un luto por lo acontecido en Galawent para guardar las apariencias, cuando tú y yo sabemos que en privado no hicieron otra cosa más que presionar a padre para que actuase como lo hizo.

Tenía razón así que guardó silencio. No iba a ser tan hipócrita de contradecirlo cuando él mismo los había condenado por su cobarde forma de actuar tras aquella tragedia.

—La mayoría de ellos basan sus riquezas en la fertilidad de sus terrenos en los poblados más alejados de Nighem y tienen pánico a sufrir el cambio de ser señores a simple plebe en caso de que los temporales no remitan pronto —señaló con antipatía animado por su silencio—. Saben que están en el bando ganador y harán lo necesario por permanecer en él aunque ello suponga renunciar a cualquier tipo de ética o conciencia que puedan tener... —ratificó su desprecio—. Y yo soy el mejor ejemplo para desenmascararlos. Después del escándalo y toda la controversia que levantaron mis actos ya has visto como aplaudían y reían mis intervenciones. Estamos del lado correcto, Alexander... nosotros no somos rebaño, somos pastores.

—No todo el mundo celebró tus palabras ni gracias —matizó de manera inoportuna.

Mathias agachó la cabeza apesadumbrado.

—Nunca la había visto tan decepcionada conmigo como cuando se descubrió todo —tomó un leve sorbo de su copa.

—Lamento oír eso, pero te acabará perdonando. Es madre, siempre lo hace —fue condescendiente para con él.

Mathias agradeció sus palabras.

—Soy consciente de que lo que hice estuvo mal, pero para ser sincero no me arrepiento de nada —bebió un poco más.

A Alexander le sorprendió su confesión.

—Habías perdido la perspectiva. Tu propio juego te había atrapado —lo quiso hacer entrar en razón.

—Y no lo discuto, pero me niego a cargar con el sentimiento de culpa —asumió su responsabilidad con matices.

—Tus actos tuvieron consecuencias.

—Todas nuestras acciones las tienen, pero ese hombre se convirtió en un mártir a mi costa —su acusación desprendió mucho resentimiento.

El enigmático tema que estaban tratando era el actual caballo de batalla del príncipe y la principal razón por la que su ascensión al trono no era bien vista.

—Nunca entenderé cómo pudiste llegar a semejante situación. Has estado con decenas de mujeres, ¿por qué arriesgarte de esa manera? —dejó que la curiosidad hablase por él.

Mathias a pesar de ser el futuro rey del imperio más importante del mundo conocido, seguía soltero y sin compromiso. Sorprendente estado, a sus cuarenta y un años, que tenía su explicación en su conocida y criticada fama de donjuán y la revelación que había manchado su prestigio.

—Porque al final siempre era lo mismo —afirmó con indiferencia—. Pero reconozco que si algo he aprendido con lo ocurrido, y con los años, es que todas las mujeres guardan una parte oculta, una personalidad que incluso ellas mismas temen —compartió convencido—. Casadas o solteras, maduras o jóvenes, todas ellas pierden la cabeza cuando se sienten deseadas y atendidas por un hombre atractivo.

—¿De verdad crees eso?

—En el fondo toda mujer quiere gustar, hermano. Es parte de su naturaleza —se vanaglorió de sus conocimientos—. Las solteras porque esperan que ese hombre sea el príncipe azul por el que tanto tiempo llevan suspirando, y las casadas porque anhelan que ese hombre les devuelva la pasión perdida tras el matrimonio. Es así de sencillo... su dignidad desaparece cuando el deseo las posee.

—Con opiniones como ésta no me extraña que madre esté decepcionada contigo.

Ambos rieron con el apunte. La camaradería entre ambos era notable.

—Quiero darte las gracias por escucharme. Es bueno tener a alguien que lo haga sin juzgarme —admitió.

—No tienes nada que agradecer, eres mi hermano.

Mathias lo miró con curiosidad atraído por su afirmación.

—Interesante saber que a pesar de lo difícil que se pongan las cosas esa lealtad siempre estará presente —se sintió satisfecho por la respuesta recibida.

—Siempre Volzac —le dio una palmada en el brazo.

El heredero volvió a beber mientras fijaba su mirada en los invitados.

—Me reconforta saber que cuento con el apoyo del héroe local
—argumentó con retintín.

—No sigas por ahí —lo interrumpió asqueado.

—¿Eso que veo son grietas en la figura del idealizado capitán? —preguntó con sorna recuperando su interés en él—. De ser así permíteme que desde mi posición de hermano mayor te dé un pequeño consejo: cuídate de mostrarte vulnerable ante las masas. Una vez eres grande a sus ojos, la caída en caso de decepcionarlos te condenará y tus logros sólo serán recordados cuando dejes este mundo.

La reflexión se grabó al instante en su cabeza.

—Por lo que veo somos unos hijos ejemplares. Padre y madre pueden estar muy orgullosos de nosotros —ironizó.

—En nuestras manos tenemos que cambien de opinión. Yo por mi parte ya lo estoy intentando conseguir —anunció su propósito—. Mi vida libertina

forma parte de mi pasado. Me he dado cuenta de que es el camino que debo de seguir para ser la persona que estoy destinada a ser.

Ambos hermanos seguían conversando mientras contemplaban sin mucho interés las idas y venidas del resto de la sala.

—¿Y cómo llevas la búsqueda de la sucesora de madre? —aprovechó sus últimas palabras para centrar la charla en ese tema más distendido.

—Es... —buscó la palabra apropiada para contestar—. Difícil. La mujer elegida tiene que estar a la altura de las expectativas. Algo complicado viendo a quién tiene que relevar.

—¿Y qué me dices de la princesa de Sulán? —la observó entre el gentío—. La parte de la monarquía la tendrías muy bien cubierta y es una mujer muy bella. Sería una digna sucesora.

—No lo creo. Es demasiado pretenciosa —la juzgó con contundencia.

—Si, como tú —replicó con mordacidad.

—Exacto.

Ambos volvieron a reír.

—Sería un choque constante de egos —explicó el motivo sin querer entrar en detalles.

—Pues he de reconocer que estaba convencido de que utilizarías tus encantos para seducirla cuando me enteré de que era ella la encargada de llevar a cabo las negociaciones entre imperios.

—¿Algún motivo que te hiciera pensar así?

—Quitando tu conocido amor por las mujeres hermosas... —usó la malicia—. Conquistar a Sarah Abalón hubiera reducido de manera drástica las posibilidades de que el conflicto siga adelante —compartió con él su razonamiento—. Pensé que estarías dispuesto a hacer ese esfuerzo por tu reino.

—¿Fingir un falso amor? —se hizo el ofendido—. ¿Desde cuándo eres tan mal pensado, hermano?

—Desde el momento en que vi lo guapa que es la princesa —alegó para nueva carcajada de ambos.

Los dos se volvieron a tomar un respiro y Mathias se dedicó a escudriñarlo en silencio durante unos segundos. Su aspecto había cambiado con el

paso de los años. Ya no era el joven inocente y flemático que había crecido de forma molesta a su sombra. De imagen misteriosa y apariencia mansa; sus ojos azules, parecidos a los de su madre, presentaban la mirada penetrante y taciturna de un hombre al que su rol de caballero le había moldeado su personalidad hasta convertirlo en el infatigable idealista que tan venerado era por el pueblo y que tanto le molestaba ser. Verlo bien peinado para la ocasión, acostumbrado a su pelo revuelto, le hizo gracia y confirmó la importancia del evento en el que se encontraban.

—No te negaré que lo intenté —acabó por admitir reanudando la conversación con él—. Pero la figura de la princesa de Sulán está sobrevalorada.

Alexander lo miró atraído por su confesión.

—¿No me digas que son ciertos los rumores? —exclamó con una mueca sarcástica.

—¿Rumores? —fingió ignorancia—. No sé a qué te refieres.

—Así que es por eso que no te hace ilusión su presencia esta noche —por fin lo entendió.

—Es invitada de padre —refutó con desdén confirmando su suposición.

—Debió de ser un duro golpe para tu ego —simuló preocupación por él.

Mathias, aceptando de buen grado la burla de su hermano, remató la copa y la posó sobre la mesa que tenía a su espalda...

—Que puedo decir, es imposible competir con la imagen del héroe local. Es vox populi la admiración que siente para contigo —dispuesto a darle la vuelta a la situación—. ¿Por qué te crees que aceptó la invitación?, ¿de verdad piensas que está interesada en seguir adelante con las negociaciones? —lo quiso meter en un compromiso—. Eres la única razón de su presencia aquí. Ahora sólo falta saber si tú estarías dispuesto a sacrificarte por el bienestar de tu nación y sus gentes.

La propia Sarah, que llevaba un buen rato observándolos desde la distancia, decidió ir a su encuentro.

—Estás de suerte... —Mathias, para regocijo propio, se percató de su acercamiento—. Vas a tener la oportunidad de demostrar tu lealtad a la corona.

Al igual que le pasaba a Mathias con las mujeres, no eran pocos los hombres que se giraban con disimulo para mirar a la princesa de Sulán a su paso. De belleza cautivadora, su deslumbrante vestido rojo resaltaba la claridad de su piel y sus hipnóticos ojos verde oscuros. Su conocido espíritu independiente y el carácter que tanto la caracterizaban y de los que tanto presumía quedaban patentes en el corte masculino que lucía su cabellera rubia y en los complementos que completaban su vestuario: unos elegantes y transparentes manguitos oscuros y un pañuelo a juego atado a la cintura.

—Buenas noches —los saludó con una cálida sonrisa.

—Buenas noches, Sarah —Mathias abandonó la conversación con su hermano y la recibió con una leve reverencia.

—Buenas noches —Alexander repitió la cortesía de su hermano.

La mujer agradeció la gentileza de ambos.

—He de felicitaros por la fiesta. Ha resultado ser un rotundo éxito —su melódica voz sonó como un armonioso canto de sirena.

—Nadie ha querido perderse la celebración —Mathias se congratuló por lo bien que había salido todo.

—Lo que me extraña es que no haya representación de Carvatia —espetó con falsa ingenuidad desviando su mirada en todas las direcciones—. Siendo vuestro aliado esperaba encontrarme a la reina Dionne aquí esta noche.

—Es una pena, pero la propia Dionne nos presentó sus disculpas —aclaró sin querer entrar en más detalles.

Sarah dibujó una traviesa mueca tras escuchar su justificación.

—Veo que no habéis reparado en gastos a pesar de la austeridad que asola a gran parte de vuestras tierras —demostró su temida franqueza.

—Una ocasión como ésta bien lo merecía —se excusó como pudo.

—Supongo que tendrás razón.

Mathias sabía que se escondía detrás de su pícara sonrisa. Mujer transgresora, su papel de heredera de un imperio tan caótico como Sulán la había convertido en una luchadora que tenía muy claras sus prioridades

y siempre lograba todo lo que se proponía.

—A mí no deberías de incluirme en las felicitaciones, no he hecho nada

—Alexander quiso echar una mano a su hermano.

A Sarah se le iluminaron los ojos con su intromisión.

—Sinceridad —fijó su intensa mirada en él—. Me gusta eso en un hombre. ¿Cuántas sorpresas más escondes, Alexander Volzac?

—Muchas menos de las que me suponéis, princesa —mantuvo el trato cordial para con ella.

—Humildad. Otra cualidad impropia de un Volzac... ¿seguro que eres hijo de Maximilian y hermano de Mathias? —sugirió con malicia desviando su mirada hacía el heredero.

—Yo le he enseñado todo lo que sabe —aclaró Mathias en tono distendido.

—¿Lo ves? —volvió a centrarse en él—. A eso me refiero. La vanidad es un sello propio de tu linaje.

—Entonces no seré tan humilde como pensáis.

La princesa guardó silencio y se dedicó a escudriñar sus ojos con interés. Parecía estar buscando algo.

—Si que lo eres —respondió satisfecha tras unos segundos.

Y sin darle tiempo para ofrecer una nueva réplica, se pegó a él y se puso a escasos centímetros de su boca. Atrevimiento que lo sorprendió e intimidó a partes iguales.

—Y por favor... —le susurró al oído con picardía—. Tutéame.

Alexander se empezó a sentir incómodo con ella. A su lado, su hermano intentaba disimular el disfrute que le producía verlo en esa tesitura.

—Quisiera felicitarte por tu campaña en Ahn —se separó de él recuperando el decoro—. Sé que ya han pasado meses, pero no quería dejar pasar la oportunidad de hacerlo ahora que por fin te tengo delante.

—Gracias —tragó saliva agradecido por su vuelta al recato.

—Tu hazaña causó un gran revuelo. Lograste algo inimaginable —admitió

impresionada.

—Tuve la ayuda de mis hombres.

Sarah reparó en su repentina seriedad...

—No pareces muy contento a pesar de haberte convertido en un héroe entre los tuyos y una presencia muy temida más allá de vuestras fronteras —y se lo hizo saber.

—Tienes que perdonarlo... —Mathias, devolviéndole el favor anterior, intercedió por él ofreciéndole una copa de vino a la princesa—. Acaba de regresar de una larga estadía con el ejército y no ha tenido tiempo para descansar.

—Disculpa mis modales... —aceptó la copa con agrado y frenó su ímpetu tras oír la justificación de su hermano—. ¿Difícil lidiar con los rebeldes en el norte?

El príncipe vio interrumpida su intención de brindar con ella por culpa de su vehemencia.

—Es una pena que tus padres no te hayan podido acompañar esta noche... —Mathias quiso evitar el nuevo tema sacado a conversación por su parte—. Hubiera sido una muestra inequívoca de cordialidad.

—Sí que lo es —ratificó sus palabras tras dar un delicado sorbo a su copa.

No muy lejos de donde se encontraban, Helena no le quitaba ojo a la escena mientras seguía departiendo, sin interés alguno, con un par de parejas. Al igual que la gran mayoría de los presentes era conocedora de las intenciones de Sarah para con Alexander y, aunque pretendiese ocultarlo, su piropeada visita era algo que, como a Mathias, no le hacía la más mínima gracia. Sin poder evitarlo más, se disculpó con los invitados y fue a su encuentro.

—¿Dónde te habías metido?, llevo un buen rato buscándote —agarrándose de su brazo, hizo alusión a la gran afluencia de asistentes para disculpar su irrupción en la conversación.

Alexander adivinó, tras sufrir la contundencia de Sarah y conocer a Helena, que la charla que estaba por iniciarse con su llegada iba a ser bastante desagradable.

—Buenas noches, Helena —Sarah la recibió con educación—. Estás muy guapa.

Su apreciación era cierta pues Helena se veía preciosa. A su cuidado y elegante vestido negro, que gracias a su escote palabra de honor dejaba al aire sus hombros y hacía relucir un pequeño colgante en su cuello, había que añadir un sofisticado tocado que mantenía recogida su oscura melena.

—Gracias, tú también lo estás —fue cortés pero con reticencias.

La belleza de Helena era más sobria y ambas princesas cumplían, en la primera impresión, con las apariencias que exhibían. Mientras que la heredera de Mudshire se veía como una mujer de belleza casta y refinada; la de Sulán presumía de una apariencia mucho más sensual.

—Y a ti he de decirte que has superado con creces las expectativas que había creado en torno a tu figura...

Sarah obvió la presencia de Helena e inició un inocente flirteo con Alexander pasándole un dedo por el brazo que tenía libre.

—Helena tiene razón, estás muy hermosa con ese vestido —le retiró la mano con mesura.

—Gracias —entonó satisfecha—. Tardé mucho en escogerlo. Quería estar radiante esta noche.

A Helena se le podía notar cada vez más incómoda con las libertades que se tomaba Sarah.

—Me preguntaba si durante mi estancia aceptarías hacerme de guía... —anunció con una candidez fingida—. Me encantaría conocer los parajes más recónditos de tu reino.

Y ella no ayudaba a rebajar la tensión. Sus palabras transmitían mucho descaro.

—Si no es molestia, claro. No me gustaría ser la causante de una discusión —lanzó una desafiante mirada a Helena.

Alexander, en el medio de ambas, no se atrevió a contestar por miedo a sus reacciones. Dijese lo que dijese una de las dos se iba a disgustar y en el caso de la princesa de Sulán el actual conflicto entre naciones no invitaba a importunarla por miedo a posibles represalias.

—¿Me concedes este baile? —Mathias invitó a Sarah para evitar el inicio del enfrentamiento que estaba por suceder.

—Por supuesto —con una pretenciosa sonrisa iluminando su cara, posó la copa en la mesa y le cogió la mano—. Será todo un honor bailar con el

futuro rey de Ingham.

Alexander, con una mirada, le agradeció la nueva intervención a su hermano mientras se alejaba con Sarah.

—Le arrancaría esa maldita sonrisa de su asquerosa cara —sin quitarles los ojos de encima, Helena sacó a relucir su lado más temperamental.

Enfadada, se giró indignada y lo miró con rabia esperando una explicación.

—¿No pensabas decirle nada? —le recriminó su falta de contundencia para con ella.

—No te pongas así, no ha sido para tanto —mintió tratando de restarle importancia.

—¿Qué no me ponga así? —replicó indignada—. Le ha faltado tiempo a esa arpía para abalanzarse sobre ti.

Su adorable presencia contrastaba con su fuerte carácter.

—Igual es que lo estabas deseando —redirigió su enfado contra él.

—No saques las cosas de quicio —la rodeó con los brazos y empezó a darle pequeños besos en el cuello para calmarla—. Sólo estábamos hablando.

—¡Para! —quiso zafarse de él, pero todos sus intentos fueron inútiles.

Las personas que se encontraban a su alrededor se sorprendieron con su airada reacción, aunque no tardaron en restarle importancia al ver la tranquilidad de Alexander y conocer el genio de la princesa.

—No sabía que eras tan celosa —se hizo el sorprendido con su actitud.

—¡Yo no estoy celosa! —replicó furiosa—. No te lo tengas tan creído.

—No entiendo cómo te puedes poner así cuando el que tendría que estar enfadado de los dos soy yo —expresó con falsa aflicción—. Desde mi regreso apenas me has prestado atención más allá de un par de besos y unos minutos de insulsa conversación.

Lo miró con incredulidad tras escucharlo.

—¿O acaso estoy mintiendo? —le preguntó al ver su expresión de

sorpresa.

—No sigas por ahí. Estaba haciendo mi trabajo —disculpó su comportamiento con seriedad.

—Creo que tu superior está abusando de su posición contigo —se lo susurró al oído.

Ante el inesperado comentario y el tono meloso con el que se lo dijo fue incapaz de resistirse y, a pesar de intentarlo, acabó por dibujar una sonrisa.

—¿De verdad crees eso?, porque entonces deberías de decírselo a tu madre —lo desafió.

—No es a mi madre a quién me estoy refiriendo —la rectificó lleno de razón mientras seguía con las muestras de cariño.

—Si Isaias y yo no hubiéramos ayudado a tu hermano en estos momentos estaríamos solos en esta sala...

Atraído por su afirmación dejó los besos y la miró a los ojos.

—¿Y se supone que eso sería un problema?

—Eres increíble —reconoció entre risas.

—Lo sé —fanfarroneó.

—No sé cómo lo haces, pero siempre logras hacerme reír —comenzó a aceptar de buena gana las caricias.

—Otro de mis encantos —se pavoneó victorioso.

Rodeó su cuello con las manos y se pegó a él.

—Me apetece bailar —hundió su cara en su pecho y susurró con voz de niña pequeña.

—Deseo concedido.

La agarró de la cintura y, sin apenas moverse del sitio, acompasó sus suaves movimientos a la melodía musical. Ella, con la cabeza apoyada sobre su hombro, aprovechó el momento para cerrar los ojos. Él sonrió al darse cuenta del detalle.

—¿No te irás a quedar dormida? —le cuchicheó al oído tras un rato

bailando.

A pesar de la imagen de mujer fría, de la que alardeaba, y de su carácter volátil, era en momentos así cuando se descubría a la verdadera Helena Kesington. Sin coraza no era más que una mujer indefensa e insegura que buscaba sentirse querida y protegida.

—¡Sssh, calla! —le propinó un cariñoso golpe en el pecho—. Estaba disfrutando de este momento. Hacía demasiado tiempo que no lo podía hacer.

Tenía razón.

—¡Augh! —se quejó de manera infantil—. Pues si me hieres poco me vas a disfrutar.

—Cuentista —se volvió a acomodar sobre él para seguir bailando.

—¿Te tengo que recordar con quién estás hablando? —chafardeó con exageración—. Soy el ídolo local... estoy a punto de convertirme en una leyenda andante.

—Tú lo que no dejas de ser es un hombre con el ego demasiado subido —lo empequeñeció con maldad.

—Ouch —se hizo el ofendido.

Sonrió con su reacción y le dio un beso corto en los labios.

—Además, yo nunca he creído en leyendas. No dejan de ser fantasías usadas para entretener a la gente —matizó al tiempo que reanudaba el baile.

Aceptó su disculpa y se dedicó a observar al resto de los presentes mientras seguían bailando. La imagen de un hombre que no parecía estar disfrutando del convite y que resaltaba en medio de la algarabía general por culpa de su desaliñada apariencia llamó su atención.

—Deberías de ir a hablar con él —la aconsejó volviendo a detener el baile.

Helena se giró extrañada por su recomendación y vio al hombre que, apartado del gentío, sostenía una copa en la mano mientras miraba con recelo al resto de los invitados. Su presencia la perturbó.

—No sé por qué tendría que hacerlo —discrepó con desdén.

—Porque es tu padre —le dio una excelente razón.

—No te metas en esto —no le gustó su insistencia.

—Sólo digo que han pasado años y no es sano que sigas alimentando ese odio —le acarició la mejilla para evitar que se volviese a alterar.

—¿Justo ahora tenía que sacar al defensor de causas perdidas que llevas dentro? —se sintió contrariada con su empeño.

Sin querer seguir hablando con él lo dejó plantado y con paso apurado se propuso atravesar toda la sala en busca de la salida. Alexander sabía que tenía razón en su rencor hacía su padre, catorce años era demasiado tiempo como para olvidarlo sin más.

4

—Espero que lo estés pasando bien —Mathias se mostró atento con la invitada de honor.

—Mucho la verdad —celebró Sarah.

La pareja de herederos seguía bailando.

—Y yo espero que lo sucedido entre nosotros no enturbie mi estancia aquí —manifestó sus esperanzas—. Como le dije a tu hermano espero poder disfrutar de las maravillas de vuestras tierras en los próximos días.

—Lo pasado, pasado está... sin rencores. Además, hay temas más importantes que resolver —restó importancia al pasado justificando la trascendencia del presente—. Aunque he de admitir que me hubiese encantado hacerte de guía, pero ya he comprobado que no te gusta perder el tiempo.

—Ya me conoces. Me gusta causar una buena primera impresión —sonrió descubierta.

—Entonces puedes estar tranquila. Estoy seguro de que mi hermano ha quedado muy impresionado contigo —completó sin parar de reír.

Sarah detuvo el baile ruborizada.

—Confieso que igual me he sobrepasado un poco. Se le veía bastante apurado desde la llegada de Helena —pronunció con arrepentimiento.

—No te preocupes. Ha resultado gracioso verlo en esa situación.

—Sabía que tú me comprenderías. Hasta no hace mucho actuabas igual
—rememoró de manera inoportuna.

—Y por eso no te juzgo —fue condescendiente.

Lo miró intrigada por sus palabras.

—Tiene que resultar complicado hacer frente a esa agotadora campaña de desprestigio que hay contra tu persona por parte de tu propia gente
—sugirió con maldad.

—Sabía que tarde o temprano lo mencionarías. Lo que me extraña es que hayas tardado tanto en hacerlo.

—Lamento ser tan predecible —volvió a sonreír descubierta.

—No importa. Por suerte esa tendencia ya empieza a caer en el olvido. Ya has visto como me aplaudían hace un momento.

El diálogo entre ambos era ameno y fluido. Las numerosas e infructuosas reuniones mantenidas durante el último año en representación de sus respectivos reinos había servido para que en la actualidad mantuvieran un trato más que cordial.

—Ahora mismo el tiempo es mi mejor aliado. Con él conseguiré recuperar el favor del pueblo.

Cogió dos nuevas copas y le ofreció una de ellas a la princesa.

—Resulta interesante saber que el tiempo te podrá ayudar a olvidar lo sucedido y a calmar tu propia conciencia —le interesó el rumbo que tomó la charla.

—Créeme, si por mi fuera todo eso estaría más que olvidado. Mis remordimientos nunca me han puesto en una situación comprometida al respecto —brindó con ella.

—Me sorprende no ver muestras de arrepentimiento por lo que pasó
—quiso hurgar un poco más al verlo tan predispuesto.

Mathias, sabiendo lo que se proponía, sonrió mientras degustaba un nuevo trago de su copa.

—Será porque al contrario del pensamiento general, yo nunca me he sentido responsable de las decisiones que tomó esa mujer —explicó el porqué de su actitud.

—Decisiones que, equivocadas o no, tus falsas promesas provocaron —puntualizó.

—No sabía que en tu persona tenía a otra detractora —expresó con decepción—. Pensaba que estabas de mi lado.

—El amor es el sentimiento más fuerte que podemos sentir y el único capaz de conseguir que una persona haga cosas imposibles o irracionales —expuso convencida.

—¿Es eso acaso una declaración de intenciones?

En ese momento Helena pasó por delante de ellos interrumpiendo la conversación. Se la podía ver bastante alterada. Al poco, Alexander siguió sus pasos disculpándose con la gente con la que tropezaba mientras iba tras ella.

—Parece que hay problemas en el paraíso —Sarah no pudo, ni quiso, reprimir el entusiasmo que le produjo ver la escena.

5

—Buenas noches, Edmund.

Maximilian salió del tumulto de personas que lo rodeaba y se acercó al hombre que permanecía separado del resto.

—Buenas noches... —fue educado—. Y mis más sinceras felicitaciones.

—Me alegra volver a verte. Hacía demasiado tiempo desde la última vez —musitó con una tímida sonrisa.

—Tienes razón.

Observó, con atención y desde la distancia, como su hija desaparecía por el pasillo.

—Puedes estar orgulloso... —lo quiso sosegar adivinando que ocupaba sus pensamientos en ese momento—. Ya es toda una mujer.

—Está preciosa —sentenció satisfecho—. Me recuerda mucho a su madre.

—Es cierto.

—Debo de daros las gracias a Adela y a ti por haberla acogido durante tanto tiempo —sonó melancólico.

—Te acabaré perdonando —lo intentó consolar.

Edmund sabía que lo que había hecho con ella estaba mal, pero en el fondo era consciente de que lo volvería a hacer una y otra vez aunque el resultado siempre fuera el mismo.

—Ya he visto que el hijo pródigo ha regresado...

—Si lo hizo hoy por la tarde —Maximilian lo confirmó sin mucho entusiasmo.

—Hay que reconocerle que tiene valor. Retiró las tropas del norte desobedeciendo ni más ni menos que a su propio rey y padre —manifestó con una pequeña dosis de admiración.

—No tienes buen aspecto —eludió seguir hablando de Alexander y reparó en sus desgastados ropajes y apariencia.

—Agradezco tu hospitalidad y más en una noche tan señalada, pero no sigas por ahí. No pretendas apaciguar el sentimiento de culpa que te carcome por dentro —la recriminación acabó con cualquier tipo de concordia existente—. Dejemos las farsas a un lado. Sabes cuál es el motivo por el que estoy aquí.

Edmund bebió su copa de un trago y se marchó de su lado. Maximilian, chafado por el desplante, se dedicó a mirar como los invitados se seguían divirtiendo. A pesar de los últimos reproches no quería que la velada perdiese su encanto. Esta noche era suya, suya y de su mujer, y no iba a permitir que nada ni nadie la intentase estropear aun a sabiendas de que su viejo amigo tenía razón en sus acusaciones.

—Cariño, ¿qué sucede? —Adela interrumpió las cavilaciones de su marido—. Tienes mala cara.

—Nada —disimuló.

Un gran sentimiento de culpa le oprimía el pecho desde hacía mucho tiempo, pero era algo que nadie más sabía.

—¿Se puede saber qué hace aquí? —no se molestó en ocultar la repulsa que le producía cierta presencia—. No entiendo que pretende apareciendo ahora.

—Los Dioses así lo han querido. No dejes que te arruine la noche —buscó que recuperase la alegría mostrándose más atento y cariñoso con ella—. ¿Qué te parece si me concedes otro baile?

—¿Otro? —sorprendida, pero atraída por la propuesta, cogió su mano—. Esta noche estás irreconocible.

—Serán los años —bromeó.

Sin poder evitarlo, y a pesar de intentarlo, recordó partes de su pasado. La presencia de Edmund había ayudado a ello. Los remordimientos guardados se hacían presentes en su cabeza.

—Estás preciosa —la arrimó a él y comenzó con los suaves vaivenes.

Disfrutando del silencio surgido entre ambos quiso desviar sus pensamientos y se permitió el lujo de deleitarse con la belleza de su mujer. Los años habían pasado para ambos, pero ella seguía conservando el atractivo que tanto lo había enloquecido en sus años mozos y que todavía lo seguía encandilando. Sus seductores ojos azules de cerca semejaban océanos cristalinos. Mares en los que tantas veces se había perdido para volver a encontrarse. Ansiaba que esta vez fuese igual.

—Cariño, sabes que nuestros hijos y tú sois lo más importante para mí, ¿verdad? —buscó calmar su propia conciencia con ella—. Y que no haría nada que os pudiese perjudicar.

Adela detuvo el baile extrañada por su comportamiento.

—Lo sé, mi amor —entendió que algo lo estaba turbando cuando vio la desesperación que reflejaban sus ojos—. Por supuesto que lo sé —y posó sus delicadas manos en su cara para mantener su atención y transmitirle su comprensión—. Cuando dejes el cargo volveremos a disfrutar como en los viejos tiempos.

Lo acarició con ternura aliviando así su pena sin saberlo.

—Gran época —deseó con todas sus fuerzas que fuese verdad.

Y sin querer decir nada más para no romper la magia del momento, la abrazó con fuerza para intriga de su mujer que entendió que no era el momento ni el lugar para pedir explicaciones.

6

Helena paseaba por el humedecido jardín intentando serenarse. Mandado construir por el rey Maximilian como regalo nupcial para su mujer, el lugar era un auténtico edén terrenal dentro de las murallas que recubrían la fortaleza. Su gran extensión y forma simétrica cubrían una parte importante del lado oeste del patio de armas y entraba en contraste, por

belleza y distinción, con el resto de dependencias presentes.

Un gran estanque ubicado en el medio del jardín se erigía como reclamo principal. De él surgían los caminos de tierra que se encargaban de dividir las cuidadas zonas del piropeado paraje permitiendo así caminar entre tan extraordinario parterre. Disfrute que estaba reservado para los miembros de la familia real y los invitados de excepción.

Más de una veintena de pequeñas fuentes, en pleno funcionamiento, bordeaban con precisión la fontana y completaban junto a coloridos arreglos florales, en la actualidad bastante apagados, y frondosos arbustos, que servían para preservar la intimidad de los presentes, la decoración de tan impresionante lugar. Asimismo, la almena noroeste permanecía siempre vacía por mandato real. Orden que tenía su lógica para así poder garantizar la privacidad de los paseantes por el jardín.

Alexander, a una distancia prudencial, vigilaba a Helena mientras deambulaba entre las fuentes. Sabía que era mejor no atosigarla y dejar que se calmase por si sola. Su temperamento era demasiado fuerte y solía emerger con facilidad como ya se había demostrado.

—Esta noche estás muy guapo —se percató de su presencia y le demostró que ya se le había pasado el enfado con él.

Con las puertas de la torre del homenaje abiertas de par en par, la música se colaba de manera débil en el idílico y nocturno paisaje. Incluso los guardas apostados en las almenas más cercanas podían escucharla si ponían atención haciendo así más llevadero su turno de vigilancia.

—Es el vestuario —se justificó entre tímidas sonrisas mientras se acercaba.

Lo recibió sin poder ocultar la pena que la estaba afligiendo por dentro.

—¿Por qué ahora? —esperó que él fuese capaz de contestar.

Buscando aliviar su tristeza la abrazó para consolarla.

—No lo sé —fue sincero.

—¡No es justo que se presente así sin más después de tantos años! —se separó de él sustituyendo la pena por rencor.

Insistió en su papel de paño de lágrimas y la volvió a abrazar, pero esta vez por la espalda. La inesperada visita de su padre había despertado sentimientos encontrados y reproches acumulados en ella.

—Lo sé, pero es tu padre. Deberías de darle la oportunidad de que se explique —le dio pequeños besos en el hombro—. Sé que no es fácil ni justo, pero no quiero que un día te despiertes arrepintiéndote de no haber dado este paso cuando tuviste la ocasión.

—Te recuerdo que no eres el mejor ejemplo para dar consejos al respecto —replicó al sentirse atacada.

Cesó en sus muestras de cariño y se mostró molesto porque su relación paterno-filial fuese nombrada.

—Lo siento —se disculpó dándose cuenta de que estaba cometiendo el mismo error que en la sala—, pero no quiero hacerlo. No quiero hablar con él. Esto no es algo que se pueda arreglar con una visita sorpresa.

Buscando su perdón, esta vez fue ella la que lo abrazó. Avergonzada, pegó su cabeza a su pecho para esconder su compungido rostro.

—Si de verdad quieres regresar a Mudshire y reclamar el trono tarde o temprano tendrás que hacerlo —se arriesgó a recibir un nuevo desplante por su parte.

—¡Me abandonó, Alexander! —levantó la mirada y descubrió unos ojos vidriosos a punto de romperse por la angustia—. ¡Me abandonó!

No supo qué decir ante la crudeza de su argumento.

—Gracias a los Dioses tus padres tuvieron a bien acogerme como a una hija sin tener porqué... —echó mano de toda su fuerza de voluntad para evitar derramar más lágrimas—. Y eso es algo por lo que siempre estaré en deuda con ellos.

—Tampoco fue todo tan malo que así me conociste a mí.

Bromeó queriendo hacerla sonreír de nuevo...

—Eres idiota.

Y lo consiguió.

—Gracias. Creo que con esta nueva ofensa ya podemos dar por concluida esta inolvidable velada —ironizó.

Helena se dedicó a mirarlo a los ojos y, como ya había hecho en la sala de recepciones, le rodeó el cuello con sus manos antes de darle un profundo y sentido beso.

—Esta es la mejor disculpa que se me ocurre para ganarme tu perdón
—expuso con tono meloso.

—He de reconocer que es una muy buena —saboreó el beso.

Con una sutil caricia terminó de secarle las lágrimas que todavía recorrían sus mejillas.

—¿Qué te parece si volvemos dentro y seguimos disfrutando de la noche sin padres ni otras molestas distracciones?... solos tú y yo.

—Prefiero seguir aquí —se volvió a refugiar en su pecho de manera mimosa.

—¿Segura?, no quiero que te coja el frío.

—Me da igual —empezó a balancearse.

Sonrió con la contestación y se unió a su movimiento aprovechando la melodía que sonaba. El marco era perfecto para un encuentro romántico. Mientras que el resto se divertían dentro, ellos gozaban de la intimidad que ofrecía el bucólico rincón.

—¿Todavía me quieres?

Atónito, detuvo el baile. Ella aguardó la respuesta con expectación.

—¿Y ahora a qué viene esa pregunta? —reaccionó con inquietud y molestia por la duda.

—Sé que tiene que ser complicado convivir conmigo por mi forma de ser e igual te has cansado de mí —explicó la razón de su miedo—. Nos hemos visto muy poco este último año y aunque me lo niegues te noto cambiado y no sé si es por mi culpa.

—No digas eso. Tienes tus días buenos y malos como todo el mundo, Helena.

Quiso darle un nuevo beso para acabar con la incómoda situación, pero ella lo rechazó.

—¿Qué te ha pasado? —el tono de la cuestión describía curiosidad y preocupación a partes iguales.

Tuvo el impulso de confesarse con ella, de compartir todo lo que tenía dentro y que lo había llevado al desengaño que lo poseía...

—Si algo he aprendido este último año gracias a la distancia es que no cambio el peor de tus días por una vida sin ti —pero no lo hizo.

Oír su declaración la alegró, pero no le bastó.

—Helena, ¿qué pasa? —entendió que había algo más que la visita de su padre en su cabeza.

—Nada, déjalo.

Quiso reanudar el baile, pero esta vez fue él el que se negó.

—No imaginas lo duro que es esperarte cada vez que te marchas —aseguró sin pudor viendo que no tenía otra alternativa más que hablar—. Cuando partiste a combatir a los etreos no fui capaz de conciliar el sueño más allá de horas sueltas hasta que llegaron las primeras noticias en forma de historias sobre tus hazañas.

—Me alegra ver que esas invenciones tuvieron alguna utilidad —la acarició.

Pero el gesto no tuvo el efecto deseado.

—Tu regreso victorioso hace cuatro meses hizo que la felicidad de tenerte de nuevo a mi lado espantase los miedos causados por tu ausencia, pero entonces, al poco tiempo, te volviste a marchar y yo me volví a quedar sola —rescató fantasmas pasados—. Fue entonces cuando me empecé a preguntar si esta es la clase de vida que quiero...

—¿Por qué no me dijiste nada? —tras escucharla comprendió el porqué de sus dudas.

—¿Cuándo? —replicó frustrada—. ¿Cuándo querías que lo hiciera si hoy es el primer día que te veo desde tu última marcha?

Resopló buscando la paciencia necesaria para enfrentarse al inesperado diálogo.

—Entiendo que la distancia y el tiempo te hayan podido generar dudas, pero ya estoy aquí y ahora las cosas han cambiado.

—No me mientas —siguió reacia a creerlo—. Tú representas la esperanza que tanto tu padre como tu hermano se han encargado de destruir con sus actos en los últimos tiempos. Los miedos que acechan al reino son menos amenazantes desde que te tienen a ti. Los adultos presumen de tu figura mientras que los niños emulan a su héroe en sus juegos callejeros.

—Todo eso se acabó —remarcó queriendo ser escuchado.

Ella negó con la cabeza, no quería crearse falsas ilusiones.

—Nunca te harás una idea de lo orgullosa que estoy de ti. Estás destinado a ser algo más que un hombre para tu gente.

—Mi destino está ligado a ti, Helena... a nadie más —rebatió convencido.

Ahora fue ella, quien embelesada por sus palabras, le acarició la mejilla.

—Pronto estallará la guerra y tu gente te va a necesitar —vaticinó.

Helena había aprendido que la realidad no entendía de asunto del corazón.

—Yo ya no estaré aquí cuando eso ocurra —la interrumpió.

—¿Abandonarás a los tuyos a las puertas de un momento tan importante y decisivo?

Sonrió y aprovechó la cercanía de su mano para besarla.

—Les irá bien. Yo no soy más que un hombre, aunque todo el mundo se empeñe en verme como algo más —volvió a rehuir de los elogios recordando sus propias palabras en el salón—. Es mi hermano quien los tiene que liderar en los difíciles tiempos que están por venir, no yo.

Helena se quedó sorprendida con su testimonio.

—Pero claro, para irme de aquí mi futura mujer tendría que hablar con su padre para reclamar la corona que le corresponde por derecho de nacimiento...

Un repentino y feliz nerviosismo exteriorizado en forma de fuerte abrazo se apoderó de la princesa al entender por fin su insistencia para con su padre y lo que suponía.

—Te quiero, Helena... o debería de decir reina de Mudshire.

La mayor de las sonrisas iluminaba el rostro dichoso de la mujer.

—Te quiero futuro rey de...

Pero antes de que pudiera terminar la frase una voz de alarma proveniente de la entrada principal la silenció...

Z

Alexander abandonó el jardín a toda prisa comprobando como la inquietud que había poseído a Helena se iba extendiendo por el resto de la guarnición que permanecía de ronda a lo largo de las almenas.

—¡Vigía!, ¡vigía! —alterado, a su llegada al rastrillo, dirigió sus palabras hacia la buhedera—. ¿Qué está pasando?

—¡No lo sé, mi capitán! —farfulló el centinela—. ¡Hace un momento he escuchado un grito de auxilio, pero no puedo ver nada!, ¡está todo cubierto por niebla!

El resto de guardas empezaron a llegar a la barbacana.

—¿Niebla?

Se asomó al foso y comprobó como una espesa bruma impedía ver más allá del propio rastrillo.

—¡Mi capitán, le juró por los Dioses que he oído algo! —la voz del hombre sonaba muy nerviosa desde las alturas.

Según acabó de hablar, una angustiosa petición de ayuda resonó con violencia a través de la borrosa oscuridad. Lo hizo con tanta fuerza que se pudo distinguir, sin temor a equivocarse, que se trataba de una mujer joven.

—¡Rápido, que baje todo el mundo a ayudarme! —apremió a toda la guardia presente en la barbacana tomando la iniciativa que le correspondía.

Apurado por las circunstancias, movió con muchas dificultades la dura palanca de la verja mientras esperaba la llegada de más ayuda...

V

Helena entró de manera apurada en la sala. Con impaciencia, y el susto metido en el cuerpo, buscó a Mathias entre los invitados que iban surgiendo a su paso y que se seguían divirtiendo ajenos a lo que estaba pasando en el exterior. Su disfrute contrastaba con la angustia que reflejaba su rostro descompuesto.

—¡Tu hermano necesita ayuda! —lo encontró y avisó de forma apresurada sin reparar en las formas.

El príncipe, que se encontraba departiendo con su padre y un grupo de nobles, salió corriendo tras ella sin hacer preguntas. El rumor de que algo

estaba sucediendo se extendió muy rápido por la sala y la preocupación y la curiosidad no tardaron en apoderarse de los presentes.

—¿Qué ocurre, Helena? —se dejó contagiar por su inquietud mientras descendían las escaleras rumbo al patio de armas.

—¡Alguien fuera del castillo está en peligro! —señaló nerviosa hacía el rastrillo.

La mirada de Mathias se fijó en su hermano que, junto a varios centinelas, hacía uso de todas sus fuerzas para intentar mover la pesada palanca de la verja. Reja que estaba corroída por el óxido y que muchas veces, como en ese preciso momento, se quedaba atrancada dificultando su levantamiento...

V

Los invitados, sin saber que estaba ocurriendo, reclamaron explicaciones inmediatas tras ver la celeridad con la que el propio rey y su consejero siguieron los pasos de los príncipes. La irrupción de Helena, y sobre todo sus formas, sorprendió a todos incluidos los músicos que dejaron de tocar envolviendo a la sala en un incómodo silencio.

—¿Qué está pasando? —uno de los más altos dignatarios del clero repitió la pregunta realizada por varios invitados más.

Adela, procurando mantener el control de la situación, se hizo cargo de instaurar la calma entre los presentes.

—Nada de lo que debamos de preocuparnos. No serán más que pequeños problemas en los establos —buscó una excusa creíble—. Estoy segura de que los animales se habrán alterado con tanto ruido. Sigamos disfrutando de la fiesta mientras se hacen cargo.

Pero a pesar de su intento conciliador no pudo evitar que un pequeño grupo de personas, todos ellos hombres y movidos por la inquietud, siguieran los pasos de su esposo...

V

Mathias y una nueva cuadrilla de guardas llegaron a la entrada para ayudar y con la mayor rapidez a la que fueron capaces bajaron el puente levadizo soltando las cadenas que lo retenían. El pesado montón de madera cayó como un árbol recién talado tapando el foso y descubriendo el camino de entrada a la fortaleza...

V

La incertidumbre que acompañó los pasos de los más valientes no hizo más que aumentar cuando llegaron a las concurridas escaleras junto al rey y su consejero y vieron, a lo lejos, como tanto el príncipe como su hermano actuaban de manera nerviosa y apurada junto a un grupo de centinelas en el rastrillo...

V

—¡Ayuda, por favor!

La desgarradora suplica apremió a actuar con mayor ímpetu y tras muchos esfuerzos, y gracias a la nutrida colaboración, la verja se empezó a mover, aunque no tardó en volver a quedarse atrancada cuando apenas se había levantado unos pocos palmos del suelo.

—¡Levantar esta maldita verja! —Alexander apuró a su hermano para que ocupase su lugar al tiempo que se tiró al suelo y pasó reptando por debajo.

El poco espacio que había para cruzar hizo que se rasgase la chaqueta por culpa de las barras de metal...

V

A los pies de las escaleras de la torre del homenaje, Maximilian e Isaías se unieron a Helena para tener una mejor visión de la sobrecogedora escena...

V

—¡Espera, voy contigo!

Mathias lo detuvo cuando se levantó al otro lado de la verja.

—¡No! —pero Alexander se lo impidió—. Tu sitio está ahí.

Una vez sobre la pasarela, y tras un par de pasos, se vio devorado por la niebla.

—¿Hola?

Todo a su alrededor desapareció y sin poder ver más allá de sus propias manos; sus pasos, anteriormente decididos, se volvieron dubitativos y erráticos.

—¿Hola? —repitió.

Una sombra surgió de la nada para abalanzarse sobre él. Extasiada, apenas era capaz de hacer comprensibles los ruegos y lamentos que pronunciaba con insistencia.

—Tranquila, ya estás a salvo.

Sin soltarla, se arrodilló junto a ella para ayudarla a recuperar todo el aliento perdido y con mucho cuidado le apartó los mechones que le cubrían la cara. Al hacerlo se encontró con la mirada de una muchacha aterrada. Sus humildes ropajes estaban cubiertos por una deslavazada túnica. Prenda que, a estas alturas, resultaba un estorbo pues estaba muy rasgada por culpa de los forcejeos recibidos...

V

—¡Más fuerte!

La exigencia de Mathias surtió efecto y la verja acabó cediendo. El heredero, escoltado por un par de guardas, se asomó para comprobar que era lo que estaba pasando y se encontró, sin llegar a poner un pie en el puente, con unos tétricos bancos de niebla que parecían marcar el límite de hasta dónde podía pisar...

V

—¿Quién te ha hecho esto?

El sonido de unos cascos de caballo retumbando con fuerza sobre las maderas del puente acalló a la joven que volvió a perder los nervios cuando un imponente corcel, negro como la noche, se presentó ante ellos levantando las patas delanteras de forma desbocada e intimidante.

—¿Quién eres?

Alexander, con la muchacha arañando sus brazos para que no la soltase, se dirigió al jinete con extraña armadura que surgió a lomos del animal. El yelmo semejaba ser una única pieza que le cubría hasta la zona de los hombros, pero con la niebla era imposible discernir todos los detalles que lo componían. El peto, protegido por un trozo de tela con un reconocido blasón familiar para él, iba desde el casco hasta la cintura cubriendo su torso, pero no así sus brazos que se veían descubiertos y sin protección alguna. Un faldón raído, y sujeto a la cintura por unas mugrientas cadenas, tapaba sus piernas y completaban su siniestra apariencia...

V

—¡Alexander!

Helena, nerviosa, escapó de la protección del rey rumbo al rastrillo.

—¡Alexander!

Su desesperado llamamiento acabó con el sepulcral silencio que guardaban todos los allí presentes desde su desaparición tras adentrarse en el foso. El temor a que le hubiese pasado algo era real.

—¿Se puede saber dónde vas?

Mathias la detuvo y la sujetó contra su voluntad al verla tan dispuesta a seguir sus pasos.

—¡Suéltame!

—¿Acaso estás loca? —se negó.

V

—¿Qué clase de broma es esta? —Alexander, atónito y queriendo darle sentido a lo que sus ojos le estaban mostrando, se puso de pie y se fue acercando poco a poco al caballo a pesar del empeño de la joven por impedirsele.

Estaba tan absorto con el blasón que portaba el jinete que no pudo esquivar la violencia con la que el animal lo tiró al suelo y que dejó a la joven indefensa y a merced de su agresor.

—¡Ayúdame!

La nueva suplica acompañó al momento en el que el misterioso desconocido la levantó, de manera sorprendente debido a la delgadez de sus brazos, del suelo por la cabellera con una sola mano.

—¡Suéltala! —exigió Alexander desde el suelo.

El jinete, sin obedecer, descubrió una espada en la mano que tenía libre. Con ella, y sin ningún tipo de contemplación, atravesó el abdomen de su víctima que terminó con los forcejeos por liberarse al tiempo que profería un gutural lamento de dolor...

V

La crudeza del grito asustó a los, ya de por sí, nerviosos testigos indirectos de la escena. Los guardas que escudaban a los príncipes sujetaban, con dudas descubiertas por su tembloroso pulso, las picas al frente sin saber muy bien a qué o a quién estaban apuntando...

V

Alexander, dolorido y poniéndose de nuevo en pie, contempló con desagrado el deleite del asesino para retirar la espada alargando la agonía de la mujer.

—¿Quién eres? —no acertó a decir nada más.

Con las primeras gotas de sangre salpicando la pasarela, el jinete posó el cuerpo de la joven sobre la grupa del caballo. El animal, como si de una orden se tratase, se dio la vuelta y emprendió la huida por el mismo camino por el que había llegado...

V

Aún con los vellos de punta por culpa del terrible berrido escuchado, nadie se atrevió a mover un músculo en el rastrillo a pesar de que la calma parecía volver a imperar. Aguardaban, en medio de una tensa expectación, algún tipo de señal.

—¡Alexander!

Helena se aprovechó del desconcierto general para soltarse de Mathias y entrar en el foso.

—¡Alexander! —no tardó en vislumbrarlo—. ¿Estás bien?

No respondió. Aturdido, ni siquiera era consciente de lo que le estaba diciendo a pesar de la ansiedad que demostraban sus gestos...

V

—¿Qué demonios acaba de pasar? —Mathias, tras comprobar que su hermano estaba bien, aprovechó la llegada de su padre para compartir sus dudas con él.

—Algo que no tenía que haber pasado —Edmund también se unió a ellos con una recriminación velada hacía su viejo amigo.

Mathias se sorprendió con la enigmática y dura acusación a la que su padre no prestó interés. El rey, con gesto consternado, no apartaba su

mirada de los bancos de niebla que flotaban sobre el foso y que escondían a su hijo pequeño. El final había empezado.

Capítulo 4

SECRETOS Y REPROCHES

—¿Seguro que estás bien? —insistió Helena a pesar de que ya habían pasado varios minutos desde el incidente.

—No hice nada para evitarlo —reconoció abatido.

La pareja se encontraba en la entrada del jardín. El mismo decorado que minutos antes era un marco mágico, en la actualidad no dejaba de ser un oscuro y silencioso paraje más.

—Hiciste lo que pudiste, estoy segura —quiso consolarlo—. No te tortures más.

—¿Qué no me torture? —entonó con incredulidad—. ¡Tenía que haberla protegido de ese hombre! —vociferó frustrado—. ¡Era mi obligación!

La princesa se quedó apocada ante su reacción y él se apuró a abrazarla al percatarse. No era justo pagar su rabia con ella. Al sentirla pegada a su cuerpo pudo notar como aún seguía temblando. Lo sucedido no sólo le había afectado a él.

Tras el incidente, Alexander había dado las explicaciones oportunas en petit comité. Su padre, su hermano, Isaías y Edmund eran, junto a Helena, las únicas personas que sabían la verdad de lo ocurrido. El perturbador relato había provocado la salida de un numeroso grupo de guardas en busca del misterioso jinete y la mujer.

—Creo que es el momento de que tengas una reveladora conversación con tu padre —Edmund se entrometió en la intimidad de la pareja.

Alexander no pasó por alto sus palabras.

—El rey os aguarda en la sala de los tronos —Isaías salió de la torre del homenaje y se detuvo al pie de las escaleras para dirigirse a Edmund—. Le gustaría hablar con vos.

—Por supuesto —no pudo reprimir la gracia que le hizo la esperada reacción de su viejo amigo—. Será mejor atajar este asunto cuanto antes... no hay tiempo que perder.

Su ironía perdió toda la fuerza cuando, antes de retirarse con el consejero, sus ojos se encontraron con la mirada acusatoria de su hija que le

recordaba que no era bienvenido.

2

Dentro, sólo las conjeturas de los “valientes” servían de guía para los invitados que habían decidido permanecer en la sala.

—Por favor... —repitió Mathias queriendo ser escuchado—. Necesito que me prestéis atención.

El heredero, junto a su madre, intentaba calmar los ánimos.

—¿Qué ha pasado? —los alterados murmullos fueron apaciguados por la intervención de un alto cargo del clero.

Mathias buscó las palabras apropiadas guardando un inesperado y poco grato silencio para impresión general.

—¿Dónde está la mujer que pedía ayuda? —uno de los “valientes” hizo una cuestión mucho más específica ante el silencio ofrecido.

—¿Es cierto que el capitán está herido? —añadió otra voz.

—Eso es falso —se apuró a rectificar—. Mi hermano se encuentra perfectamente.

—¿Y qué hay de la mujer? —se insistió buscando más claridad.

La propia Adela, detenida al lado de su hijo, se veía, a pesar de querer ocultarlo, muy inquieta. Al igual que el resto de los presentes no sabía que era lo que había pasado más allá de un par de vagas explicaciones dadas por su hijo a su regreso. Sin unirse al clamor popular y manteniendo una serenidad propia de su posición, esperó por las respuestas que su hijo si sabía.

—Creo que es justo que sea sincero con todos vosotros y así lo voy a ser... —retomó tras un nuevo silencio.

Mathias comprendió que estaba ante una oportunidad única para redimirse. El trágico suceso le daba la ocasión de recuperar parte de la credibilidad perdida.

—Hace unos minutos, una mujer en problemas apareció en la entrada del castillo —quiso resumir lo acontecido—. Y como algunos de vosotros habéis visto mi hermano acudió en su ayuda, pero por lo que sabemos no ha podido socorrerla.

Sus palabras lejos de tranquilizar, empeoraron la situación.

—¿Y entonces qué ha pasado con ella?

—Alguien se la ha llevado —contestó para indignación general.

—¿Alguien?

—¿Quién?

Nobles y clérigos expresaban sus enfados por igual.

—No lo sabemos —suspiró sabiendo que no era la respuesta que querían oír.

La ansiedad iba aumentando conforme se iba descubriendo la verdad.

—¿Y por qué sois vos el que nos está brindando explicaciones y no el rey?
—bramó furiosa otra voz.

—¿Se puede saber dónde se ha metido Su Majestad?

—¿Acaso tiene cosas más importantes que hacer que atendernos?

La histeria se hizo manifiesta en sus crispadas réplicas.

—Sé que estamos muy nerviosos por lo que ha pasado, pero debemos de mantener la calma —intentó llamar al orden—. Hemos mandado a varios guardas tras ese hombre. En breve estarán de vuelta con él y la mujer.

—¡No es suficiente!

—¡Se supone que es nuestro rey quien nos tiene que dar explicaciones, no su sucesor!

Los ánimos estaban demasiado alterados como para poder atender a razones.

—Por favor... —Mathias era incapaz de controlar la situación.

Entendió que la mala imagen que tenía en la actualidad era la responsable del poco respeto que le mostraban.

—Me ha encomendado esta tarea a mí. Ahora mismo está ocupado con otros menesteres más importantes —matizó con educación dudando de si había sido buena idea ir con la verdad por delante.

—¿Más importantes que nuestro bienestar?

Sus últimas palabras fueron tomadas como una ofensa.

—No quería decir eso... —se disculpó.

El complicado papel de mediador lo estaba llevando al límite de su paciencia.

—Centinelas del castillo los acompañarán en su regreso a sus hogares
—notificó queriendo acabar con las explicaciones.

—¡Ni hablar!

—¡No nos moveremos de aquí con ese hombre suelto por la ciudadela!
—el mismo alto cargo de la prelatura que inició las preguntas minutos antes, expresó la intención de todos los presentes.

—Por favor... —Adela tomó la palabra por primera vez para llamar al orden.

Propósito que consiguió sin tener siquiera que alzar la voz. La autoridad y el respeto a su figura quedaron más que demostrados.

—Que nadie ponga en duda de que para mi marido y mi familia la seguridad de todos y cada uno de vosotros en lo más importante en estos momentos —a pesar de encontrarse en su misma situación en cuanto a desinformación, se posicionó con su hijo y por ende con su esposo—. Nadie abandonaría este castillo si hubiese riesgo alguno al hacerlo, pero os garantizo que si esa es la decisión que ha tomado mi marido es porque es seguro hacerlo.

—El peligro ya ha pasado... —Mathias agradeció la intervención de su madre y quiso completar la explicación ofrecida—. Ese hombre será capturado esta misma noche y castigado por lo que ha hecho.

Los cuchicheos acompañaban al recelo de su testimonio. Sus palabras seguían sin bastar.

—Deberían de creer en su palabra... —una conocida voz femenina tomó protagonismo.

La princesa de Sulán se hizo paso entre la exaltada multitud para llegar junto a madre e hijo. Los murmullos se fueron apagando poco a poco.

—Pueden creerme si les digo que soy una de las personas más asustadizas de todas las que estamos aquí esta noche y no seré tan hipócrita como para intentar mentirles diciendo que ahora mismo estoy

cómoda —se puso al lado de Mathias—, pero yo creo en su palabra. Y si yo lo hago ustedes no deberían de albergar la más mínima duda —su alegato, para sorpresa general, sonó a reprimenda—. Si se les permite salir del castillo es porque es seguro hacerlo.

Su discurso tampoco pareció contentar.

—Es imposible obviar lo ocurrido, pero no podemos permitir que ese miedo que ahora sentimos se apodere de nuestro raciocinio porque de hacerlo le estaremos dando un poder que no se merece al hombre que esta noche ha cometido un terrible acto —advirtió con determinación—. Y a mí personalmente me reconforta saber que soldados de Ingham, ni más ni menos, están detrás de ese malnacido porque sé que darán con él y rescatarán a la mujer...

—¿Y cómo podéis asegurar eso?

Una de las voces más críticas volvió a hablar, pero esta vez con mucho más recato.

—Parece mentira que tenga que ser una forastera como yo quien os lo recuerde, pero esos hombres forman parte del ejército que hace un año fue enviado a Ahn a hacer frente a los temidos etreos —evocó la proeza conseguida para despertar mejores sensaciones en la sala—. Y en caso de tener que abandonar ahora mismo el castillo no me imagino mejor escolta posible que esa.

Incómodos rumores se seguían oyendo en pequeños grupos, pero cada vez con mayor timidez. Cualquier atisbo de rebelión acabó por desaparecer con la acertada exposición de la princesa.

—Muchas gracias, Sarah —Adela no dudó en reconocer su mérito.

—No se merecen. Es lo menos que podía hacer después del trato tan exquisito que me habéis brindado desde mi llegada.

—Claro que si. De no ser por ti no sé cómo habríamos logrado aplacar esta difícil situación.

Mathias sintió las palabras de su madre como un desprecio, pero decidió no replicar.

—Que no os engañe su silencio —previno la princesa con cautela—. Siguen asustados y sólo acatan lo que habéis ordenado porque saben que no tienen elección, pero mañana querrán respuestas más claras. Yo sólo os he conseguido un poco más de tiempo para que podáis hacer frente a este

delicado asunto.

—Serás una gran reina —aseveró Adela.

—Gracias. Esas palabras son todo un halago viniendo de quien vienen.

3

En el otro extremo del alcázar; Maximilian, Edmund e Isaías mantenían un concilio más que necesario después de lo acaecido.

—El pasado ha regresado —Maximilian era el más desmoralizado de los tres.

Una tenue luz se colaba a través de las cristaleras y dejaba adivinar el aspecto reluciente que tenía la cámara a pesar de encontrarse envuelta en la actual penumbra nocturna.

—Sabíamos que este día llegaría —a pesar de la suavidad de su voz, estas palabras del consejero sonaron con dureza.

El reflejo luminoso incidía de manera especial en la zona de los tronos al fondo de la cámara. Los asientos, grandes y lujosos, descansaban sobre unas gradas con unas cortinas grises detrás.

—Sí, pero pensé que tendríamos más tiempo —musitó el rey con una derrotada sonrisa.

Al otro extremo de la cámara, y situada frente a los ventanales, una sofisticada chimenea permanecía siempre prendida dando calor a gran parte de la estancia. Carente de lámparas o teas en sus paredes, sólo la luz que desprendía la madera ardiendo y la que entraba por el exterior iluminaban el místico espacio.

—Las decisiones que tomamos siempre tienen consecuencias... —Edmund se dirigió a ambos con mucho rencor—. Y cuando son equivocadas, mayores son las consecuencias a asumir.

4

Afuera en el, ahora, desangelado patio, Alexander seguía apesadumbrado. Las palabras de aliento y los gestos de cariño de Helena no lo consolaban en absoluto. Su desconcierto se estaba tornando en ira y la culpa le empezaba a rondar por la cabeza de manera molesta.

—Vamos dentro.

Con paso decidido emprendió el camino de regreso al interior de la torre del homenaje de la mano de Helena. El tiempo que caminaron juntos hasta llegar a las puertas de la sala de recepciones lo hicieron en silencio. Él no abrió la boca y ella no se atrevió a hacerlo.

—Será mejor que los ayudes... —le sugirió con un falso tono amable—. Te necesitan.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Averiguar qué está pasando.

Dubitativa, aceptó su recomendación y se unió a la reina y al príncipe en la incómoda tarea de desalojar a los invitados. Alexander, por su parte, siguió su camino por los pasillos. Tenía claro a dónde quería ir.

Los corredores guardaban parte del pasado del reino. Sobre sus gastadas paredes, y a cierta altura en algunos casos, decenas de objetos permanecían como vigilantes mudos al paso de las personas que los recorrían a diario. Blasones antiquísimos y otros ornamentos tales como escudos y espadas deteriorados por su historia resaltaban, junto a trípticos y tablillas religiosas, la grandeza del castillo más allá del elogiado recibidor.

—¿Por qué ya no puede jugar conmigo?

Alexander se conocía a la perfección esos pasillos, había crecido dentro de esos muros. Quizás fue ese el motivo que lo llevó a encontrarse con su propio fantasma de la pubertad acompañado del, por aquel entonces, recién llegado consejero.

—Porque tu hermano se tiene que preparar para las responsabilidades que le aguardan en el futuro... al igual que tú, joven Volzac.

Siguió adelante dejando atrás la condescendencia de Isaías para encontrarse en plena adolescencia, agachado y sollozando...

—Deberíamos de curar esa herida, cariño.

Ante la insistencia de su madre preocupada por el corte en el antebrazo que le había causado su padre durante uno de los exigentes entrenamientos que lo convertirían, al igual que a su hermano y con el paso de los años, en todo un experto en el manejo de la espada.

—¡Tiene que ser una broma!

Dobló una esquina y se topó con su hermano regocijándose por su mal rato mientras vomitaba, apoyado en la pared, por culpa de los nervios

previos a tener que abandonar el castillo para unirse, por primera vez, al ejército junto a él. Hacía dieciséis años de ese recuerdo.

—Es tu momento, chico.

El orgullo de Isaías ante la sorpresiva sucesión de acontecimientos que lo habían aupado al frente del ejército un año atrás fue lo siguiente que se representó ante él.

—¡Es tu obligación!

Y toda esa amalgama de vivencias acabó con su impotente reflejo abandonando de malas maneras la sala de los tronos donde su padre, desde su asiento, ponía fin a la discusión que había terminado con su marcha hace algo menos de cuatro meses rumbo a los fríos pueblos del norte. Motivado por este último recuerdo y lo ocurrido en el foso, abrió el viejo y ruidoso portón de madera custodiado por dos imponentes armaduras decorativas...

5

—¿Qué me estáis escondiendo, padre?

Entró en la cámara con una actitud desafiante.

—No son maneras de entrar aquí, chico —Isaías, detenido al lado de la puertas y con la mirada fija en su padre y el monarca de Mudshire, aplacó su rabia con seriedad.

La reprimenda surtió efecto y Alexander enmudeció.

—No sé por cuánto tiempo más podremos seguir ocultando la verdad —Maximilian, abandonando su lugar junto a la chimenea para ir a su trono, se derrumbó entre susurros.

—¿La verdad? —entonó Edmund con una risa incrédula tras escucharlo—. Es interesante ver que a estas alturas te preocupa la verdad.

El rey, acomodándose en su asiento, lo miró consternado con su nuevo reproche.

—¡No finjas lamentos! —el monarca le hizo frente desde el inicio de las gradas que conducían a los tronos—. ¡Lo que ha ocurrido y lo que está por venir es responsabilidad tuya!

Alexander se sorprendió al ver la airada reacción del soberano. Era la primera vez que veía a alguien, a excepción de sí mismo, hacer frente a su padre con tanta contundencia. La desesperación se podía ver reflejada

en su rostro. El gran Edmund Kesington, quien en otro tiempo fuera uno de los hombres más influyentes del mundo conocido, en la actualidad era una caricatura del monarca que había sido. Su porte y templanza se habían esfumado. ¿El motivo? La desaparición de su mujer.

Muchas voces del pequeño reino del noreste contaban historias acerca del trágico final de la reina Margareth. Unas hablaban de que había sido devorada por una manada de lobos en los bosques de Mudshire. Otras, que la locura se apoderó de ella y se precipitó por un barranco en un ataque de demencia. Sin contar ninguna de ellas con mayor credibilidad que la dada por sus narradores, lo cierto es que todas guardaban un elemento en común: el abandono, o más bien la huida, de la mujer del hogar. Los rumores y cuchicheos que rodeaban al infausto suceso descubrían que sus últimos meses de vida habían sido una auténtica tortura debido a su tormentosa relación marital. Habladurías que hicieron recaer la culpa de su muerte sobre su marido desde entonces. Catorce años ni más ni menos.

—Siento interrumpir... —Mathias se excusó con su repentina aparición—. Pero los invitados ya se han marchado.

La llegada del heredero apagó las críticas.

—Es bueno saberlo —cedió su padre sin entusiasmo.

—Siendo una buena noticia no es lo que me ha traído aquí con tanta celeridad —prosiguió el príncipe—. El jinete ha sido visto abandonando la ciudadela... —esta información atrajo la atención de todos los presentes—. Los guardas de la muralla exterior lo han confirmado, pero los hombres enviados tras él le han perdido el rastro.

—¿Cómo que le han perdido el rastro? —Alexander expresó su desconcierto ante las novedades.

—Culpan a la niebla.

La explicación ofrecida por su hermano lo hizo sentirse peor de lo que ya estaba.

—¿Permitirás que suceda lo mismo en tus tierras? —Edmund estalló ante la parsimonia de Maximilian.

El rey no se mostró dispuesto a contentarlo y la única respuesta que le dio a su nueva provocación fue una fría mirada.

—¡Es tu gente, Maximilian! —vociferó alterado—. ¡Ellos sufrirán las

consecuencias de tus actos!

El monarca estaba mucho más delgado de lo que presumía su vestuario. Su cabellera clareada por la edad y una desaliñada barba que cubrían gran parte de su demacrada cara presentaban una abandonada apariencia que no dejaba de ser el resultado del obsesivo y enfermizo ritmo de vida llevado a cabo desde la desaparición de su mujer.

—Lo que ha pasado esta noche, por desgracia, no es la primera vez que ocurre... —viendo que no iba a conseguir su propósito para con su viejo amigo, decidió actuar dejando a un lado las amenazas—. Todo comenzó hace cuatro semanas.

Y fue al encuentro de sus hijos...

—Unos extraños asaltos tuvieron lugar en tres poblados de Carvatia —empleando un tono mucho más pausado y cercano para hablar con ellos—. Los responsables incendiaron todo a su paso liberando auténticos infiernos...

Isaias, ante la relevancia de lo que se iba a contar, cerró las puertas de la sala para evitar miradas y oídos indiscretos.

—¿Poblados fronterizos del este? —lo interrumpió Mathias movido por la curiosidad.

—Si... —no entendió la finalidad de la cuestión, pero la contestó de igual manera.

—Rebeldes —acusó convencido.

La denuncia no encontró el apoyo de Alexander. Ensimismado tras conocer la huida del atacante, la culpa lo estaba empujando a repetir una y otra vez en su cabeza la imagen de la mujer suplicando por su vida momentos antes de ser malherida.

—Noto una ligera predisposición por tu parte para señalar a los culpables —a Edmund le interesó su actitud.

—Simple lógica. Habéis descrito su manera habitual de actuar —defendió su acusación.

—No recordaba tu pasado como inquisidor —agregó con sarcasmo—. Alexander...

Se volvió a centrar atraído por el llamamiento del monarca.

—Dime una cosa... —buscó su colaboración—. El hombre del puente, ¿crees que puede ser un pescador descontento con la monarquía?

No respondió, pero entendió a dónde pretendía llegar. El resultado y sobre todo la manera en que se habían producido los hechos hacía presagiar que la persona que estaban buscando no era un simple amotinado.

—Exacto —se tomó su silencio como la negativa que quería escuchar.

—No me parece suficiente. Hoy en día cualquier persona que se lo proponga sabe cómo manejar una espada —Mathias se negó a retractarse.

—¿Y atacar a una joven inocente? —lo retó a responder.

—Muchos asesinos y dementes se aprovechan del actual movimiento fanático para esconder sus verdaderas motivaciones bajo una falsa creencia —expuso convencido.

Edmund suspiró decepcionado.

—Por desgracia el sector monárquico más extremista de Carvatia pensó lo mismo que tú —se acercó a la chimenea y perdió la mirada en los hipnóticos vaivenes del fuego—. La disposición de los poblados, cerca de la frontera con las tierras independientes, y el pasado del reino no hicieron más que reforzar la teoría. Dionne no tuvo más remedio que pedir explicaciones ante las presiones recibidas —reconoció—. Los líderes independentistas defendieron su inocencia con vehemencia, pero su palabra no fue creída —relató con frustración—. Días más tarde Fetah, el poblado independiente más cercano a la frontera con Carvatia, sufrió las represalias...

—¿Cedió a las presiones populares?, no tenía a Dionne por esa clase de soberana —a Alexander le intrigó la revelación.

—Y no lo es —con una decepcionada sonrisa recuperó su atención para con los hermanos—. Intentó sin éxito apaciguar las ansias de venganza que exigían los suyos.

—¿Actuó el ejército sin su consentimiento? —insistió sorprendido ante su contestación.

Isaias decidió abandonar su puesto en las puertas junto a los hermanos y se dirigió hacia los ventanales.

—Las medidas tomadas por su parte ni gustaron ni bastaron —Edmund fue más claro—. La oposición, que llevaba veintiún años esperando su

momento en las sombras, aprovechó la crisis para alzarse contra ella.

—¿Conspiración? —dejó que el sentido común hablase.

—Los ataques sufridos y la pasividad de Dionne al respecto les dio la oportunidad que tanto esperaban —confirmó su suposición—. La derrocaron con el apoyo de los altos dignatarios contrarios a su mandato.

Ante la nula reacción general, Alexander dedujo que era el único que no estaba al tanto de las confidencias que estaba exponiendo el monarca. Asumió que su prolongada ausencia del castillo durante los últimos meses era la responsable.

—Ese ataque a Fetah ha provocado que la paz pactada hace veintiún años esté en serio peligro en estos momentos —Edmund acabó por resumir la actual situación del imperio central.

—¿Y acaso os sorprende?, era cuestión de tiempo que la situación en Carvatia reviviese. El pacto firmado hace veintiún años no fue más que una patraña y el mayor error cometido por un mandatario en los últimos tiempos —Mathias, adentrándose en el interior de la cámara, no se mostró conmovido—. La oposición, como la llamáis, sólo ha hecho lo que haría cualquier gobierno en sus cabales... no se puede negociar con esa gente, no son de fiar —afirmó con altivez—. Algo que “la reina de los rebeldes” nunca entendió y que demuestra que no estaba preparada para el cargo que ostentaba.

—Te recuerdo que estás hablando de una buena amiga de tus padres —puntualizó tras escuchar su dura declaración.

—Yo no tengo la culpa de que la gente de Carvatia haya perdido la fe en su reina ni de que los anárquicos se sientan con poder suficiente para enfrentarla —no hubo piedad en sus palabras a pesar de la advertencia—. Que asuma las consecuencias de su débil mandato.

La firmeza del príncipe y su animadversión hizo rememorar a Maximilian e Isaías la situación vivida en Carvatia hace algo más de dos décadas.

Tras la súbita muerte del por aquel entonces rey, un vacío de poder se instauró en el imperio provocando una crisis que trajo consigo dos bandos enfrentados. Por un lado los monárquicos que buscaban sucesor; por otro, los idealistas que, ante la falta de descendencia real, basaron su discurso en un reino libre de coronas.

El paso de los días recrudeció los enfrentamientos hasta convertir las disputas en una guerra civil donde el creciente número de muertos por ambos lados obligó a Maximilian, como amigo íntimo de la familia real y aliado del imperio, a entrometerse para detener las contiendas. Su

mediación no fue bien recibida por ninguna de las partes, pero mucho más criticada fue su decisión de elegir a la viuda del difunto rey como nueva soberana y encargada de restaurar la paz en las tierras centrales. La polémica resolución no contentó a nadie. Los tradicionalistas la reprobaron porque argumentaban que una plebeya no podía desempeñar las funciones de un rey de pleno derecho, pues no había sido educada para ello; y los progresistas porque se negaban a que la idea que habían defendido hasta ese momento, y que tantas vidas había costado, desapareciese sin más: sin rey electo, el pueblo tenía que gobernar.

Con Dionne coronada con la bendición de Maximilian, los monárquicos no tuvieron más remedio que honrar su figura, pero la otra facción, por contra, renegó del nuevo orden establecido generando un nuevo amago de guerra que se vio eliminado con la primera y controvertida decisión que tomó la mujer: ningún poblado tenía la obligación de rendir pleitesía a ella y la corona, pero a cambio dejaban de estar bajo su protección. Una resolución que hizo ganarse a Dionne el apodo sarcástico de “la reina de los rebeldes”.

Los lugares donde más había calado el mensaje de rebelión, los más alejados de la capital del reino, vieron recompensados su lucha consiguiendo una secesión para sorpresa del resto de coronas colindantes. Nadie, ni siquiera el propio Maximilian, entendió la motivación que había llevado a Dionne a actuar de esa manera. Ella defendió su postura argumentando que el trato era necesario para conseguir la paz que tanto necesitaban sus tierras. Había que ceder para prosperar. Pueblos como Brivaia, Minau, Fetah y Ranbar consiguieron su independencia. Una libertad que, gracias a su ubicación en las siempre complicadas depresiones nevadas del este, seguían disfrutando a día de hoy por su nulo valor estratégico y fértil.

—No tienes ni idea de lo que hablas, Mathias —Edmund fue franco con él tras oír sus menosprecios.

—¿Por qué?, ¿por decir la verdad? —no acabó de entender su defensa—. Nosotros llevamos dos años haciendo en nuestras tierras lo que ella nunca se atrevió a hacer en las suyas, es tan sencillo como eso.

El monarca se lamentó con incredulidad tras escuchar su nuevo desplante...

—Por tu postura debo de entender que ves con buenos ojos derramar sangre aunque sea de tu propia gente —y lo quiso meter en un compromiso.

—Si es para preservar el orden establecido por supuesto. No nos debemos de olvidar de dónde estamos ni de quiénes somos —lejos de mostrarse

arrepentido, defendió su postura siendo pragmático.

—Veo que el futuro de la corona está a salvo —ironizó mirando a su viejo amigo.

A Maximilian no le gustó su osadía.

—Por favor, sabéis tan bien como yo que estamos sufriendo las consecuencias de un reinado débil y cobarde —replicó el heredero al sentirse atacado.

Edmund estaba comprobando en primera persona los claros ideales que regían el juicio del príncipe.

—¿Acaso de verdad os creéis los principios que esa gente predica?, aquí encontraron la excusa perfecta para adquirir notoriedad cuando ocurrió lo de Galawent, pero no nos engañemos. La usurpación ha sido siempre el verdadero motivo que rige a esos renegados. Las ideas revolucionarias son un germen que atenta contra nuestras figuras. Lo único que pretenden es derrocarlos para ocupar nuestros lugares —continuó defendiendo su alegato con fervor—. Y no lo digo yo, lo dice la historia. Así se inició el movimiento rebelde en Carvatia hace veintiún años y así empezó aquí hace dos.

El discurso de Mathias no tenía resquicios.

—Lamento si no compartís mis pensamientos, pero nada de lo que me digáis hará que cambie de opinión. Gracias a esa escoria hoy en día tenemos una crisis de confianza con nuestro pueblo —buscó hacerse entender—. Nos responsabilizan de la pobreza que asola nuestras tierras cuando sabemos que esos reproches no son más que pataletas sin sentido en busca de mayor protagonismo y poder —quiso desenmascararlos a sus ojos—. Aprovechan la falta de inteligencia de la plebe para ponerlos en nuestra contra. Disfrazan su codicia con indignación.

—Veo que los rebeldes no son los únicos objetivos de tus críticas —apuntó el monarca con malicia.

—No seamos hipócritas —su actitud lo estaba sacando de quicio—. Todos los aquí presentes sabemos cómo funcionan las muchedumbres. Se mueven por tendencias, sin personalidad propia.

Su crítica, para sorpresa de Edmund, no encontró reprobación por parte de su padre.

—¿Envidia de que tu hermano tenga el favor que el pueblo te niega por

derecho de nacimiento?

—¡Deberías de mostrar un poco más de respeto hacia mi persona!
—ofendido, replicó con tosquedad.

—Ya veo —entonó satisfecho—. La insolencia y prepotencia que desprenden tus palabras me hacen temer por el futuro de estas tierras. Por suerte todo en esta vida pasa. Con los años aprenderás duras y fructíferas lecciones que te demostrarán que no eres más que un simple hombre sin ningún tipo de poder superior —lo aconsejó echando mano de sus propias vivencias—. La insolencia se volverá respeto y la prepotencia acomodo.

—¡Empiezo a hartarme de vuestro desplante! —se encaró con él—. ¡No olvidéis de dónde os encontráis!

—¡Y tú tampoco te olvides de que estás tratando con un rey! —no se amilanó e impuso un fuerte respeto sacando a relucir la figura de un hombre que semejaba desaparecido tiempo atrás—. ¡Que no te engañe mi aspecto porque todavía estoy un escalafón por encima de ti!

—¡Se acabó!

La llamada al orden de Maximilian consiguió su propósito y ambos cesaron en sus intenciones, aunque al heredero le costó contenerse y tuvo que morderse la lengua para poder hacerlo.

—Me alegra haber tenido la oportunidad de conocer tu manera de pensar, Mathias. Hace que me dé cuenta de lo acertada de mi presencia esta noche —espetó con suficiencia recuperando la compostura.

—¿Y puedo saber qué os hace pensar así? —preguntó con sorna.

Edmund dibujó una impertinente sonrisa. Su postura inflexible y su irascibilidad sirvieron para confirmar las sospechas que tenía para con el heredero. Los rumores sobre su polémico modo de actuar en la campaña contra los amotinados tras el alzamiento por la tragedia de Galawent adquirirían veracidad tras sus controvertidas intervenciones.

—Culpar a los rebeldes de lo que ha pasado, iniciar nuevas persecuciones contra ellos y estaréis cometiendo el mismo error que Carvatia... la diferencia será que vosotros sufriréis un destino mucho peor —incluyó a todos en su advertencia.

El príncipe se rió con su pobre defensa...

—Para no cometer el mismo error, como lo llamáis, tendríamos que tener pruebas de que los principales sospechosos no son los culpables —y

reafirmó su desprecio hacía ellos.

—Las hay. Otra cosa es que tu enfermiza fijación ni siquiera las contemple y te haga perder de vista vuestra verdadera prioridad —matizó de manera misteriosa.

—¿Qué prioridad?

Edmund volvió a fijar su mirada en su viejo amigo.

—La guerra en ciernes con Sulán.

La revelación extrañó a Alexander...

—Esperar... —que volvió a tomar la palabra desde su alejada posición—. ¿Qué tienen en común el ataque del puente, nuestra campaña contra los rebeldes, los asaltos de Carvatia y la guerra contra Sulán?

Al monarca le sorprendió la duda.

—Arvec fue atacado hace tres días. El resultado del asalto fue idéntico al sufrido por los poblados del reino central —usando un tono de voz mucho más grave para dotar a la contestación de la importancia que se merecía, hizo enmudecer a Alexander—. De ahí mi temor a las represalias que fuerais a tomar.

Arvec era un pequeño pueblo situado en la parte oriental del reino cerca de la frontera con Carvatia y a escasos kilómetros de los acantilados del golfo de Ursand.

—Y estoy en disposición de afirmar que el ataque del foso no será el último que sufrirán vuestras tierras.

Alexander fue a su encuentro atraído por su funesta sentencia.

—¿Y por qué estáis tan interesados en una trama que, según vuestras propias palabras, parece incumbir a todos los reinos menos al vuestro? —escupió Mathias.

—Fui invitado a participar —desveló aplacando la desvergonzada actitud del príncipe.

Ambos hermanos aguardaron con impaciencia mayor claridad en sus palabras. Las verdaderas respuestas, las encargadas de arrojar luz sobre una supuesta intriga, estaban por llegar...

—Hace tres semanas llegó a mi castillo un enviado personal de Dionne —Edmund inició su nuevo relato bajo la atenta mirada de ambos hermanos—. El mensaje que traía era claro y conciso: la reina solicitaba mi ayuda...

El lugar donde ahora se encontraba detenido hacía que, gracias al brillo proveniente de la chimenea, la mitad de su rostro se viese más iluminado dotando a su monólogo de una sordidez que ya se podía intuir por el tono macabro de sus palabras.

—Partí sin demora con un pequeño grupo de hombres de mi confianza y nos encontramos con ella en las afueras de Obanen. Allí, acompañada de su fiel séquito, me topé con una mujer apocada y disfrazada con humildes ropajes para pasar desapercibida —recordó con exactitud—. Antes de ofrecerme explicaciones más detalladas sobre el motivo de su llamada me invitó a entrar en el pueblo...

—Obanen había sido atacado —dedujo Alexander.

Asintió abatido.

—En medio de aquel panorama desolador llegaron las primeras respuestas. Según palabras de la propia Dionne estaba contemplando las mismas consecuencias que decoraban Ledomo y Agrova.

Los nombres de los otros dos poblados asaltados de Carvatia fueron desvelados.

—¿Por qué acudió a vos en busca de ayuda en vez de a nosotros? —hizo la pregunta que le rondó por la cabeza en ese preciso momento.

—¿No me digas que tampoco lo sabes? —se volvió a girar hacía su viejo amigo—. Veo que lo de Arvec no es lo único que le has ocultado a tu capitán.

Maximilian no reaccionó a su desplante, pero su gesto reflejaba que estaba haciendo lo imposible por contenerse para mantener su postura serena.

—¿Tiene esto algo que ver con su ausencia esta noche? —volvió a demostrar su perspicacia.

El monarca se regocijó ante el avergonzado silencio general que siguió a su pregunta...

—Ingham y Carvatia ya no son aliados, Alexander —y aseveró convencido.

No supo cómo asimilar la información debido a su repercusión.

—¿Teníais pensado contarme algo de todo esto? —ofendido, desvió su mirada entre su padre, su hermano y el consejero.

—Llegaste hoy por la tarde. Creímos que era mejor que descansaras y disfrutases de la fiesta... no lo consideramos de urgencia —fue lo único que atinó a decir su hermano con incomodidad.

—¿Que uno de nuestros poblados sufriera un ataque no lo considerasteis de urgencia?

El ambiente en la cámara se volvió más tenso con la salida de tono de Alexander.

—No cuando sabemos que los rebeldes han sido los responsables —insistió en su idea para convencerlo y calmarlo.

—Por más veces que lo repitas no se va a convertir en realidad, Mathias —apuntilló Edmund.

Alexander se sintió traicionado por los suyos.

—Ya habíais tenido suficiente con el juicio sobre mis actos en el norte, ¿no? —reprochó—. Ya no soy de confianza.

—No te equivoques, hermano —lo invitó a serenarse—. Precisamente porque acababas de rendir explicaciones no lo consideramos oportuno.

—Supongo que ese abandono sólo ha sido de puertas para dentro —adivinó el cinismo de su actuación—. La gente no sabe nada.

Mathias enmudeció descubierto.

—Hay que mantener las apariencias —Edmund se estaba divirtiendo con el inesperado devenir de la reunión—. No sería bien visto seguir adelante con una guerra si ya no tienes nada que defender.

—¿Qué motivó esa decisión? —le exigió claridad a su padre.

—Descubrimos que Dionne mantenía tratos ocultos con Marcus —pero fue de nuevo su hermano el que le contestó.

La aclaración lo sorprendió y consiguió rebajar su temperamental

reacción.

—¿De qué tipo? —expresó con recelo sin estar aún conforme.

—Que sepamos mercantiles, pero conociendo a Marcus como lo hacemos sabemos que hay algo más... —se justificó su hermano—. Su alianza y parcialidad en el conflicto contra Sulán quedó en entredicho.

Con dos simples frases quiso dar a entender el porqué de la controvertida decisión.

—Es una pobre excusa —a Edmund no le convenció su explicación—. Tu padre sabe al igual que yo que ella nunca se posicionaría contra Ingham.

—¿Y eso cómo lo podéis asegurar? —al príncipe le intrigó su seguridad al respecto—. ¿Acaso sabéis algo que desconozcamos?

—Tiene cuentas pendientes aquí —volvió a mirar con descaro al rey y a su consejero—. Deudas que quiere pagar.

Tanto Maximilian como Isaias lo reprendieron con la mirada dejando claro que había límites que no le iban a permitir traspasar.

—¿Entonces por qué se arriesgó de esa manera? —las palabras de su hermano lo hicieron pensar—. Sabía que lo acabaríamos descubriendo y lo que pasaría cuando lo hiciéramos.

—Dionne Irvund es muchas cosas, pero te aseguro que es de los pocos soberanos que he conocido que de verdad se preocupa por el bienestar de su gente.

Edmund rebajó sus intenciones y la defendió con vehemencia.

—¿Qué queréis decir?

—La ubicación de su reino, separando Ingham y Sulán, lo convierte en un invitado de piedra en vuestro conflicto —quiso hacer entender su polémico modo de actuar—. Sus tierras serán los escenarios de la mayoría de vuestras confrontaciones con todo lo que eso implica. Sólo buscaba la supervivencia de los suyos.

Mathias chistó con escepticismo.

—Pensaba que teniendo tratos con Marcus mitigaría cualquier daño colateral —Alexander barruntó en voz alta.

—¿No me dirás que te vas a creer esa falacia? —su hermano se asombró

por la candidez de su comentario.

—Intentó despertar su piedad. Si Sulán sale vencedor de vuestro enfrentamiento un nuevo orden se instaurará en el continente y con él llegarán cambios drásticos...

Las palabras del monarca descubrían el respeto que causaba la figura del rey de Sulán.

—No nos queráis presentar a una Dionne que no existe —Mathias lo interrumpió aborrecido con su empecinamiento—. Nos traicionó en el momento en que tuvo oportunidad. Me da igual si lo hizo por miedo o por interés. Tomó una nueva decisión equivocada como es costumbre en ella. Ahora que asuma las consecuencias.

—Si todo lo que habéis dicho es cierto, mi hermano tiene razón, ella eligió...

El príncipe no pudo esconder la sonrisa de satisfacción que se dibujó en su cara al saberse con el apoyo de su hermano...

—Y no nos olvidemos de que estamos a punto de iniciar una guerra en la que morirán miles de nuestros soldados por acudir en su ayuda —y se envalentonó.

—No seas cínico —Edmund no le permitió mentir—. Los intentos de conquista de Zugara por parte de Marcus os han servido para proclamar una guerra que buscabais con desesperación.

Zugara, el poblado más al sudeste de Carvatia y más cercano a la frontera con Sulán, había sido el desencadenante del tan nombrado conflicto. Los avistamientos de hombres bajo el mandato de Marcus en las inmediaciones, un año atrás, fueron respondidos con el despliegue de toda una compañía de soldados por parte de Maximilian para proteger el poblado. Decisión que fue recibida como toda una declaración de guerra por parte del soberano de Sulán.

—Desde hace dos años Sulán se ha convertido en una seria amenaza para vosotros con la expansión de sus dominios... —quiso destapar toda la hipocresía que ocultaban sus actos y discursos—. Y encontrasteis la excusa perfecta para contar con la aprobación de vuestra gente, esa misma a la que hace un momento decías que se movían por tendencias, para proclamar la guerra. Los vuestros temen el enfrentamiento, pero lo apoyan porque creen que es por una noble causa como la de ayudar a un aliado en apuros... cuando la realidad no es otra que evitar que se ponga en duda vuestra supremacía.

Se congratuló por dejar en evidencia al heredero.

—Antes habéis dicho que estabais seguro de que aquí habría más ataques, ¿cómo lo podéis afirmar con tanta rotundidad? —Alexander recuperó su fatídica sentencia.

—Porque en los tres poblados de Carvatia desaparecieron jóvenes mujeres durante los asaltos... —volvió a perder su crítica mirada en el fuego de la chimenea—. Cinco para ser más exactos.

—¿Desaparecido?

—Secuestradas —aclaró con desasosiego—. Los familiares que sobrevivieron a los ataques denunciaron sus secuestros cuando Dionne y su gente visitaron los lugares afectados...

Z

Maximilian e Isaías, aprovechando que Edmund tenía toda la atención de los hermanos, cruzaron miradas de preocupación tras escuchar sus últimas palabras. La verdadera trama, esa que no querían que saliese a la luz, se asomaba a través de pequeñas grietas en el relato del monarca.

—¿Las encontrasteis? —Alexander lo apremió a responder motivado por lo vivido en el foso.

—Dionne quería mi ayuda precisamente para eso, para encontrarlas. Sin más apoyo que su gente de confianza y teniendo que mantenerse en las sombras para no ser descubierta por los traidores que la derrocaron, mis hombres y yo nos unimos a la búsqueda —musitó decepcionado—. Durante días nuestras batidas nos llevaron a través de los rincones más escondidos e inaccesibles de Carvatia, pero para nuestra desgracia nunca encontramos nada. Ni una sola pista o rastro en el que poder apoyarnos para mantener las esperanzas.

El gesto consternado del monarca demostraba que no estaba siendo agradable para él recordar esos viajes.

—Como acto desesperado y sabiendo que cuánto más tiempo pase menos posibilidades tenemos de encontrarlas con vida, acabé por convencer a Dionne para venir hasta aquí e intentar hacer entrar en razón a vuestro padre. Labor que creía innecesaria después de enterarme de lo ocurrido en Arvec y ver lo que ha pasado ahí fuera, aunque su actitud me demuestra que, una vez más con respecto a él, estaba equivocado.

Las duras acusaciones vertidas contra su padre por él a su llegada

adquirieron todo el sentido para Alexander.

—¿Desapareció alguna mujer en Arvec? —llamó la atención de su hermano sin ningún tipo de templanza.

Mathias suspiró sabiendo lo que iba a desencadenar su respuesta.

—Una abuela advirtió la desaparición de su nieta durante el asalto...

Para sorpresa general, pero sobre todo de Maximilian, fue Isaías quien contestó adelantándose al heredero.

—Los propios soldados que fueron a investigar el ataque concluyeron, tras ver el alterado estado de la mujer y la falta de más testimonios confirmando su historia, que lo más probable es que su nieta hubiese muerto durante uno de los incendios —Mathias se apuró a contar la versión más verosímil—. Lógicos delirios para no enfrentar la dura realidad.

La mirada de Alexander confirmó que esta vez su hermano no lo había convencido.

—La del puente es la segunda... —Edmund reclamó la atención del menor de los Volzac.

Su afirmación causó un escalofrío a Maximilian.

—¿Por qué? —Alexander caminó hasta las gradas con un tono poco apropiado para dirigirse a su padre.

—¡No te atrevas a juzgarme! —el remordimiento lo hizo levantarse de su trono de manera airada.

Su réplica nerviosa decepcionó a Alexander, sorprendió a Mathias, gustó a Edmund por lo que suponía para sus intereses y disgustó a Isaías.

—¡Tengo mis propias motivaciones para mantenerme al margen!

—¿Y esa despreocupación desde cuándo la tenéis, padre? —su excusa lo animó a cuestionarlo de nuevo—. Porque no os vi dudar hace un año cuando mandasteis milicias enteras a una muerte segura.

—Si algún día te sientas en un trono como éste te darás cuenta de que los ideales que ahora te rigen con tanto orgullo no tienen cabida en él —se defendió, volviendo a tomar asiento y con un tono mucho más calmado tras encontrarse con una mirada de reprobación de su consejero—. Da igual si lo que hago como rey tiene tu aprobación o si es lo correcto. Sólo importa si es lo que mi reino necesita en ese preciso momento —explicó

su polémico proceder con determinación—. Es mi deber.

A Alexander se le escapó una risotada de incredulidad y desvió la mirada hacia el impresionante y trabajado tapiz con forma de mapa de todo Ingham que descansaba sobre la chimenea. La colgadura, lejos de lo que se pudiera pensar y por expreso deseo del propio Maximilian, era el único adorno que decoraba una estancia que se alejaba de la pomposidad del resto del castillo.

—¿Es vuestro deber engañar y mentir a los vuestros? —recuperó la opinión que había compartido con su hermano durante la fiesta.

—Si, si con ello consigo mantener su fe y esperanza.

—Pues empezar a esmeraros en vuestros embustes, padre —señaló el mapa con acritud— porque vuestro imperio se está desmoronando ante vuestros ojos y muy poca gente sigue creyendo en vos.

Al mismo tiempo que pronunciaba la última frase se arrepintió de la misma y decidió no seguir adelante con más recriminaciones. Harto de mentiras, dirigió sus pasos hacia los ventanales junto al consejero para aclarar los pensamientos.

—Dionne y yo tenemos la certeza de que Marcus está detrás de esos secuestros. Los indicios que tenemos nos llevan a pensar en ello —la grave acusación de Edmund hizo olvidar al momento la breve e intensa discusión entre padre e hijo.

Aunque Alexander apenas la escuchó. Su intención de serenarse desapareció cuando se encontró con su propio reflejo en la cristalera. Fantasmas pasados, y no muy lejanos, lo estaban atormentando de nuevo.

—¿Cómo podéis estar tan seguro? —el desdén dio paso a la curiosidad en la cuestión de Mathias al monarca.

—Marcus es un hombre frío y maquiavélico. Sus actos desde su ascensión a la corona de Sulán así lo demuestran —retomó con inquietud—. Estáis en los albores de una lucha que, con las fuerzas tan parejas, no ganará el imperio con mayor poder bélico sino el más inteligente y eso es algo que él ha comprendido desde el principio de vuestro enfrentamiento.

El crepitar de la madera ardiendo en la chimenea resultaba ya un sonido tan familiar a estas alturas que no llamaba la atención cuando el silencio se apoderaba de la sala por unos segundos.

—¿Qué haces cuándo quieres mermar a un enemigo en vistas a una

guerra? —soltó su pregunta al aire para poder desarrollar su teoría.

—Restarle aliados —Alexander, sin separar su mirada de su reflejo en la vidriera, respondió con seriedad.

—Zugara no es sólo su objetivo por cercanía territorial. Esa conquista significa mucho más... implica vuestra derrota en la guerra —afirmó tras recibir, una vez más, la respuesta que esperaba escuchar.

—Explicaros mejor —Mathias no lo acabó de entender.

—Marcus sabía que una vez sus negocios con Dionne fuesen conocidos por vosotros retiraríais las tropas apostadas en Zugara —aceptó contentarlo—. Con vuestros hombres fuera, lanzó los ataques a los poblados fronterizos con las tierras libres sabiendo las tensiones que se iban a generar. Conoce a Dionne y sabía que no derramaría sangre sin estar segura y las consecuencias que acarrearía esta decisión en sus detractores. Ella desaparece del tablero y las reglas del juego cambian...

Isaias, aprovechando su cercanía, observó con interés a Alexander ajeno al nuevo monólogo del monarca.

—¿Y en dónde encajamos los secuestros? —se percató de su mirada, pero no quiso corresponderla—. ¿Qué gana él con eso?

—Testigos de los asaltos de Obanen, Ledomo y Agrova señalaron a vuestros hombres como los responsables de esos asaltos...

Esta revelación si que sorprendió e indignó a todos los presentes.

—La retirada de vuestros hombres de Zugara tras conocer los tratos que mantenían Dionne y Marcus hacen de la acusación algo muy serio si lo entendemos como una respuesta a su traición.

Alexander se empezó a marear. No había contado toda la verdad sobre lo ocurrido en el foso. El atacante portaba el blasón familiar sobre la armadura. Lo había visto con sus propios ojos.

—¡Eso es mentira! —bramó con rabia Mathias.

—Claro que lo es —Edmund reafirmó sus palabras sin titubeos—. Pero no es difícil imaginar que sucederá cuando los nuevos gobernantes de Carvatia descubran que soldados que en teoría estaban en sus tierras para protegerlos son los causantes de los asaltos y los secuestros.

—¿Aún no lo saben?

Alexander volvió al interior de la cámara atraído por el anuncio.

—Por suerte para vosotros su odio irracional contras los independentistas fue suficiente para no interesarse, en su momento, por los testimonios de los supervivientes... algo que si hizo Dionne —la trama empezaba a tomar un sentido tan enrevesado como razonable—. Por desgracia el tiempo corre en vuestra contra y cuándo se enteren de la verdad afrontaréis una guerra contra dos imperios.

—¿La gente de Arvec vio a los responsables del asalto? —Alexander, más calmado y centrado, quiso saber más.

—Ningún testimonio fiable —Mathias entendió lo que buscaba—. La oscuridad de la noche, la rapidez del asalto y la confusión por lo repentino e inesperado del suceso presentaron muchas incongruencias en los relatos de los supervivientes.

Maximilian sabía que podía poner fin a todas las dudas que tenían sus hijos, pero no se veía con el suficiente valor para hacerlo. No se sentía capaz de hacer frente a lo que eso suponía.

—Si Marcus es quien está detrás de todo esto... —Alexander se acercó al monarca—. ¿Por qué llevar a cabo ese asalto en Arvec?, ¿por qué proseguir con los secuestros aquí en nuestras tierras? —quería respuestas a una teoría que, con lo que sabía, veía inconsistente—. ¿Qué sentido tiene?

—¿Su macabra forma de incitaros a que deis el primer paso? —hizo una conjetura aclarando que no tenía ni idea—. Si yo fuera él os apremiaría a actuar esperando que al hacerlo cometierais algún error que poder aprovechar.

Isaias conocía bien a Alexander así que no necesitó verle la cara para saber que la explicación recibida no era suficiente para él. Ya no había marcha atrás. No iba a parar hasta descubrir toda la verdad... incluso esa que el Edmund prepotente y resabido que presumía de conocimiento desconocía. Su empeño iba a despertar mucho dolor y vergüenza, pero aún así no pudo evitar esbozar una sonrisa de orgullo para con él.

—No quiero que penséis que busco entrometerme en vuestros asuntos. En lo que a mí respecta vuestra guerra no es de mi incumbencia y no pretendo formar parte —el monarca quiso dejar clara su postura viendo la reacción de Alexander—, pero si que me gustaría seguir adelante con la trama de los secuestros. Creo que puedo ser de ayuda.

Su petición se repitió como un frío eco en la oscuridad del invisible techo abovedado de la cámara. Tanto hijos como consejero aguardaron la

reacción de Maximilian a su proposición.

—Padre... —Mathias, con mesura, lo animó a tomar una decisión—. No seré yo quien lo defienda o confíe en su palabra, pero su teoría es bastante sólida y su ayuda nos puede venir bien. Nosotros sabemos que nuestros hombres no han tenido nada que ver con esos ataques y se me ocurre nadie más que pudiera estar interesado en llevarlos a cabo para perjudicarnos en estos momentos.

Su padre lo escuchó sin estar convencido.

—Y el incidente de esta noche puede ser ese mal paso que nos condene —al contrario que su hermano, él si se había convencido con la conjetura del monarca—. Estamos obligados a actuar, pero si esparcimos a nuestros hombres por todo el reino en busca del hombre del puente debilitaremos nuestras defensas... y nos podemos llevar una desagradable sorpresa en forma de incursión que tanto podría llegar por tierra como por mar.

La exposición de su hijo sonó más persuasiva de lo que le hubiera gustado a Maximilian. Sin pretenderlo, dio una explicación coherente al porqué del asalto sufrido en Arvec y el reciente incidente del puente levadizo.

—Tengo una última petición... —una pérfida mueca acompañó la intención de Edmund—. Quiero que Alexander me acompañe.

—¡No! —la negativa del rey fue inmediata.

—Como bien acaba de exponer tu hijo mayor no te puedes permitir el lujo de desperdigar a tus hombres por todo el imperio —repitió ante su esperada reacción—. Por más que nos duela lo ocurrido en el foso es un asunto de mucha menor trascendencia que la guerra. Y tú mismo has dicho hace un momento que tus decisiones se basan en salvaguardar a tu gente.

Maximilian buscó argumentos con los que rebatir, pero no los encontró. Se vio preso de sus propias palabras.

—¿Y por qué él?

—Su fama le precede y posee el favor del pueblo —pronunció con ligera admiración—. Al igual que Dionne en Carvatia, su presencia puede abrirme puertas que de otra manera encontraría cerradas.

—Lo haré —la voz de Alexander resonó con fuerza en toda la cámara.

—¡No, no lo harás! —Maximilian mantuvo su negativa.

—¡Si que lo haré! —lo contradijo retándolo con la mirada.

—¡Los Dioses no lo quieren así! —echó mano de su devoción para convencerlo.

—¿Es ese el gran argumento que tenéis, padre? —sonó casi a burla—. ¿Dónde se encontraban vuestras deidades mientras cientos y cientos de hombres morían por vuestros caprichos en una campaña que nadie entendió?, ¿dónde están ahora mientras una parte importante de vuestro reino se muere de forma agónica?

Alexander estalló con reproches acumulados. La fe o más bien la falta de la misma lo convertía en la oveja negra de la familia entre la prelatura.

—¡Tú eres el capitán de mi ejército y como tal tu principal deber es el de obedecer mis órdenes, no lo olvides! —hizo uso de su cargo para amedrentarlo.

—Ya no, padre —lo corrigió—. Mi tiempo aquí se acabó.

Estas fueron las primeras palabras que si sorprendieron a Edmund en todo el cónclave.

—¡Ese no es tu destino! —quiso abrirle los ojos sabiendo que estaba perdiendo la disputa con él.

—¡Mi destino lo elijo yo, padre, nadie más! —lo volvió a contradecir abriendo un poco más la herida existente entre ambos.

—Si no atajamos este asunto con celeridad podemos enfrentarnos al cisma definitivo con el pueblo —Isaias quiso hacer entrar en razón al rey—. Y el muchacho ya no forma parte de vuestras tropas... renunció esta misma tarde.

Maximilian enmudeció y miró con estupefacción a su consejero intentando averiguar el porqué de su parecer. Era una traición inesperada, por eso quizás resultó más dolorosa. Sólo ellos dos sabían la verdad de la trama que se estaba tratando.

—De acuerdo entonces, partiremos cuanto antes —Edmund anunció con satisfacción por la resolución—. No tenemos tiempo que perder.

—Tomarlo como mi último tributo a vuestra figura, padre. Cuando resuelva este asunto me iré de aquí con Helena.

Maximilian suspiró decepcionado.

—Será mejor que te vayas a cambiar —le sugirió el monarca al reparar en su deteriorado vestuario—. Te esperaré en el patio de armas con los caballos.

Con un simple gesto con la mano, Maximilian le dio permiso para abandonar la estancia. Alexander se marchó sin ni siquiera despedirse. Mathias se apuró a seguir sus pasos para intentar tranquilizarlo.

—¿Era lo que buscabas? —Maximilian se levantó de su trono y fue hacia los ventanales.

El monarca se sorprendió con su acusación.

—No me dejaste alternativa, pero no seas hipócrita. No te atrevas a culparme de tus malas decisiones, viejo amigo. De no haber aparecido esta noche ahora mismo la vida de decenas de insurgentes estaría condenada para preservar tu integridad —recriminó con dureza al tiempo que iba hacia las puertas—. Asume y afronta tus errores de una vez...

Una vez a solas con su consejero, se detuvo ante la misma cristalera que había reflejado el superado rostro de su hijo pequeño minutos antes.

—No me lo esperaba de ti —reprochó su actitud con más decepción que enfado mirando al exterior.

—Tendrá que enmendar nuestros errores —Isaias, sin moverse de su lado pero con la mirada fija en el fuego de la chimenea, no se acobardó al responder.

—Sólo espero que tu fe no le cueste la vida —replicó preocupado.

Capítulo 5

REPERCUSIONES

—¡Aguarda! —Mathias detuvo a su hermano en medio de uno de los corredores del castillo—. No lo conviertas en algo personal. Está sometido a mucho presión y no tiene que resultar sencillo desempeñar su papel.

—¿Todavía lo defiendes después de todo lo que has escuchado? —se le veía y notaba muy ofuscado.

Las sombras de ambos hermanos se dibujaban en el suelo gracias a las ráfagas luminosas que desprendían las teas ubicadas en las paredes. Éstas eran las encargadas de iluminar los pasillos y los objetos que los decoraban.

—Tú tampoco lo pones fácil —se mostró más pausado que él.

—¿Me estás reprochando mi actitud?

—Lo único que digo es que estás dejando que lo sucedido en el foso nuble tu juicio...

No quería admitirlo, pero tenía razón.

—No pienses que esto es una recriminación —quiso que entrase en razón—. Sé que tienes motivaciones contra padre y aunque no las comparta no seré yo quien las juzgue, pero lo único que te pido es que no abandones el castillo como la última vez.

—No deja de engañar a su pueblo, Mathias —exhaló cansado.

—Entiendo tu decepción, pero no podemos permitir que se repita la situación de tu anterior marcha. No te imaginas lo que costó ocultarlo. Las paredes de este castillo son más finas de lo que piensas —posó sus manos sobre sus hombros para transmitirle su serenidad.

Frunció el ceño y guardó silencio dispuesto a escuchar. Siempre había tenido a su hermano como un ejemplo a seguir a pesar de sus conocidos errores.

—Padre es mayor y le queda poco tiempo de reinado, no sería buena idea volver a golpear su imagen. Algo que sin duda sucederá si el rumor de que su hijo pequeño y actual héroe local está en su contra —compartió su parecer con él—. Imaginate en la situación que nos pondrías a las puertas

de la guerra.

—¿Y qué propones?

Mathias lo invitó a reanudar la marcha a su lado ahora que se veía más calmado.

—Que enmendemos sus errores, pero sin ponerlo a los pies de los caballos —demostró que ya lo tenía pensado—. Encuentra al hombre del foso y llega al fondo de la trama de las desapariciones... yo me ocuparé del resto desde aquí.

Una vez descubierta la magnitud de la crisis que tenían entre manos, sus actuaciones iban a definir el alcance y los daños que ésta iba a causar para su familia.

—Antes de marchar te quiero pedir un favor... —frenó la despedida.

—Marcha tranquilo —se adelantó a su petición adivinando lo que era—. Me ocuparé personalmente de que Helena esté a salvo durante tu ausencia, te lo prometo.

Alexander sonrió descubierto.

—Y tú hazme uno a mí...

Le sorprendió con su demanda.

—No te confíes. No me fio de Edmund.

—Habla tu perspicacia o tu resentimiento —recordó con sorna el tenso enfrentamiento vivido entre ambos.

—Habla la cordura —aclaró con seriedad.

—Tú también crees que está ocultando algo...

Ambos habían llegado a la misma conclusión.

—Sea lo que sea estoy convencido de que lo acabarás descubriendo —le guiñó un ojo y le dio una palmada en el hombro para despedirse de él.

Tras adelantarse unos pasos, Mathias se detuvo y se giró hacia él.

—¡Alexander! —cuando estaba a punto de desaparecer de su vista, lo volvió a llamar.

Extrañado, vio como su hermano se tocaba la muñeca derecha.

—Esta marca te hace diferente, no lo olvides... somos Volzac —pronunció con orgullo antes de retomar su camino.

Alexander quiso aprovechar su momento de soledad y sosiego que le había contagiado su hermano para buscar la lucidez perdida, pero su intención resultó ser un fracaso cuando la imagen fantasmagórica de la muchacha lo volvió a atormentar con sus suplicas.

—Ha tenido que resultar muy duro —Isaias apareció entre las sombras devolviéndolo a la realidad.

No le contestó y agachó la mirada apesadumbrado.

—No te atrevas a esconderte de mí, chico —le levantó la cara con la mano.

Sabía que, como su padre, sus ojos declaraban lo que él podía intentar ocultar con palabras.

—Me quedé paralizado. No supe reaccionar —confesó con voz temblorosa por culpa de los nervios de tener que rendir explicaciones ante él.

Isaias se volvió a encontrar frente a frente con su pupilo. La cara salvaje vista en la sala de los tronos desapareció en favor de unas dudas que por orgullo y posición no se permitía exhibir ante nadie más.

—No me muestres compasión, por favor —reparó en su mirada paternalista—. Esa mujer estará muerta ahora mismo por mi culpa.

Incluso su voz, rabiosa y desconocida en los reproches escupidos contra su padre, volvió a ser tan serena como siempre.

—Nunca podrás socorrer a todo el mundo que necesite ayuda —descubrió la cruda realidad que parecía negarse a asumir.

No refutó, nunca se atrevería a hacerlo contra él, pero en su cara se podía ver que no estaba conforme.

—No permitas que la venganza que ahora ansias te domine, porque entonces tú mismo te perderás en su búsqueda —lo aconsejó demostrando que lo conocía demasiado bien.

—Siempre me has inculcado que soy algo más que un soldado —le recordó sus propias palabras.

—Y lo mantengo, pero no eres un Dios —puntualizó con un tono crítico.

Desde que lo había conocido con quince años para hacerse cargo de su educación, entre otros menesteres, siempre se había mostrado exigente para con él con respecto a sus comportamientos tanto criticables como compasivos.

—Tampoco lo pretendo ser —se sintió ofendido por la comparación.

—Espero de verdad que así sea. No me gustaría descubrir que las loas públicas que ahora te acompañan se te han subido a la cabeza —la imagen de viejo calmado y pensativo vista hasta el momento dio paso a la del maestro intransigente.

El consejero conservaba el mismo aspecto con el que lo había conocido veintiún años atrás. De rostro pétreo y arrugado y cabello blanquecino pero fuerte, sus cansados ojos oscuros poseían una mirada inteligente y escondían las vivencias de un hombre que, por su apariencia robusta venida a menos por culpa del paso de los años y sus enseñanzas, estaba seguro de que había sido alguien importante en su otra vida...

2

—Señora, de verdad, no hace falta que ayudéis... podemos nosotros solos —una de las doncellas aclaró con mucha medida—. Sería una lástima que ensuciarais un vestido tan bonito.

Después de haber logrado capear el temporal desalojando a los invitados, Adela y Helena habían decidido ayudar en las tareas de limpieza de la sala. La actitud solidaria, proveniente del pasado humilde de la reina, no era más que una excusa para estar ocupada mientras esperaba recibir noticias de la sala de los tronos.

—Tranquila, Cora, prefiero estar aquí antes que en mis aposentos. Por lo menos aquí soy útil —justificó sus actos—. Pero gracias por preocuparte. Tú siempre mirando por mí, eres un encanto.

—Es mi deber —sonrió con el halago recibido.

Cora era una de las sirvientas de mayor confianza de Adela a pesar de su juventud. Criada en una familia de origen humilde, fue la propia reina quien la trajo al castillo tras encontrársela entre las damnificadas de la tragedia acaecida en Galawent dos años atrás.

—Gracias por la fiesta —Adela llamó la atención de Helena.

La princesa abandonó los pensamientos que la tenían distraída.

—Una pena que haya acabado de esta manera —se lamentó con una apagada sonrisa.

—Cuando Mathias se empeñó en organizar los preparativos me temí lo peor —reconoció tratando de crear un ambiente más distendido—. Por suerte para mi esposo y para mí imperó la sensatez y acudió a ti en busca de ayuda.

Helena agrandó la sonrisa ante su cómplice comentario.

—¿Cómo estás? —se interesó por ella con un tono mucho más familiar.

—Asustada como todos, supongo —reconoció tras encogerse de hombros.

—No sabía que iba a venir —sus palabras sonaron a disculpa.

La mueca de la princesa perdió fuerza con el nombramiento de su padre.

—Sabes que estoy aquí para lo que necesites, ¿verdad? —su modo cauteloso de llevar la conversación denotaba que la conocía bien y no quería forzarla.

—Lo sé —agradeció su interés.

Mathias apareció en la sala y la charla entre mujeres acabó. Ambas se veían ansiosas por saber que había pasado en la reunión. Por el rostro serio del heredero se podía adivinar que no era portador de buenas noticias.

—¿Qué ha pasado? —Adela fue la primera en hablar.

—Los guardas no han sido capaces de dar con ese hombre...

Ambas recibieron la noticia con desasosiego.

—Alexander va a partir de inmediato con tu padre para encontrarlo e intentar rescatar a la mujer.

Tan pronto como escuchó el anuncio, Helena salió corriendo en busca de Alexander.

—Madre... —Mathias quiso aprovechar la intimidad que disfrutaban ante las idas y venidas de la servidumbre mientras recogían para hablar con ella—. Deberíais de tener una esclarecedora conversación con padre. Últimamente han pasado cosas y creo que es justo que sea él mismo

quien os las cuente.

Su hijo hizo realidad sus peores augurios. El palpito que había tenido durante el último baile con él fue confirmado.

3

—Ya no soy el muchacho que llegaste a conocer. He hecho cosas de las que no estoy orgulloso —Alexander se confesó sin pretenderlo.

Isaias detuvo sus pasos y lo miró con curiosidad tras escucharlo. Por momentos veía reflejos del joven aniñado que había desaparecido en favor de un rostro más adulto y endurecido.

—¿Tan grave fue lo sucedido en las tierras del sur? —presumió de sagacidad para con él.

Le devolvió la mirada impresionado por su perspicacia, pero no se atrevió a responder.

—Nunca has querido hablar de lo que pasó y esa decisión no hace más que perjudicarte a ti mismo —sus palabras seguían sin demostrar condescendencia.

—Se consiguió el propósito, Ingham venció. El resto son sólo daños colaterales —suspiró cansado de recordar.

Isaias, animado por sus palabras, se quedó mirando a una de las espadas raídas que reposaban en la abarrotada pared.

—Es triste escuchar como la gente presume con orgullo de lo conseguido en Ahn sin reparar en el alto precio que se tuvo que pagar —tras oír su última declaración, intentó mostrarse más cercano—, pero eso forma parte de las guerras, chico. Lo que quiero que entiendas es que una guerra cambia a cualquier hombre. Da igual como sea ni lo preparado que crea estar. Nunca será el mismo si consigue sobrevivir a la misma.

La molesta conciencia le impidió agradecer su discurso.

—¿Por qué tengo la sensación de que hay mucho más que lo dicho ahí dentro? —buscó su sinceridad.

—Siempre has tenido muy buena intuición —sonrió descubierto y reanudó el camino con las manos entrelazadas en la espalda.

Lo dejó avanzar unos pasos antes de unirse a él tras sopesar sus últimas

palabras.

—Veo que en mi ausencia ha habido algunos cambios por aquí... —quiso confirmar una corazonada que tenía para con él.

—Es ley de vida —le dio la razón—. Pocas cosas sobreviven al paso del tiempo.

El desgastado estado de algunos de los trípticos y las tablillas religiosas que iban surgiendo a su paso daban buena fe de su afirmación.

—No tenía la amistad por algo perecedero —y compartió su sospecha.

—Y no lo es —entendió hacía donde se dirigían sus palabras—. Cuando es verdadera puede atravesar por malos momentos, pero nunca desaparecer por culpa de ellos.

Un valiente caballero portando una casaca negra y luchando contra una especie de demonio a las puertas del castillo era la imagen central de un tríptico que atrajo la atención del consejero e hizo que se mostrase más que convencido de su última afirmación.

—Espero que mi padre piense igual. No me gustaría que mis acciones acabasen con una amistad forjada durante toda una vida.

—¿Por qué dices eso? —se sorprendió con su declaración.

—Hoy te he visto muy distanciado de él y algo me dice que no es cosa de un día. El viejo que yo conozco hubiera apoyado a mi padre con vehemencia y no permitiría la prepotencia de Edmund —recordó lo ocurrido en la sala de los tronos.

—Hice lo que tenía que hacer. La amistad no significa defender lo indefendible —su firmeza no dejó lugar a nuevas réplicas.

—Estas tierras y su gente necesitan de tu cordura. No me imagino que clase de destino podría tener este imperio sin ti —fue su manera de sugerirle que arreglase las cosas con su padre.

Isaias recibió su consejo con satisfacción.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan resabido? —bromeó con él.

—Que puedo decir, tuve un gran maestro.

Ambos rieron con timidez con su réplica.

—Conocí a tu padre antes de que tu hermano y tú nacierais. He vivido momentos duros y tristes con él, pero también felices y gratificantes durante todos estos años —el aplomo que transmitía con su voz provocada que, a pesar de su característico tono pausado, siempre fuera el centro de atención cuando tenía la palabra—. Al final lo único que nos queda son los recuerdos, y por suerte en mi balanza personal pesan mucho más los buenos que los malos —desveló con melancolía—. Mi tiempo aquí se acaba porque así tiene que ser. Todo en esta vida tiene etapas y a mí sólo me queda una cosa por hacer aquí, cuando la haga podré marchar en paz.

Alexander escuchó con preocupación su alegato.

—¿Todo esto es por la ascensión de mi hermano al trono?

—Se avecinan nuevos tiempos —lo confirmó.

La autoridad y capacidad de Mathias para decidir en temas de índole real había crecido de manera vertiginosa tras el estallido del conflicto contra Sulán. Con su regreso al castillo, y el abandono del ejército en favor de Alexander, había asumido con naturalidad el papel de segundo de su padre desplazando al consejero.

—Escúchame bien —llamó su atención—. Quiero que tengas mucho cuidado. Este asunto es mucho más peligroso de lo que aparenta... incluso para ti.

Sin pretenderlo, o quizás si, resultó intimidante.

—¿Qué me estáis ocultando? —le volvió a pedir una sinceridad negada con anterioridad.

—Quiero que recuerdes un nombre: Dasha —y el hombre volvió a hacer oídos sordos a su petición.

El devenir de la conversación no hizo más que reafirmar las malas sensaciones que había tenido desde el incidente. Conocía al viejo y no era hombre de asustarse con facilidad.

—Tienes que irte, se hace tarde —lo animó a reanudar su camino.

Con muchas preguntas aún rondando por su cabeza, le hizo caso. Edmund lo estaría esperando y si de algo carecían era de tiempo. Se despidió de él con una última mirada y se percató por primera vez en toda la noche de su vestuario. Su aspecto señorial estaba cubierto por una saya azul de lino de buena apariencia y algún que otro bordado elegante.

—Lo conseguirás, estoy seguro —susurró casi para sus adentros mientras lo veía alejarse con paso decidido.

Capítulo 6

MOTIVACIONES

En la segunda planta del castillo se encontraban los aposentos de la realeza, del consejero y un par de cuartos para invitados. Alojamientos que, como pasaba con el jardín, disfrutaban de la mayor privacidad posible siendo visitados sólo por la servidumbre de mayor confianza y que no se privaban de ningún tipo de lujo o comodidad que los pudiese decorar o abastecer.

Alexander entró en su estancia, se sentó en su cama y se apuró a cambiar su estropeado traje por la misma ropa con la que había llegado horas antes. Cuando se acabó de calzar las botas, ennegrecidas por el uso, flexibles y cómodas y colgó su espada del cinto se encontró con su propio reflejo en el espejo de cuerpo entero que había cerca de la puerta. Tuvo el impulso de tirar algo contra él y romperlo en mil pedazos cuando vio como el blasón familiar, ese que portaba con macabro orgullo el jinete del foso, resaltaba sobre la reconocida almilla de cuero azul.

Un brillo fugaz a través de las sedosas y finas cortinas que daban al balcón llamó su atención. Conociendo su procedencia y agradecido por la interrupción, se asomó un momento intentando calmar esa necesidad de desahogo que lo estaba agarrotando por momentos. Al hacerlo se encontró a lo lejos, sobre la bahía, con el faro de Ingham. La torre, reconocida como el mayor monumento del reino y uno de los más importantes del mundo conocido por historia y grandeza, medía más de cien metros de altura y atravesaba con su luz la molesta niebla empeñada en envolver todo a su alrededor.

—Te vuelves a marchar —la voz de Helena resonó con tristeza en el ambiente.

Toda su romántica intervención en el jardín perdió credibilidad con su nueva marcha.

—Mathias ya te lo ha dicho —no se giró y siguió con la mirada fija en el borroso horizonte.

—No te vayas, por favor —la figura de la princesa permanecía impasible sobre el quicio de la puerta.

—Tengo que hacerlo, Helena. Debo de encontrar a ese hombre e impedir que siga haciendo más daño... mi conciencia lo necesita —explicó sus motivaciones.

Ella recorrió los metros que los separaban y entró en el balcón para abrazarlo por la espalda imprimiendo al gesto una fuerza perceptible. Él disfrutó todo lo que pudo del improvisado momento.

—Te juro que esta es la última vez — de espaldas a ella acarició sus manos, posadas sobre su pecho, con ternura—. A mi regreso nos iremos de aquí para siempre y nada ni nadie nos lo podrá impedir.

—Mi príncipe azul —se negó a soltarlo aludiendo a su actual vestimenta.

Sonrió con la ocurrencia.

—Desde pequeño siempre supe que acabaría siendo uno —añadió con complicidad mientras se giraba hacia ella sin romper el abrazo.

Ambos se miraron durante unos segundos en silencio. El beso no se hizo esperar.

—¿Pendientes nuevos? —se fijó en las joyas.

—Regalo de tu madre —reconoció sin mucho entusiasmo—. Me los dio la última vez que te marchaste. Según tengo entendido forman parte de una colección exclusiva.

—Pues igual esta vez tienes suerte y te regala un collar a juego —bromeó.

Helena sonrió buscando un nuevo beso.

—Me tengo que ir, tu padre me está esperando —disfrutó todo lo que pudo el nuevo beso y le robó uno pequeño de despedida.

—¡Espera! —lo detuvo antes de que abandonase el cuarto—. Quiero darte algo.

Se desabrochó el colgante que llevaba en el cuello y se lo dio.

—Helena, no puedo cogerlo —se lo quiso devolver—. Te lo dio tu madre y es el único recuerdo que tienes de ella.

—Es mágico —le cerró la mano con él—. Mi madre me dijo que siempre me protegería de todo mal y así lo ha hecho hasta el día de hoy, por eso quiero que lo tengas tú.

Le acarició la mejilla y le guiñó un ojo. Ella lo volvió a besar, pero esta vez con mucha más pasión. Iba a decir algo, pero él la silenció con otro rápido beso y sin más salió del aposento. Helena, sola y apenada por su marcha, se quedó observando desde el balcón la extraña belleza del plumizo

paisaje nocturno.

2

—Con su permiso, Majestad.

Sarah entró en la cámara acabando con el momento de meditación que Maximilian mantenía sentado sobre su trono.

—Espero no molestar.

—¿Puedo ayudaros en algo, princesa? —intrigado por su inesperada aparición, le dio permiso para acercarse.

—Lo que ha pasado ha sido terrible... —inició su declaración acercándose a las gradas—. Y me gustaría transmitirlos todo mi apoyo. No dudéis en pedirme ayuda si lo estimáis conveniente.

—Gracias, lo tendré en consideración —no acabó de entender su presencia.

Sarah se detuvo ante la chimenea y disfrutó de la agradable sensación de calor que ésta desprendía.

—No os voy a engañar, sé que pretendéis llevar toda esta delicada trama en secreto. Malas noticias que vuestros hombres no hayan podido capturar a ese jinete —reveló con mordacidad.

—¿Habéis estado espiando? —se revolvió en su asiento.

—No me culpéis a mí si este lugar no está tan vigilado como debería —excusó su comportamiento con picardía.

—Nunca había sido necesario —se mostró molesto con su actitud.

—Sois demasiado confiado entonces.

La princesa, divirtiéndose con el diálogo, se deleitó con la belleza del tapiz colgado sobre la chimenea.

—La gente que convive dentro de estos muros sabe donde están los límites —sus palabras sonaron a reprimenda.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez, aunque no creo que mi supuesto falta de ética sea algo a juzgar ahora mismo —aceptó su responsabilidad volviendo a centrarse en su figura—. Después de escuchar a Edmund Kesington y siendo consecuentes con los últimos acontecimientos entiendo

las sospechas que podáis tener.

Maximilian se volvió a acomodar en su trono tras entender la finalidad de su visita.

—Si estáis aquí para defender la inocencia de vuestro rey no es necesario. No llevaré a cabo ningún tipo de represalia sin pruebas fehacientes —se adelantó a su presunta defensa.

—Lamento estropearos la intuición, pero nada más lejos de la realidad. Mi presencia sólo tiene como finalidad el confirmar que las suposiciones que ahora manejáis no provocan decisiones precipitadas sobre mi estancia aquí —lo corrigió.

La figura de la mujer tomó un repentino interés para Maximilian.

—¿Puedo saber qué os ha traído aquí, princesa?

Se levantó de su trono dispuesto a averiguar sus verdaderas intenciones.

—Vos mismo me habéis invitado —recordó con astucia—. Estoy aquí para evitar el inicio de la guerra como bien habéis dicho en la sala.

—Sois consciente de que estáis representando a un asesino, ¿verdad?
—quiso meterla en un compromiso.

—Que yo sepa nunca he dado a entender que represente a ese hombre
—remarcó con contundencia.

—¿Entonces por qué hacéis todo esto?

Se detuvo delante de ella.

—Porque a diferencia de vos, Majestad, no permitiré que gente inocente pague por los pecados de un solo hombre —demostró no estar intimidada recordando una parte de los reproches lanzados por Edmund hacía él.

—Son vuestras tropas las que asolan todo a su paso conquistando nuevos dominios por órdenes de vuestro padre... —la increpó con suficiencia—. ¿O acaso lo habéis olvidado?

—¡Padrastro! —estalló rabiosa—. ¡Ese hombre no es mi padre ni nunca lo será!

Maximilian se vio sorprendido por la reacción de la princesa.

—Y en lo que a mí respecta ambos sois iguales —escupió con desprecio.

—¿Os atrevéis a compararme con él?

—¿Existe alguna diferencia entre lo que hacen los soldados de mi imperio a lo que vuestro ejército hace con los rebeldes? —demostró un coraje impresionante y digno de elogio al contestar—. Porque de ser así os aseguro que yo no la encuentro.

—La motivación que llevó a tomar esa decisión nunca ha sido la ambición —se vio obligado a justificar la tan controvertida decisión—. Esta corona no pretende dominar el mundo.

Sarah sonrió sin apartarle la mirada.

—¿Y entonces por qué mandasteis a vuestro hijo pequeño a conquistar Ahn?

Su insinuación quedó flotando en el ambiente mientras se retiraba sabiéndose vencedora de la confrontación verbal.

Capítulo 7

LA VÍCTIMA DESCONOCIDA

Espesos bancos de niebla se deslizaban con sigilo por las calles. Por su culpa, la luz que desprendían las teas apenas era visible más allá de pequeños brillos difuminados en la distancia.

—Deberíamos de avisar —farfulló el más joven.

Una de las parejas de guardas enviadas para perseguir al misterioso jinete permanecía nerviosa junto a su cruento descubrimiento.

—¿Y qué hacemos?, ¿dejamos esto aquí? —refunfuñó el veterano.

El novato se quedó apocado. Aunque ambos querían mantener las apariencias mientras debatían sobre cómo actuar, la situación los había superado. Después de lo ocurrido en el foso el miedo era libre de apoderarse de cualquiera, incluido soldados reales.

—¿Quién puede ser capaz de hacer algo así? —no ocultó su repulsa.

A pesar de lo tenebroso de la escena, el soldado de menor rango seguía observando de reojo el gran trozo de tela que estaban custodiando. Quizás su juventud e inexperiencia eran los principales causante de su macabra curiosidad.

—Un demente —bramó con desprecio su compañero.

Las monturas de ambos, que hasta el momento habían permanecido impasibles cerca de su posición, empezaron a inquietarse.

—¿Qué ha sido eso? —el más joven creyó escuchar algo.

Enmudecieron y se miraron queriendo serenarse el uno al otro, pero sus cabezas los animaron a imaginarse todo tipo de cosas. El incidente del foso estaba muy presente.

—¿Quién está ahí? —el centinela veterano, asumiendo su papel, preguntó acobardado a pesar de querer aparentar entereza.

No recibieron respuesta, algo que sólo sirvió para ponerlos más tensos de lo que ya estaban.

—¡Somos soldados! —presumió gritando el novato para disimular el mal

rato que estaba pasando.

—¿Se supone que eso me tiene que impresionar? —la voz de Edmund reveló su figura surgiendo ante ellos a través de la niebla.

Ambos guardas dieron un respingo con su llegada.

—¡Por todos los Dioses!, ¿pero de dónde habéis salido? —balbuceó con incredulidad mientras se reponían del susto.

—Tus chicos son un poco impresionables, ¿no? —Edmund se dirigió a Alexander que apareció tras él.

El novato abrió los ojos con sorpresa y una ligera decepción. Nunca había tenido la fortuna de verlo en persona, procedía de una familia humilde de la periferia y apenas llevaba un par de meses en el ejército, y por eso mismo se sorprendió con su imagen. La idea del corpulento guerrero que mataba a cuantos etreos salían a su paso se evaporó de su cabeza ante la realidad de un hombre atlético pero delgado, con el pelo esponjoso y despeinado y una expresión preocupada y muy alejada de cualquier aura heroica.

—¿Qué hacéis aquí?

Se volvió a centrar recuperando la compostura ante la exigencia de su pregunta.

—Hemos encontrado algo, capitán —contestó el guarda veterano señalando el trozo de tela que permanecía tirado en el suelo.

Un simple gesto de Alexander bastó para que los dos centinelas se hiciesen a un lado. Titubeante, y con el monarca dejándole hacer, se puso en cuclillas, tomó aire y en un arranque de valentía apartó la tela.

—¿Quién es? —preguntó Edmund.

—No lo sé.

A pesar de intuir lo que se iban a encontrar, no pudo reprimir la desagradable impresión que le produjo la visión de un cuerpo flotando sin vida sobre un pequeño charco de sangre.

—¿Otra víctima del jinete?

—Puede.

—Sólo habéis encontrado esto —el monarca se dirigió a los soldados.

—Si, señor —el veterano evitó mirar el cuerpo que yacía en el suelo.

Edmund no quiso alargar el tiempo de lamentación y se acercó al cuerpo poniéndose frente a Alexander. Sin pudor, empezó a mover y tocar el cadáver.

—¿Cómo lo podéis hacer? —el novato, rompiendo cualquier tipo de protocolo y en su atrevida curiosidad, tomó la palabra de nuevo.

Su compañero lo miró con incredulidad tras su osadía.

—Nunca has estado en combate, ¿verdad? —a Edmund no pareció importarle su descaro sin dejar de escudriñar el cuerpo.

—No —murmuró avergonzado.

—La falta de pudor que me achacas desaparece cuando esto mismo se lo tienes que hacer a amigos caídos en el campo de batalla para recuperar objetos personales que devolverles a sus familias —la dureza de su justificación provocó un escalofrío en el muchacho.

Edmund esbozó un gesto de decepción al acabar con su investigación.

—Será mejor que nos vayamos —avisó a Alexander—. Aquí no hay nada que podamos hacer y no debemos de perder más tiempo.

Dándole la razón, miró por última vez el cadáver y lo tapó con delicadeza al tiempo que ambos se levantaban.

—Llevaros el cuerpo de ese hombre de aquí, enteraros de quién era y buscar a su familia... —le dio a los guardas las órdenes a acometer—. Y seguir buscando la cabeza.

Le costó pronunciar las últimas palabras por los sórdidas que resultaban.

—Capitán la hemos buscado, pero con esta niebla es imposible —con cautela, el guarda al mando, justificó el fracaso al respecto.

—Recorreremos toda la ciudadela de arriba a abajo las veces que haga falta, ir en busca de refuerzos al castillo si es necesario, pero si esa cabeza está aquí tenéis hasta el amanecer para dar con ella —su tono exigente demostró que no le valía la excusa—. Esto... —señaló el cuerpo bajo la tela—. No puede trascender.

—Entendido, capitán —no se atrevió a replicar y acató de inmediato las

nuevas órdenes apurando al muchacho a que lo acompañase.

—Mataré a ese hombre —las palabras de Alexander a Edmund sonaron a promesa.

Capítulo 8

CONSECUENCIAS

Helena miraba al cielo pensativa. De nuevo en el jardín disfrutaba de la soledad y la intimidad que le ofrecía el paraje. Quería y necesitaba estar sola. Lejos de la gente, de sus incómodas preguntas y su molesta condescendencia.

Este apartado del castillo era su rincón favorito. Había perdido la cuenta de las noches que había pasado allí durante el último año. Cada vez que se sentía preocupada la relajada atmósfera presente la ayudaba a ver las cosas con mejor perspectiva.

Molesta por la suave y persistente brisa que soplaba, se propuso calentarse los hombros con las manos pero no tuvo tiempo de hacerlo pues un chal oscuro se posó sobre ellos.

—Me has asustado —le recriminó alterada a Mathias al girarse y comprobar que se trataba de él.

—Lo siento, no era mi intención —se excusó—. ¿Qué haces aquí?, es muy tarde y te puede coger el frío. Deberías de ir a descansar a tus aposentos.

Un incómodo y tenso silencio se hizo entre ambos.

—¿Nunca has tenido la sensación de que algo malo va a pasar?
—compartió con él sus recientes temores dándole de nuevo la espalda.

—Ojalá te preocupases así por mí —insinuó con tristeza.

—No hagas esto, por favor —aumentó el espacio existente entre ambos—. Esta noche no.

—¿Es cierto que te irás con él?

Helena no quiso responder.

—No te dejaré que lo hagas —la advirtió—. Quiero que seas mi reina.

Estupefacta con la amenaza recibida, se giró hacia él y no tardó en entender, al ver la desesperación que evidenciaban sus ojos, que era por su culpa. Ella no lo había buscado pero pasó. Encontró en Mathias un apoyo cuando más lo necesitaba, cuando las dudas y las inseguridades surgidas por las prolongadas ausencias de Alexander durante el último año se convirtieron en una peligrosa comparsa. Fue entonces cuando,

animada por su compañía, y sin saber cómo, acabó sucumbiendo en una espiral de lujuriosos encuentros esporádicos que desembocaron en un peligroso juego. Un juego que ahora le reclamaba responsabilidades.

—Lo nuestro fue un error —aseveró con tosquedad.

—¿Todavía lo quieres? —dolido por sus últimas palabras, le preguntó acabando con sus propios lamentos internos.

Helena, sin despedirse, inició el camino de regreso a la torre del homenaje con toda la dignidad que fue capaz de demostrar.

Mathias se quedó solo asumiendo su derrota. Su intuición de no ser correspondido como deseaba fue confirmada de la peor manera posible, sin explicaciones. Una desazón que lo hizo sonreír de impotencia al recordar el brindis que le había dedicado a su hermano y que lo descubría como la víctima del mismo juego que tantas y tantas veces había practicado con otras mujeres.

2

Adela, ya con un vestuario más cómodo, se peinaba nerviosa frente a su tocador. Los repentinos acontecimientos y revelaciones la tenían muy preocupada.

Maximilian entró en el aposento y con mucha desidia se quitó la chaqueta y la tiró con desgana sobre el lecho marital.

—De ahora en adelante, y hasta que todo esto haya acabado, ni Helena ni tú saldréis del castillo —su voz se notaba cansada mientras se seguía desvistiendo—. Cualquier acto diplomáticos queda suspendido.

—¿Qué me estás ocultando? —la pregunta sonó a reproche.

La mujer miró la figura de su esposo a través del reflejo en el espejo. Deseó con todas sus fuerzas que su futura respuesta sirviese para apaciguar su actual estado de ánimo.

—Sólo tienes que saber que todo lo que he hecho ha sido para protegernos —suspiró.

—Eso no me sirve cuando sé que me estás mintiendo —rebatía con dureza.

Maximilian se acercó, posó sus manos sobre los hombros de su mujer y le dio un sutil beso en la cabeza.

—Te pido que confíes en mí —susurró.

Sabía que estaba siendo injusto con ella, pero así tenía que ser. Compartir los temores que lo atormentaban, y que lo habían arrastrado a esta situación, lo ayudaría a aligerar la carga emocional a la que se había visto sometido en los últimos tiempos, pero ese momento aún no había llegado.

—¿Cómo quieres que confíe en ti cuando sé que me estás ocultando cosas? —siendo comprensiva, quiso ser entendida—. ¿Tan avergonzado estás de tus actos que prefieres que me entere por terceras personas de lo que tú tanto te molestas en ocultar?

Lo puso en una difícil tesitura. La confianza siempre había sido uno de los pilares de su relación y una de las principales responsables de su exitoso y envidiado matrimonio. Descubrir que su marido había olvidado esa complicidad era lo que más le dolía. Más incluso que las posibles repercusiones que pudieran tener las revelaciones que tanto se empeñaba en ocultar.

—Ahora mismo te necesito a mi lado —insistió—. Sé que no es justo y puede que no merezca tu comprensión, pero cuando amanezca estaremos inmersos en una crisis institucional que puede distanciarnos de manera definitiva de nuestra gente, con todo lo que eso supone en la actual situación en la que nos encontramos.

Adela, decepcionada, sintió su alegato como una sucia treta. Era irónico que la misma confianza que le estaba pidiendo, él no se la daba. Su orgullo le pidió a gritos mandarlo al diablo, pero a pesar de todo el rencor que ahora mismo podía enfurecerla por dentro entendió que tenía razón. Con la llegada del nuevo día el rumor de lo ocurrido se extendería por toda la ciudadela y los alrededores del reino. Se avecinaban tiempos complicados y no era momento de dar una imagen de división.

—¿Y por qué ha ido él? —abandonó el tocador para continuar con la conversación con un tono duro.

No contestó. No quería iniciar la misma discusión ya mantenida durante los últimos meses.

—¿Esto será como Ahn y la campaña del norte? —increpó resentida—. ¿Lo vuelves a usar para tu beneficio?

—No sigas echándome eso en cara —no pudo reprimir la réplica—. Era necesario y lo sabes. Teníamos que frenar la expansión del movimiento insurgente para evitar más problemas.

—Su labor es la de velar por el reino y sus gentes, no por tus intereses —no se amilanó ante él.

—¡Mis intereses deben de ser sus mayores prioridades como capitán del ejército de este imperio! —la corrigió alzando la voz.

—Aparte de tu capitán es tu hijo, no lo olvides —lo avisó descubriendo un lado más enérgico y autoritario desconocido para el resto del mundo—. Y no dejaré que muera por tus caprichos. Él nos enterrará a nosotros, no al revés.

3

Alexander y Edmund atravesaban la colina que precedía a la ciudadela. Conforme sus monturas coronaban la loma, la imagen difuminada del castillo se emparejaba con ellos en la lejanía. La fortaleza, ubicada en la cima de Nighem, tenía una vista panorámica de toda la periferia.

—¿Decepcionado? —el monarca decidió acabar con el silencio que los había acompañado desde el inicio de su marcha.

—¿Perdón? —abandonó sus pensamientos.

—Esperabas que tus hombres lo hubiesen atrapado, ¿verdad? —se aventuró convencido de conocer sus actuales pensamientos.

—No es con ellos con quien estoy decepcionado —aclaró su suposición.

Con las monturas detenidas en lo alto de la cima, fijó su mirada en la ciudadela. Edmund se percató y lo imitó queriendo comprobar si había descubierto algo, pero con lo único que se encontró fue con el manto grisáceo que flotaba sobre Nighem y que apenas dejaba ver más allá de la famosa muralla exterior que protegía y bordeaba con estudiada exactitud los terrenos que delimitaban los límites de la capital del reino. Se trataba de una pared empedrada tan grande, sus muros eran el doble de gruesos que los que protegían el castillo, que estaba convencido de que resistirían cualquier tipo de asedio. Una afirmación que hacía de Nighem un lugar impenetrable y todo un orgullo y alivio para los afortunados que moraban tras sus puertas.

—¿A qué esperamos? —desistió en su búsqueda de respuestas.

—Gracias a esa niebla el hombre que ahora buscamos pudo entrar sin ser visto y escapar con facilidad —demostró que si tenía un motivo para su observación.

—¿Y? —la decepción se dejó notar en su voz al entender que la parada estaba ocasionada por algo irrelevante—. Por lo que tengo entendido es

muy común ese tipo de brumas por aquí.

—Así es —afirmó con extraña admiración—. Las nieblas marítimas y nocturnas son casi una constante debido al clima cálido y húmedo de estas tierras y la cercanía de los acantilados que bordean la costa. Son tan comunes que hoy debido a la fiesta se decidió que no se cerrarían las puertas de la muralla exterior hasta la marcha de los invitados que viven fuera de Nighem.

Edmund se encogió de hombros confirmando que no entendía a dónde pretendía llegar.

—El hombre que buscamos sabía esto —fue más claro.

No le gustó confirmar que la teoría que llevaba un buen rato considerando tenía más sentido después de la conclusión compartida con el monarca... ¿acaso era su culpa?

Capítulo 9

INTENCIONES

Mathias, con la mirada perdida en el fuego de la chimenea, meditaba sentado en el trono de su padre.

—Veo que no soy el único incapaz de conciliar el sueño —la voz de Maximilian acabó con su momento de intimidad.

—Padre —se levantó del asiento e hizo un reverencia.

Maximilian, apareciendo a través de la oscuridad del fondo de la cámara, le agradeció el gesto mientras se acercaba.

—Disculparme la osadía —musitó avergonzado.

El rey portaba una túnica oscura con dos poderosas rayas doradas a cada lado del pecho. Éstas iban desde el final de la prenda, a la altura de las rodillas, al cuello, lugar donde se unían en una sola. Sobre ellas, y si uno se fijaba con atención, se podían distinguir pequeños y elegantes trazados.

—Tranquilo, ya no queda mucho para que sea tuyo —lo excusó con una paternal sonrisa al mismo tiempo que se sentaba en su lugar—. ¿Puede saber este padre que aflige a su hijo?

—Nada de lo que debáis de preocuparos.

—Supongo que ya tienes edad suficiente para ocultarme algunas cosas —fue su manera de advertirle que sabía que mentía pero que no lo iba a forzar a contárselo.

Mathias sonrió agradeciendo su comprensión. Después de los complicados últimos meses que había vivido por culpa de sus polémicas actuaciones la reacción de su padre era cuanto menos digna de elogio.

—Padre —entonó con mesura y respeto—, después de todo lo sucedido... ¿seguiremos adelante con las vías diplomáticas?

—Por supuesto —no le tembló la voz al responder.

—Sois consciente de que no son más que una absoluta pérdida de tiempo, ¿verdad?

No contestó.

—De verdad que no lo entiendo —se sinceró dejando que su ímpetu dominase su raciocinio—. ¿Nos quedaremos de brazos cruzados cuando esta noche ha quedado claro que Marcus ya se ha empezado a mover?

Maximilian lo escuchó con atención y mientras lo hacía observó la imagen de su hijo parado a los pies de las gradas. Ya sin el elegante traje de gala, llevaba una cómoda camisa granate y unos oscuros pantalones.

—¿Nuestra pasividad está relacionada con la presencia de Sarah?

—Hijo —no le gustó el rumbo que estaba tomando la conversación—, en nuestra posición no podemos ni debemos guiarnos por la vehemencia.

—Nuestro enemigo lo hace y no le va tan mal.

La figura de Marcus volvió a ser nombrada.

—Si piensas así posiblemente estés del lado equivocado —lo criticó cambiando de actitud para con él—. En nuestras manos tenemos un gran poder. Un poder que nos otorga ciertos lujos, pero también responsabilidades.

—Y son esas mismas responsabilidades las que parecéis querer eludir con vuestra incomprensible actitud, padre —insistió con incredulidad ante su terquedad al respecto.

—¿Cuál es la motivación que tan seguro te hace sentir y parecer?
—curioseó atraído por su conducta.

Mathias negó con la cabeza y buscó sosiego en el crepitar de la madera ardiendo.

—No os entiendo, padre —reconoció con la mirada perdida en el fuego.

—¿Por qué ansías con tanto fervor esa confrontación? —reformuló la cuestión.

—¿Y por qué vos la rehuís de esa manera? —se atrevió a no contestar y darle la vuelta a la situación—. Nuestra pasividad ya está teniendo notorias consecuencias.

—Los Dioses así lo han querido —espetó convencido sin perder la calma.

Mathias guardó un receloso silencio ante su pobre excusa. Quería tratar de comprender el porqué de su postura tan conservadora. No tenía

sentido. Era como si ya no le importase el futuro de su reino.

—No tengo ningún tipo de interés en destruir a toda una nación por los actos cometidos por un solo hombre —incómodo ante la mirada de su hijo, recordó la conversación mantenida horas antes con la princesa de Sulán en esa misma cámara.

—La compasión en tiempos de guerra tampoco es una buena aliada, padre.

—¿Serías capaz de convivir con miles de muertes inocentes sobre tu conciencia?

—Es parte de una confrontación —respondió al momento sin dudar—. Una parte triste, pero inevitable. Prefiero vivir con muertes ajenas que con la decepción de saber que no hice todo lo necesario por la supervivencia de los míos.

—Las palabras siempre son fáciles de decir, hijo. Son las posteriores situaciones las que nos demuestran hasta que punto nos podemos arrepentir de haberlas dicho en algún momento.

La disparidad de opiniones era notoria.

—Es mi legado, padre. Y lucharé por él con todas mis fuerzas como siempre me habéis enseñado... sin importar quién o qué se interponga en mi camino —su argumento sonó amenazante.

—Será mejor que te retires a tus aposentos —sugirió queriendo acabar con la conversación—. Ha sido un día muy duro para todos.

La propuesta zanjó la polémica. En el rostro de Mathias se podía ver que no estaba conforme, pero el respeto a la figura de su padre era suficiente para recuperar el temple perdido por momentos. Sin decir una palabra más, acató su decisión y tras hacer una nueva reverencia abandonó la sala visiblemente enojado.

2

Un fuerte olor a tierra húmeda impregnaba el aire y los lodazales se descubrían ante las pisadas firmes de los caballos en las partes más bajas de las laderas.

—¿Qué opinas de la princesa de Sulán? —Edmund, aprovechando el lento ritmo de los animales para superar el tramo que estaban atravesando, quiso compartir con él una inquietud que tenía desde su llegada al castillo.

—¿Sarah Abalón?

—Según tengo entendido apareció en vuestro hogar sin mayor protección que la que le ofreció tu padre desde su llegada a Koldire. Gesto que no sería significativo de no ser porque se encuentra en los dominios de su enemigo en vistas a una guerra —le explicó el porqué de sus dudas para con ella—. Tiene fama de aventurera, pero también de sensata.

—¿Un acto de buena fe por su parte?

Edmund se sorprendió por la candidez de su respuesta.

—No te dejes engañar por su belleza y su fingida inocencia. Lo quieras creer o no es la heredera de Sulán y se debe a su corona —lo advirtió—. Igual que tú buscas lo mejor para Ingham, ella hace lo mismo para los suyos... con la única salvedad entre vosotros que ella tiene mucho más en juego.

—Si Sulán pierde la guerra... —entendió a qué se refería.

—Exacto. Si vosotros ganáis, ¿qué será de ella entonces?, ¿estaría dispuesta a servir a tu hermano? —realizó las preguntas concretas—. ¿Renunciaría a su derecho de nacimiento sin más?

3

Incesantes gotas de agua causadas por la humedad producían un molesto y repetitivo sonido en el inhóspito corredor donde una misteriosa figura permanecía impaciente al final del mismo. Cubierta por completo por una harapienta túnica recuperaba el aliento perdido tras el esfuerzo realizado.

—Espero que no lleves mucho tiempo esperando —Sarah, sujetando una tea al inicio del pasaje y en lo alto, reconoció a la presencia.

—Apenas acabo de llegar —suspiró agotada.

El haz de luz iluminó al paso de la princesa las angostas y resbaladizas escaleras quebradas por el paso del tiempo que descendían hasta un pequeño camino de tierra enfangado que conducía hasta la misteriosa compañía.

—He de reconocer que no dejáis de sorprenderme —la aduló—. Jamás pensé que encontraríais tan rápido una vía de entrada al castillo.

Sarah, vestida con ropajes masculinos para pasar desapercibida, se

detuvo a su lado.

—Toda fortaleza tiene una entrada oculta... hasta la de Nighem. Y ya me conoces, soy especialista en descubrir secretos —presumió.

Ella y su aliada se encontraban dentro del pasadizo clandestino que tenía el muro norte del castillo.

—Pensaba que esa era una habilidad que sólo os valía con las personas —señaló con humor para sonrisa mutua.

—¿Ha sido muy duro? —cambió de tema tras reparar en su agitado aliento.

Sarah se veía muy cómoda en su presencia.

—Creerme, es imposible iniciar un asedio a este lugar. Si he podido cruzar la muralla exterior fue gracias al trajín de asistentes a la fiesta y la niebla —la informó—. Y en cuanto a este acantilado... —volvió la vista hacia atrás descubriendo el escarpado camino que había utilizado para llegar entrar al castillo y llegar hasta ella—. Las corrientes marinas arrastrarían a los barcos contras las rocas haciéndolos pedazos y los soldados tendrían que subir en fila por un desfiladero en el que la menor ráfaga de viento procedente del mar los despeñaría.

Sarah se mostró satisfecha. La nula presencia de guardas en la pared norte debido a la acertada explicación de su acompañante y las molestas y espesas enredaderas que lo recubrían y servían para ocultar la entrada del escondite hacían del corredor un lugar desconocido para la gran mayoría de los habitantes del alcázar.

—No estaba segura de que hubieras recibido mi mensaje —admitió de buenas maneras.

—Ajax cumplió su misión —confirmó con satisfacción—. Como siempre hace.

La enigmática silueta se despojo de la capucha dejando al descubierto la cara de una mujer de piel blanquecina con la melena oscura a la altura de los hombros. Su apariencia, el flequillo de su pelo resaltaba sus facciones suaves y una mirada amistosa, la alejaba del imaginario popular para conseguir la proeza que había realizado escalando el acantilado.

—Admito que ese halcón tuyo se ha ganado mi respeto —concedió con complicidad.

Los ojos de la mujer se achinaron tras sonreír con el comentario de la

princesa.

—Quiero pedirte un favor —la voz de Sarah se adecuó para la petición que estaba por realizar—. Vuelve a Eofall y dile a mi madre que estoy bien.

Recordó la última vez que había estado con ella y la conversación que habían mantenido. Sabía que no había sido justa con ella.

—No os dejaré sola —rebatíó sin reparos—. Donde vos os encontréis estaré yo.

—No quiero que pongas tu vida en peligro por mí —se justificó—. Es mi vida, y mi conciencia no me dejaría seguir adelante si te pasa algo por mi culpa.

—Vos misma lo acabáis de decir, es vuestra vida. La misma que juré proteger con la mía —aclaró con orgullo.

La lealtad de la mujer quedó de manifiesto, algo que no era nuevo para Sarah. Ya eran muchos años juntas. Ambas se conocían bien.

—Necesito que lo hagas, Cassandra. Le debo a mi madre el saber que estoy bien —cedió con melancolía—. No me obligues a que te lo ordene...

Cassandra no replicó, pero su mueca endurecida confirmó que no estaba conforme con su petición.

—Tranquila, estoy en el lugar más seguro del mundo. Además, acabo de descubrir que mi presencia no podía llegar en mejor momento. Los Dioses me sonríen.

4

La puerta se abrió lenta y temblorosa y la claridad dibujó un pequeño y estrecho camino hasta el inicio de las gradas. Un par de soldados, empujando a un hombre encadenado de pies y manos, siguieron la luminosa estela sin salirse en ningún momento de ella.

—Señor... —el tono temeroso descubrió el respeto, o miedo más bien, que tenía el guarda—. Aquí está el preso.

No hubo respuesta. El silencio de la cámara parecía una presencia más. Impecable y aterrador.

Tras unos segundos de espera, ambos soldados decidieron salir de allí volviendo sobre sus pasos. El cautivo, con la cabeza rasurada y sólo vestido con unos andrajosos pantalones, lejos de sentirse asustado se

veía muy entero.

La puerta se volvió a cerrar y la luz desapareció dejando al lugar sumido en una sofocante oscuridad.

—Así que tú eres el demonio que ha estado sembrando el terror en mis tierras —una voz cavernosa resonó en el ambiente.

El prisionero apenas se inmutó con la tétrica bienvenida.

—Respeto a un hombre que busca venganza porque es alguien atrapado en una cruzada personal que no dejará que nada ni nadie se interponga en su camino hasta lograr su ansiada recompensa... o morir en el intento.

Cabizbajo y respirando con dificultad, una ligera mueca presuntuosa se adivinó en una cara cubierta en su gran mayoría por una larga, poblada y descuidada barba con las últimas palabras.

—Y es esa venganza lo único que te permite seguir con vida a estas alturas, etreo.

Los dedos índice y medio de una mano firme levantaron y descubrieron el desfigurado rostro del preso.

—Es un placer conocer al rey de Sulán —cedió con indiferencia demostrando no estar impresionado.

Marcus imitó su mueca prepotente dejando a las claras que a pesar de su apariencia y sus actos él tampoco le tenía miedo.

—Tú y yo tenemos un enemigo común y sería irresponsable e incluso insultante no aprovechar esta situación para beneficiarnos —Marcus dejó entrever sus intenciones.

El etreo guardó silencio y lo dejó exponer. Enfrente suyo permanecía un hombre de mediana edad, vestido con buenos ropajes y una lustrosa capa que cubría todo su cuerpo. Fornido y de apariencia intimidante, su verborrea reafirmaba los rumores que había escuchado en torno a su figura durante el tiempo que llevaba en sus tierras.

—Puedo darte la posibilidad de llevar a cabo tu venganza...

Su cara estaba tan próxima a la suya que su aliento se sentía caliente y le dejaba ver con claridad sus rasgos faciales duros y curtidos.

—Que no te engañen estas cadenas —las hizo sonar al agitarlas—. Sólo sigues vivo porque tus primeras palabras han despertado mi curiosidad, pero no pienses ni por un momento que actuaré bajo tus órdenes —su voz

quejosa transmitió una macabra calma—. No serías el primer rey que me como.

Marcus sonrió con su amenaza y se retiró unos pasos. Los suficientes para estar lejos de su alcance pero todavía a su vista.

—¿Sabes qué es lo mejor de estar en mi posición? —la pregunta sonó a juego y sirvió para acallar la escalofriante carcajada que había acompañado a su advertencia—. No se trata de riquezas o lujos, ni siquiera de poder poseer a todas las mujeres que me apetezca cómo y cuándo quiera... no es eso —negó con insolencia—. Se trata de poder.

El etreo se empezó a acostumbrar a la oscuridad y poco a poco empezó a distinguir las siluetas de todos los objetos que decoraban la lujosa cámara. Había decenas de ellos.

—Yo decido el destino de las personas —remarcó con satisfacción—. Tengo los medios y la potestad para elegir quien muere, cuándo y cómo sin ser juzgado... soy rey.

Y con un simple chasquido de sus dedos el frío acero de una espada entró en contacto con el cuello del preso al tiempo que lo obligó a arrodillarse. La presencia de una armadura oscura, invisible hasta el momento, se hizo presente a su lado.

—Durante los últimos tres meses has asesinado a veinticinco personas —expuso con macabra admiración—. Serán y GreenBend han vivido la época más oscura que se recuerda por esas tierras bajo el yugo del “caníbal del acantilado”.

Desapareció de su campo de visión sin dejar de hablar.

—Podría mandar que te cortasen la yugular ahora mismo, tirar tu cadáver en mitad de Eofall y convertirme en el héroe de todo Sulán. Pero por suerte para ti, aquí soy yo el que tiene el poder.

Un nuevo chasquido causó la retirada de la espada y la armadura.

—¿Qué quieres? —acabó por aceptar a regañadientes.

Surgió de nuevo de la nada para agacharse a su lado.

—Lo mismo que tú —sonrió satisfecho por su decisión—. Que esa familia pague por sus pecados.

—Cuentas con un poderoso ejército para hacer eso.

—El mismo que ha tardado tres meses en traerte hasta mí —los despreció—. Además, tu encargo sería algo más específico. Algo que la moralidad de las personas que están por debajo de nosotros no entiende... se trata de sacrificio.

El etreo volvió a sonreír. Marcus compartía su aura y cómo bien acababa de decir, entre ellos se reconocían.

—¿Interesado? —preguntó sabiendo ya la respuesta—. Podrás vengarte del hombre que te convirtió en un monstruo.

Su costosa respiración se empezó a agitar con la simple mención. Tenía el torso y los brazos llenos de pequeños cortes realizados con precisión, pero la cicatriz que iba desde su cuello hasta el puente de su nariz atravesando parte de su mentón y labios era la responsable del agonizante sonido de su voz.

—Hace unos días mi “querida” hija se fugó —se incorporó y le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse del suelo—. Sus motivaciones la han hecho débil y ha elegido el bando equivocado en el momento más inoportuno para ella... y más oportuno para mí.

—Yo sólo quiero a Alexander Volzac —su voz descubrió un tono mucho más ronco al pronunciar su nombre.

Marcus volvió a sonreír tras escuchar su exigencia.

—A un hombre se le puede destruir de muchas maneras, pero quitarle la vida sin más no deja de ser un favor que, por lo que veo —volvió a hacer referencia a su rostro desfigurado—, no se merece que le concedas.

Marcus poseía la extraña habilidad de saber qué decir en cada momento.

—Si de verdad lo quieres hacer sufrir, y el odio que desprendieron tus ojos cuando lo has mencionado me dice que así es, entonces tienes que ir un paso más allá —apeló a su inteligencia—. Tienes que condenarlo a su peor infierno... y yo te puedo ofrecer los medios para que lo consigas.

Capítulo 10

EL PASADO PRESENTE

—¿Por qué hacéis esto?

Alexander, aprovechando de nuevo el lento ritmo de su montura, buscó responder a las dudas que tanto su hermano como él tenían para con el monarca.

—Sigo sin entender vuestras motivaciones.

Los animales de ambos se encontraban subiendo por un abrupto talud muy cercano a un imponente macizo montañoso.

—Hace años le pedí un favor a tu padre y se lo estoy devolviendo
—arguyó sin más—. No me gusta deber nada a nadie.

Supo que se estaba refiriendo a Helena.

—No me lo creo, hay algo más.

Edmund lo miró con interés. Había decidido reclamar su ayuda apoyado en las impactantes historias que se escuchaban en torno a lo ocurrido en Ahn y lo cierto es que, sin querer dar demasiada verosimilitud a los relatos, no podía negar que tenía algo especial... algo distinto a los demás. Aún con todo lo ocurrido y viendo como las revelaciones y las circunstancias lo habían superado, su tesón, ese mismo que estaba convencido no lo dejaría eludir su demanda de respuestas, le hizo presagiar que no se había equivocado en su elección para con él.

—Y si te dijera que todo esto ya pasó hace catorce años, ¿me creerías?
—decidió confiar en él.

Alexander lo miró con recelo.

—No acudí a ayudar a Dionne por altruismo ni nada parecido, tenía mis propias motivaciones...

Su palpito y el de su hermano fueron confirmados.

—Y Dionne no acudió a mí porque si, lo hizo porque yo ya viví esto.

Los caballos acabaron de coronar el despeñadero y Alexander invitó a su montura a descansar para escuchar las explicaciones venideras.

—Soy rey de un imperio mucho más pequeño que éste —hizo mención a todo el vasto e intimidante paisaje que los rodeaba—. Allí cualquier cosa que ocurre llega a mis oídos por muy nimia que pueda ser o sonar —agregó con orgullo detenido a su lado—. Fue así como me enteré a las pocas horas del extraño suceso que sacudió por aquel entonces al siempre tranquilo pueblo de Engium, el lugar más oriental de mis tierras...

Adivinó lo que estaba por seguir.

—Tres jóvenes habían desaparecido en mitad de la noche. La diferencia con los eventos actuales es que Engium no sufrió ataque alguno, simplemente las muchachas se desvanecieron sin más —puntualizó—. Sin señales de violencia o testimonios fidedignos que seguir, no le di la importancia que si tenía y mandé a un par de hombres de batida en los alrededores para contentar a las familias suponiendo que se trataría de un simple acto de rebeldía propio de la edad y que esas chiquillas no podían haber llegado muy lejos... pero por más que las buscaron no las encontraron.

Apesadumbrado, volvió catorce años atrás en su memoria.

—El paso de los días y la falta de buenas noticias trajo consigo un descontento al que no supe hacer frente, la enfermedad de Margareth me tenía disperso.

Alexander recordó las orgullosas palabras que Helena siempre le dedicaba a su madre cuando tenía ocasión. En ellas la describía como una mujer elegante de gustos y costumbres refinados que gracias a una piel tersa, una expresión jovial y unos ojos despiertos se veía más joven de lo que en realidad era por edad. Pero sobre todo le vino a la cabeza la parte en la que la princesa, con la boca pequeña y renegando de la afirmación, relataba el enorme parecido entre ambas del que presumían los que las conocían. Rechazo que, conociendo a Helena como lo hacía, sabía que no estaba motivado por resentimiento hacía ella sino por no sentirse merecedora de tal elogio. Para Helena su madre estaba por encima del bien y del mal. Su amor y devoción hacía ella había crecido de manera proporcional al odio que sentía por su padre a quien hacía responsable de su trágico final.

—Cuando empecé a buscar soluciones con las que aplacar las primeras críticas por mi deficiente modo de actuar, Aobi sufrió el mismo horror que Engium... —su voz se entrecortaba conforme avanzaba el relato—. Otras tres jóvenes desaparecieron de sus casas en mitad de la noche para sorpresa e impotencia general.

Los caballos, entre algún que otro relincho, reponían fuerzas pastando en

la frondosa llanura en la que ahora se encontraban detenidos.

—Me reuní de urgencia con mis consejeros para disponer de todos los medios posibles en la búsqueda de esas muchachas, pero entonces ocurrió... —soltó un profundo suspiro—. Ni siquiera había abandonado el castillo.

—La desaparición de vuestra esposa —completó lo que entendió que el monarca no se atrevería a decir.

—Margareth no está muerta —no vaciló.

Su obsesión al respecto rozaba la locura.

—Helena me contó que los últimos recuerdos que tiene de su madre eran con ella enferma y postrada en la cama —intentó hacerle entender con delicadeza que era imposible que su mujer siguiera con vida después de tantos años.

Edmund le dedicó una mirada furibunda tras oír su suposición.

—Un día, sin más, se empezó a sentir mal —pero toda su rabia desapareció de golpe para dar paso a un hombre apocado con la necesidad de desahogo—. Puse a toda mi gente a buscar algún remedio, pero fue en vano. Nadie sabía que era lo que le pasaba —balbuceó—. Estuve siempre con ella. Día y noche. La vi luchar como nunca he visto luchar a nadie por vivir, por eso nunca permitiré que nadie cuestione sus ganas —dejó escapar un poco de la rabia acumulada—. Sólo me separé de ella una maldita vez, i una maldita vez!

—La reunión con vuestros consejeros —volvió a completar su relato.

—Le fallé, Alexander... —apenas tuvo arrestos para reconocerlo—. En el momento en que más me necesitaba, le fallé.

El hombre que tenía ahora mismo delante se alejaba por completo del huraño que se había presentado en la fiesta. Por momentos, y como había pasado en la sala de los tronos, se podía intuir debajo de toda su abandonada apariencia al verdadero Edmund Kesington, al rey de Mudshire.

—Tres semanas más tarde de estos truculentos episodios, un soldado de mis tropas con apenas un par de dedos de frente se presentó ante mí reconociendo su autoría en los secuestros de las mujeres —continuó con la dolorosa narración—. Exponiendo distintas prendas de cada una de las desaparecidas, confesó que él las había raptado, vejado y matado por expresa petición de los Dioses —sonrió con lástima—. Cuando los familiares confirmaron que las prendas eran de sus hijas, sobrinas o

nietas cancelé la búsqueda y antes de ajusticiarlo le exigí conocer el paradero de los cuerpos para darles la despedida y el descanso que se merecían; pero el desgraciado, soportando cuanto dolor le infringían mis hombres para sonsacarle la verdad, no lo desveló y reclamó mantener una conversación privada conmigo para hacerlo...

Las briznas de la hierba se agitaban con violencia por culpa de la fría brisa que empezó a soplar sobre el frondoso páramo...

—Accedí a contentarlo esperando conseguir la ubicación de los cuerpos, pero en vez de eso me desveló que no eran seis las desaparecidas sino siete...

El tiempo estaba empeorando y no tardarían en llegar las lluvias.

—Sé lo que estás pensando... —reconoció el brillo lastimoso de sus ojos—. Que no era más que una estratagema para salvar su pellejo y que no tendría que haberme fiado de su palabra, pero es mi mujer y me aseguró que ella, al contrario que las muchachas, aún estaba con vida.

—Y lo creísteis...

—Es mi mujer —repitió convencido—. Sé que puede parecer absurdo e incluso cobarde, pero no tuve más remedio que alimentar el bulo de la huida para protegerla —su voz se fue apagando poco a poco—. Algo que sólo sirvió para ser señalado como el responsable de su espantada y que hizo que mi imagen se viese muy dañada entre la población.

Margareth siempre había sido considerada la parte amable y cercana del matrimonio.

—Conociendo su delicado estado de salud, y ante la falta de nuevas con el paso de los días, los peores augurios fueron aceptados y se organizó un funeral con todos los honores al que yo me negué a asistir —expresó con dolor—. Nadie faltó. La más elitista nobleza de este reino también acudió a presentar sus respetos encabezados por tus padres.

Su ausencia en el funeral había sido considerada como una afrenta por los suyos y la confirmación de su responsabilidad en la muerte de la reina Margareth.

—Aproveché la visita de tu padre para reunirme con él a solas y explicarle toda la verdad. Esperaba contar con su ayuda para encontrarla, pero para mi sorpresa me la negó.

El rencor hacía su padre por fin descubrió su verdadera motivación, aunque también entendió su postura. Considerar la petición de su amigo como un acto de desesperación alimentado por un moribundo y de no

querer enfrentar la realidad era lo más normal en su situación.

—Así que con la poca dignidad que me quedaba le pedí un último favor...

—Helena —se volvió a adelantar a su respuesta.

—Un padre hace lo que sea por sus hijos, Alexander. Después de lo ocurrido con aquellas muchachas no me quise arriesgar a que a ella también le pasase algo así que decidí mandarla al lugar más seguro que conocía...

La tan repetida pregunta que siempre se había hecho Helena de por qué la había apartado de su lado por fin encontró respuesta.

—Una vez supe que estaba a salvo me volví a reunir con mis consejeros para informarles de mi intención de emprender un viaje en busca del raciocinio perdido. Decisión que fue bien recibida al entender que mi ausencia durante unas semanas ayudaría a rebajar los ánimos populares. Días más tarde, y a pesar del empeño en viajar con escolta, partí solo...

—No teníais intención alguna de aclarar las ideas...

El monarca sonrió descubierto.

—Me pasé los siguientes meses recorriendo todos los rincones de mis tierras ansiando dar con mi mujer, pero me perdí —se lamentó en voz alta—. Según pasaban las semanas mis esperanzas desaparecían y con ellas el poco sentido común que aún me quedaba por aquel entonces.

La percepción, y sobre todo la opinión que se había hecho sobre él, estaba cambiando conforme lo seguía escuchando.

—Hasta que un día, el más tormentoso y lluvioso que te puedas imaginar, pasó algo inesperado —miró al encapotado y oscurecido cielo mientras se le escapaba la más incómoda y derrotada de sus sonrisas—. Cabalgando por los desfiladeros del oeste topé con un minúsculo y recóndito claro...

Como ya había pasado en la sala de los tronos el protagonismo del monarca era absoluto. Su conocimiento e implicación en la maquiavélica crónica que estaba narrando le daba ese poder.

—Las encontré —lo volvió a mirar a los ojos a punto de romperse—. Atadas sobre estacas clavadas en el centro del claro, y en estado de descomposición, estaban mutiladas, desfiguradas y con claros signos de haber sido forzadas.

—¿Alguna pista de vuestra mujer?

Se arrepintió al momento de alimentar su fantasía.

—Nada —no pudo evitar que una mueca de felicidad se le escapase a pesar de lo macabro del escenario descrito—. Sigue con vida.

—¿Y por qué las dejó allí y no tiró los cuerpos al mar sin más?

—No lo sé, pero tras examinar los seis cuerpos de las mujeres encontré algo... una marca —sus ojos, apagados durante todo el relato, se iluminaron con la sórdida aclaración—. Entre la suciedad, las heridas supurantes y los cardenales había un pentáculo marcado a cuchillo en las muñecas derechas de todas ellas.

Alexander se llevó la mano izquierda a su muñeca derecha. Él mismo se sorprendió al darse cuenta del gesto involuntario y se apuró a apartarla antes de que el monarca preguntase.

—Recordé mis conversaciones con el supuesto responsable y nunca mencionó nada al respecto de esas marcas. Eran tan paganas —sintió repulsa al recordar las imágenes— que me hicieron pensar que aquel desgraciado que había justificado sus crímenes en nombre de los Dioses no había sido quién se las había hecho. Detrás de aquellos raptos había alguien más —expuso con la misma seguridad con la que defendía la supervivencia de su mujer—. Alguien que sabe dónde está Margareth. Por eso cuando todo volvió a empezar en Carvatia acudí en la ayuda de Dionne.

Alexander se bajó de su montura y caminó unos pasos intentando asimilar todo el relato. Era una locura.

—Alexander... —llamó su atención—. Te recuerdo que más allá de los motivos que me hayan empujado a mí a inmiscuirme en esta empresa hay una realidad irrefutable... ahora mismo hay dos mujeres desaparecidas en tus tierras y el responsable está libre.

Se giró y lo miró. Tenía razón. Lejos de lo fantasioso o enrevesado que pudiera sonar su historia, y aún si quería creerlo o no, había un buen motivo por el que estaba en plena madrugada en medio de la nada: capturar al jinete del foso se había convertido en una obligación para él.

—Necesito tu ayuda —Edmund se bajó de su caballo, se acercó al de él y agarró las riendas para dárselas con la intención de reanudar el camino cuanto antes—. Estoy seguro de que si damos con ese hombre llegaremos también a descubrir el paradero de todas las desaparecidas en la

actualidad y el de mi mujer.

Cogió las riendas de su caballo para alivio y agradecimiento del monarca.

—Desde hace tres semanas he revivido dolorosas sensaciones que creía olvidadas —confesó aprovechando su cercanía—. Ver como los familiares de esas jóvenes suplican por ayuda sin poder entender el porqué de sus raptos llena de rabia e impotencia, saber que posiblemente ya estarán muertas y no decírselo para no acabar con el último hilo de esperanza que les queda es todavía peor porque te hace sentir cómplice de esa escoria.

Sintió como un escalofrío lo recorría de arriba a abajo tras escuchar su alegato final.

—Necesito esa paz interior...

Se hizo un incómodo silencio entre ambos sólo quebrado por la molesta brisa que cada vez silbaba con mayor intensidad. El gesto del monarca volvió a cambiar por completo una vez más dejando que el dolor y la culpa se volviesen a ver reflejados en su rostro. Revivir todo aquello lo estaba destrozando por dentro.

—Me he fijado que nos estamos dirigiendo a Viken —se propuso volver a subir a su caballo.

—Mis hombres nos aguardan allí —contestó recuperando la compostura.

Alexander reparó en un detalle antes de reemprender la marcha de nuevo. Ante él volvía a tener la imagen del hombre iracundo con el que se había topado horas antes, pero si prestaba atención sólo a sus ojos se encontraba ante la presencia de un hombre cansado y asustado por volver a fracasar. Era como mirarse a un espejo.

—¿Os puedo hacer otra pregunta?

—Claro.

—¿Qué os hace estar tan seguro de que vuestra mujer sigue con vida después de tantos años?

—La fe.

Capítulo 11

DESENGAÑOS

—No aguardaba veros por aquí tan temprano —Isaias, empleando un tono agradable y cercano, entró en la pequeña estancia—. Aún queda un rato para que llegue el sacerdote.

Con cada amanecer el sacerdote de la ciudadela subía a la capilla del castillo para predicar oraciones y ofrecer confesiones a la gente que moraba en el alcázar.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —Adela, arrodillada en uno de los bancos, lo recibió sin siquiera volverse hacia él.

La capilla era el primer lugar que visitaba a diario la reina, aunque como bien acababa de apuntar el consejero hoy se había adelantado a su horario habitual.

—La cama y yo hace tiempo que no nos llevamos bien —bromeó acercándose—. Creo que es cosa de la vejez.

La mujer sonrió con su comentario.

—Espero que sean escuchadas...

—Sé que es una locura, pero en estos momentos es lo único que se me ocurre... si gustas puedes acompañarme —lo invitó a arrodillarse junto a ella.

—No sería capaz de rechazar una invitación venida de vos —aceptó con gusto.

Adela vio su momento de oración interrumpido, pero lo aceptó de buenas maneras. Isaias siempre era una buena compañía y más en momentos como el actual.

—Los años no pasan en balde —aludió a los problemas que tenía para encontrar una postura cómoda con la que no castigar sus rodillas.

La dependencia se encontraba bajo el muro oeste y era, quitando la torre del homenaje, la estancia más cercana al exclusivo jardín.

—El tiempo pasa para todos —fue condescendiente para con él.

La tenue luz de las velas prendidas iluminaban la solitaria y silenciosa sala. Cuatro filas de bancos precedían a un pequeño altar con peculiares

ornamentos religiosos desde donde el sacerdote realizaba sus labores de oración.

—Si me permitís una pequeña apreciación... —expresó con prudencia—. Os noto, como lo diría —buscó la palabra apropiada— disgustada.

—Es bien triste que la única ayuda que pueda aportar a lo sucedido y lo que está por venir sea esto —reconoció compungida—. Dice muy poco en mi favor.

—Pues yo creo que dice todo lo contrario —fue benévolo para con ella—. Ahora más que nunca necesitamos de su comprensión y misericordia.

—Tú tampoco me lo dirás, ¿verdad?

El consejero, con la mirada fija en el altar, dibujó una sonrisa de aceptación en su cara.

—Carvatia sufrió semanas atrás unos ataques sin autoridad reconocida —se dispuso, para sorpresa de Adela, a complacerla—. La confusión y las terribles consecuencias de los mismos han sido aprovechados por la oposición y Dionne ha sido derrocada.

Adela se quedó estupefacta con el resumen.

—¿Por qué no tomamos parte?

—Estamos a las puertas de una guerra y no nos podemos permitir distracciones —justificó la no actuación.

—No hagas eso —le echó en cara su actitud—. No lo defiendas.

—Soy su consejero. Soy tan culpable como él si lo queréis ver de ese modo —asumió su responsabilidad.

—Me cuesta creer que lo permitieras —su voz sonó más fría de lo habitual para con él.

—Aunque os cueste entenderlo ahora mismo, vuestro esposo ha hecho lo correcto —no recordaba la cantidad de veces que se había repetido esa frase para si mismo queriendo acallar a su molesta conciencia.

—Hicisteis lo correcto pensando en el reino, pero también debemos de pensar en los demás —reprochó—, y más si son amigos... o familia. Ellas te necesitaban.

En la cara del consejero se pudo ver el dolor que le causaron esas

palabras por la verdad que expresaban.

—¿Qué conexión tienen esos sucesos con lo que pasó en el foso? —no le quiso dar tiempo para recomponerse.

—Hay una alta probabilidad de que los responsables de esos asaltos estén ahora en vuestras tierras —reveló con pesimismo.

El pensamiento de la mujer fue al momento en una única dirección.

—¿Por qué se empeña en utilizar así a su hijo pequeño? —criticó con rabia.

—Él tomó la decisión —la rectificó.

—¿Y qué si lo hizo?, ¿acaso no pudo impedírselo? —no le bastó—. Es su padre.

—Lo intentó, pero sabéis tan bien como yo que nunca lo hubiera conseguido. Alexander es muy impulsivo y orgulloso y nada ni nadie lo hubiera detenido después de lo que vivió en el foso —siguió defendiendo la actuación de Maximilian.

Adela, remangando el ropón marrón con destellos dorados que vestía, recuperó la postura de rezo. Cerró los ojos, pegó su frente a sus manos entrecruzadas y empezó a murmurar como hacía antes de la llegada de Isaías.

—Será mejor que os deje a solas —entendió que no quería seguir con la conversación y se levantó para dejarla sola de nuevo.

Privacidad que no disfrutaría por mucho tiempo pues el consejero se cruzó en su salida de la capilla con las primeras doncellas, entre las que se encontraba Cora, que acudían a la homilía diaria que empezaría con la llegada del sacerdote.

2

—¿Qué te llevó a abandonar el ejército?

Con los primeros brillos de claridad asomando por el grisáceo horizonte, Edmund aprovechó la nueva y breve detención para ser él esta vez quien recibiera respuestas.

—He dejado de creer en la causa que defendía —contestó con sequedad tras acabar de beber.

—Interesante reflexión —admitió cogiendo la cantimplora de cuero viejo que le ofreció—. Esas palabras me hacen recordar un discurso que escuché una vez —hizo una pausa para beber—. “Partimos y tomamos parte en batallas donde miles de hombres mueren en nombre de personas que no se mueven de sus tronos dejando a cientos de familias rotas... algo que nunca se repara —le devolvió la cantimplora—. Nuestros escrúpulos desaparecen porque nos convencemos, con la ayuda de los Dioses, de que estamos haciendo lo correcto mientras le arrebatamos la vida a otras personas sólo porque han nacido en otras tierras o son contrarios a nuestros intereses —su garganta, una vez refrescada, adecuó la voz a la importancia de la oración—. Al final, con suerte, en el mejor de los casos conseguimos regresar al hogar con algunas heridas curables, pero vivos al fin y al cabo. Felicidad que sabemos efímera, pues en cualquier momento un nuevo llamado nos avisa de que puede ser la última vez que veamos a los nuestros por tener que defender unos intereses que, con el paso del tiempo, pierden fuerza, valor y lógica”.

—¿Quién dijo eso? —Alexander, impresionado por el mensaje que transmitía el discurso, acabó de guardar la cantimplora en una de las alforjas de su caballo.

—Evan Solem —anunció sabiendo lo que ese nombre suponía para los Volzac—. Noble descendiente de una de las familias más antiguas y respetadas de Carvatia, capitán del ejército de Dionne y hermano de Maxwell, el sacerdote interino de tu castillo hasta hace poco tiempo...

El cielo plomizo se vio amenazado por culpa de una oscura y densa humareda en la lejanía. Alexander y Edmund se apuraron a reanudar la marcha al adivinar el lugar de donde procedía el humo...

Capítulo 12

VIKEN

Viken había pasado de ser un pueblo pequeño de apenas un centenar de habitantes a convertirse en una de las poblaciones más importantes del reino gracias a la fertilidad de sus campos. Ubicado en la zona central del imperio, no sufría en exceso los temporales que arrasaban con otros lugares y sus tierras ofrecían cosechas abundantes que enriquecían a sus dueños y daban trabajo a la tan menospreciada plebe.

Tras unos largos minutos de trepidante marcha, Alexander y Edmund entraron en el poblado. El panorama que los recibió, calles vacías y tranquilas y casas modestas en las que no se apreciaba mayor daño que el que ya pudieran tener de por sí debido a la antigüedad, se alejaba de la idea que se había hecho Alexander en su cabeza tras escuchar las historias relacionadas con los violentos asaltos sufridos en Carvatia y Arvec.

—Mira —Edmund le hizo una seña.

Tras seguir su dedo con la mirada azuzó a su caballo para que se adentrara en el corazón de Viken. La columna de humo, que se disipaba conforme más alto subía al cielo, provenía del interior de la pequeña ciudad.

—Otra vez no...

Alexander escuchó el lamento de Edmund momentos antes de que ambos fueran engullidos por una asfixiante y borrosa atmósfera que no tardó en presentarles a los primeros supervivientes. Vagaban sin rumbo por las calles colindantes a la plaza sin saber muy bien qué hacer. En sus caras se podía ver que seguían conmocionados. Los que no parecían heridos se encontraban llenos de la ceniza producida por el fuego de un incendio que agonizaba en su necesidad de seguir avanzando más allá de la propia plaza.

Pero los peores augurios se hicieron realidad cuando entraron en la plaza. No había palabras suficientes para describir aquel horror. Alexander se quedó tan impresionado con el paisaje que tenía ante sí que apenas prestó atención a los llantos desconsolados de los niños pequeños que buscaban con desesperación a sus padres en medio de aquella masacre.

Sin atreverse a abrir la boca, imitó al monarca y se bajó de su montura para caminar entre los charcos de sangre, iluminados por los escasos fuegos que aún permanecían prendidos en las casas medio derruidas de la plaza, creados por los cuerpos de hombres y mujeres que yacían sin vida

rodeando a tres figuras crucificadas en lo alto de tres estacas a los pies de los restos de la capilla.

—Por todos los Dioses... —farfulló Edmund.

Derrotados e impotentes avanzaron entre cadáveres, que no distinguían entre nobles y vasallos, para poder llegar hasta los ejecutados. El trayecto, que no era demasiado largo, se les hizo eterno a ambos.

—¡Ellas han vuelto!

Una mano de mujer salió de la maraña de cuerpos que la mantenían enterrada para agarrarse con desesperación a la pernera de Alexander.

—¡Han vuelto!

Una vez superado el susto inicial, se apuró a agacharse para socorrerla descubriendo que se trataba de una anciana agonizante que murió en sus brazos con el miedo más puro y real reflejado en sus ojos.

Aturdido por todo lo que lo rodeaba y con toda la delicadeza que fue capaz de demostrar, la volvió a posar en el suelo y le cerró los párpados consiguiendo que el pánico desapareciese de su semblante, pero por desgracia no era consuelo suficiente. La culpa, esa misma que seguía creciendo de manera irremediable en su interior con cada descubrimiento, lo invitó a fijarse en sus propias manos. Manchadas de la sangre de la mujer, tuvo que cerrar los puños con rabia para poder controlar el inconsciente temblor que se había apoderado de ellas.

—¿Quién puede ser capaz de hacer algo así?

Escuchó la incredulidad mezclada con pavor que el monarca exhaló detenido a los pies de los crucificados.

—Son ellos, ¿verdad? —preguntó con pesimismo—. Son tus hombres.

Edmund se giró hacia él y afirmó abatido...

Capítulo 13

VIKEN (SEGUNDA PARTE)

Una fuerte tromba de agua empezó a caer con fuerza sobre la plaza. Las escasas brasas que todavía se mantenían prendidas se fueron apagando y los sórdidos charcos de sangre se diluyeron en pequeños riachuelos que creaban su curso gracias a las pendientes que tenía el empedrado irregular del suelo.

—Eran buenas personas —suspiró el monarca con impotencia.

Edmund, tras bajar a los tres hombres con la ayuda de Alexander, hincó la rodilla en el empedrado y se propuso rendir un breve pero necesario tributo a sus almas.

—¿Me contaréis de una maldita vez toda la verdad? —espetó por sorpresa y con exigencia.

Edmund, como si no lo hubiese escuchado, siguió con su momento de oración.

—¿Qué tienen que ver las brujas con todo esto?

A pesar de intentar mantener la compostura, la pregunta tensó al monarca.

—¿Quién te ha dicho eso? —le prestó la atención que demandaba.

—Esa mujer... —señaló el cadáver de la vieja—. Dijo que ellas han vuelto.

—Maldita vieja creyente... —musitó molesto.

La fuerza de la lluvia pareció aumentar tras las palabras de Edmund.

—Tu hermano dijo una gran verdad en la sala de los tronos, la gente es muy asustadiza e influenciable...

Alexander lo dejó continuar.

—Y tú y yo sabemos el exagerado nivel de devoción que existe entre la población más anciana de los reinos.

En la actualidad, y por culpa de las penurias que padecían los imperios, la religión era el arma más poderosa entre la población y su influencia estaba presente en cualquier parte del mundo conocido. Los Dioses eran venerados y el clero disfrutaba de un poder que lo había convertido en

una especie de nueva y poderosa clase social.

—Imposible. Hace cuarenta y tres años de la última caza de brujas
—descartó la suposición.

—Las voces que se atrevieron a hablar tras los asaltos de Carvatia no dudaron en señalar en el mismo camino —apuntó con decepción el monarca.

—Habíais dicho que esos poblados señalaron a mis hombres como responsables —recordó de manera oportuna.

—Los familiares de las desaparecidas lo hicieron —no rectificó sus palabras—, pero las creencias populares, las antiguas leyendas... los más viejos de los lugares apoyaron su teoría en hechos pasados. Donde Dionne y yo vemos a Marcus como responsable en las sombras, esa gente ve el regreso de un mal erradicado hace más de cuatro décadas —desarrolló un poco más la respuesta entendiendo y compartiendo su escepticismo—. Si no expuse esta teoría en la sala de los tronos es porque ni la reina ni yo la tuvimos en consideración. Achacamos su relevancia entre la población al despertar sensaciones y recuerdos pasados.

Brujería. Palabra vetada en los círculos sociales y un mal de otro tiempo sólo presente ya en los recuerdos de los ancianos. Un mal que había coronado a la familia Volzac como la más importante en una época donde las proscritas se atrevían a hacer frente a las monarquías y sembraban el terror entre las gentes con la simple sospecha sobre sus identidades.

Alexander conocía historias. Recuerdos contados por Isaias a lo largo de los años. Relatos muy detallados en algunos casos y bastante vagos en otros. Narraciones que describían la última gran época oscura a la que se había tenido que hacer frente.

—¡Devolverme a mi hija, bastardos!

Un hombre rechoncho y de mediana edad apareció armado con una espada intentando atacar a Alexander por la espalda, pero éste con un rápido movimiento, y gracias a sus reflejos, lo esquivó y lo desarmó sin muchas dificultades.

—¿Tú? —el hombre balbuceó sorprendido tras reconocerlo.

Alexander tras ver los moratones de su cara y la sangre que emanaba de una brecha que tenía sobre la ceja tiró la espada al suelo demostrando que no le quería hacer daño.

—Hemos venido a ayudar —Edmund también reparó en su magullada presencia.

El hombre estaba tan absorto en la figura de Alexander que se asustó al sentirse rodeado y cayó de culo al suelo.

—Lo peor ya ha pasado, ahora estás a salvo —Alexander se acercó para tenderle una mano.

—¡No os acerquéis! —recuperó la espada tras unos torpes movimientos y la sostuvo, desde el suelo, temblando y con dudas de a quién de los dos apuntar.

—Tienes que calmarte —Edmund, sin alzar la voz para no ponerlo más nervioso, lo invitó a bajar el arma.

El hombre lo escudriñó en silencio.

—¿Quién eres tú? —no le quiso obedecer y sujetó la espada en lo alto apuntándole a él—. No portas el blasón de la familia real.

—Soy Edmund Kesington, rey de Mudshire —se presentó de buenas maneras a pesar de sentirse agraviado por no ser reconocido.

—¿Rey con esa facha?, ¡no me creáis estúpido por no ser un noble!

—Entiendo que estés asustado, pero procura medir tus palabras de ahora en adelante si no quieres sufrir las represalias —la advertencia fue una clara amenaza—. Y ahora suelta la espada.

—¡No!, ¡si lo hago me mataréis como habéis hecho con todos los demás!
—siguió sin atender a razones.

Edmund se cansó de la vía diplomática y de un golpe en la mano le tiró la espada al suelo. El hombre se lanzó como un poseso a recuperarla, pero el monarca le pisó la mano al tiempo que se agachó a su lado y le levantó la cabeza por la escasa cabellera que tenía.

—Y ahora vas a decirnos que ha pasado aquí —Edmund demostró no ser un hombre paciente.

Alexander tuvo el impulso de acudir en su ayuda, pero entendió el modo de actuar del monarca pues el lugareño estaba demasiado alterado como para colaborar por las buenas.

—¡Matarme a mí si queréis, pero liberar a mi hija! —vociferó lleno de rabia

e impotencia.

Su demanda resonó con tanta fuerza en el ambiente que no fueron pocos los curiosos que salieron de su estado catatónico para descubrir sus escondidas posiciones en la misma plaza. Alexander, gracias a la lluvia que seguía cayendo sobre ellos y que limpiaba la ceniza de sus rostros, pudo ver sus expresiones. Llegaba a tal su nivel de incredulidad y temor para con él que no dudaban en volver a esconderse cuando sus miradas coincidían con la suya. La muerte y la destrucción les había quitado algo a cada uno de ellos sin importar su clase social y él lo podía ver en sus ojos, en su miedo hacía él.

—¿Por qué nosotros?, ¿qué mal hemos hecho?

Edmund lo soltó al descubrir que estaban rodeados por una pequeña y temerosa multitud que los vigilaban con inquietud y expectación.

—Os queremos ayudar —le ofreció la mano para ayudarlo a levantarse del suelo—, pero no podemos si no colaboráis.

El hombre volvió a mirar a Alexander antes de agarrar la mano del monarca para incorporarse.

—Cualquier cosa que nos puedas decir, por insignificante que parezca, le dará más posibilidades de sobrevivir a tu hija —lo quiso animar para conseguir un poco de valiosa información.

—No vi por donde se fueron —se apuró a remarcar entendiendo que esa era la información más valiosa que podría aportar.

—Esta bien, tranquilo —lo invitó a relajarse posando una mano sobre su hombro al ver que estaba a punto de volver a perder los nervios.

—Estaba durmiendo y los gritos de mi hija me despertaron... —tras exhalar un par de suspiros se decidió a narrar el asalto—. Abrí los ojos y me topé con dos soldados que me sacaron de la cama a la fuerza y me tiraron a la calle para molerme a golpes mientras veía como arrastraban a la gente aquí contra su voluntad e iniciaban los incendios...

Los demás supervivientes se animaron a acercarse conforme oían el relato y se sentían identificados con sus palabras.

—Me suplicó entre lloros y yo no pude hacer nada para evitar que se la llevaran... —balbuceó al borde del llanto al recordar a su hija.

La impotencia seguía castigando a Alexander. Imaginar que Arvec tendría un aspecto parecido, escuchar la tragedia y ver el actual y doloroso estado

de los escasos supervivientes lo hizo sentirse más responsable si cabe.

—Sólo pude ver como la metían dentro de un carruaje antes de perder la consciencia...

—¿Un carruaje? —Edmund lo interrumpió interesado—. ¿Qué clase de carruaje?

—Uno negro —contestó lo más básico que recordó.

Edmund miró a Alexander esperanzado. No era mucho, pero ya tenían algo en lo que apoyarse para seguir adelante.

—¿Por qué el ejército nos ha hecho esto?

—¿Por qué el rey Maximilian nos ha castigado de esta manera?

—¿Acaso ya no somos dignos de su protección?

Las demás personas, aún con recelo por la presencia de Alexander, lanzaron sus preguntas desde la distancia.

—Sé lo que parece y entendería que no me quisieseis escuchar después de lo que habéis sufrido —el monarca quiso mediar para rebajar los ánimos—, pero los responsables de este genocidio no han sido vuestros soldados.

—¡Yo los vi con mis propios ojos! —una mujer bramó alterada y ofendida.

—¡Y yo!

—¡Y yo también!

No fueron pocas las voces anónimas que se sumaron a la mujer para contradecir al monarca.

—Varios poblados de Carvatia han sufrido ataques similares semanas atrás y también quisieron culpar a vuestro ejército —decidió, para no alimentar el pánico, no decir nada con respecto a Arvec—. Ese es el motivo por el que vuestro idolatrado capitán y yo estamos aquí.

La sinceridad de Edmund tuvo su recompensa y los supervivientes se empezaron a mostrar más confiados para con él.

—Si eso es cierto, ¿por qué no lo has evitado? —otra mujer, con lágrimas de rabia en sus ojos y sujetando los restos calcinados de lo que semejaba ser un vestuario masculino, se dirigió a Alexander queriendo comprender

su pobre actuación al respecto.

La misma credibilidad que parecían ofrecer las palabras de Edmund se convertían en decepción al ver su figura.

—¿Y entonces quién ha sido? —preguntó otra voz anónima dispuesta a escuchar.

Nobles y vasallos compartían dudas y temores sin distinciones. Había hecho falta una masacre que arrasara con todo Viken para conseguirlo.

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar —replicó Edmund—, aunque tenemos un sospechoso...

Alexander lo miró sorprendido por lo que iba a hacer mientras que la gente esperaba el nombre.

—Marcus Abalón.

Escuchar la acusación provocó una nueva y temerosa reacción general. Asustados por el anuncio, el silencio se volvió a apoderar de todos y cada uno de ellos. Sintieron el descubrimiento como un irónico y duro golpe del destino, un castigo de los Dioses. Nadie deseaba la guerra, pero lo cierto es que el pensamiento general, y quizás hipócrita de los habitantes de Viken, tanto Señores como vasallos, es que ellos no se iban a ver afectados cuando el conflicto estallase. Veían la confrontación como algo lejano. La ubicación de Viken, demasiado alejado de la frontera con Carvatia, era la principal causa que los había hecho estar siempre tan seguros y confiados. Calma que ahora mismo se había hecho cenizas al igual que la mayoría de sus hogares y pertenencias.

—¿Qué piensas? —Edmund aprovechó el momento de desconcierto para acercarse a Alexander e intercambiar pareceres con él.

—Que deberíamos de aclarar que aún no estamos seguros de que sea Marcus el responsable de todo esto —se mostró cauto.

—¿Prefieres que os sigan culpando a tus hombres y a ti? —le hizo ver cuál era la otra alternativa.

No replicó al sentirse preso de la mirada decepcionada de muchos de los supervivientes.

—¿A qué distancia se encuentra Koldire de aquí?

—No lo sé —la pregunta del monarca lo pilló por sorpresa—. Un día,

quizás algo menos... ¿por qué?

—En mi despedida de Dionne antes de venir me informó de que se refugiaría allí. Deberíamos de ir a hablar con ella, igual ha descubierto algo en mi ausencia.

Alexander recuperó su papel de ofendido tras escuchar la nueva revelación. Cada vez tenía más claro, algo cuanto menos destacable después de todo lo que estaba pasando, que su desconfianza para con el monarca era acertada. Sólo compartía informaciones con él cuando era inevitable.

—Esa decisión no coincide con su conocida forma de ser —decidió guardar sus recelos.

Al igual que ocurría con la desaparecida reina de Mudshire, tampoco conocía a Dionne Irvund en persona. Su opinión sobre ella estaba formada por las preocupadas conversaciones que había escuchado entre su padre y su madre durante comidas y cenas en los últimos años. En ellas, las palabras más repetidas eran: obsesión y desconfianza. Y es que Dionne tras asumir el papel de su difunto esposo, quizás por amor hacía él, se había convertido en una persona obstinada para con su cargo y su pueblo. La clase de rey que no abandonaría a los suyos en tiempos difíciles.

—Su consejero le hizo ver que poco podría ayudar a los suyos si sus enemigos la hacían prisionera —Edmund explicó el motivo.

El sentido común le hizo entender lo acertado de la actuación. Si la atrapaban ya no es que su vida estuviera en peligro sino que ya no habría nadie preocupado en reparar el daño provocado sobre el legado de su esposo al que tantos años había dedicado.

—Quédate con ellos esperando la llegada de ayuda —satisfecho con las explicaciones, ahora fue él quien le dijo al monarca cómo iban a actuar.

Cada día una escuadra de soldados llegaba a todas y cada una de las poblaciones del imperio, a excepción de las tierras del norte, para pasar la jornada morando por sus calles hasta el anochecer, momento en el que lo volvían a abandonar. Estas patrullas se encargaban de mantener la paz y recordar a los habitantes que su rey se seguía preocupando por su bienestar.

—¡Ni hablar! —no aceptó su recomendación— ¡no me quedaré al margen y menos ahora que tenemos una pista y mis hombres han perdido la vida por ello!

—Llegarán enseguida —afirmó tras ver los primeros reflejos brillantes en el apagado cielo—. Y en su actual estado no los recibirán de buenas

maneras —se refirió a los supervivientes—. Además, los soldados no entenderán que ha pasado aquí. Necesito que se lo expliques.

La lluvia había perdido fuerza pero seguía cayendo sobre ellos.

—¿Y por qué tengo que hacerlo yo?

—Parecen confiar en ti —justificó su decisión.

—¿A qué viene esto ahora? —cuestionó con desconfianza su comportamiento—. ¿Por qué quieres que nos separemos?

No respondió.

—No me dejarás atrás —Edmund se encaró con él.

Alexander no se acobardó con su airada reacción y permaneció detenido ante él sin siquiera pestañear. Sus ojos desprendieron un brillo desconocido y agresivo.

—He escuchado muchas historias acerca de ti —rebajó su tono al sentirse intimidado por su mirada—, pero ya has comprobado que no nos estamos enfrentando a simples amotinados. Por muy lastre que me puedas considerar, vas a necesitar de mi ayuda llegado el momento.

—Cualquier cosa que hayas oído sobre mí, olvídala... sólo son habladurías —desechó con rotundidad.

—Alexander... —cambió su actitud para con él por una más preocupada y amigable—. Esto es demasiado grande, créeme... incluso para ti.

—¡No nos abandonen, por favor!

Una de las pocas nobles supervivientes se acercó a ellos aterrada.

—Tranquila —Edmund se volvió para calmarla—, dentro de poco llegará la ayuda necesaria.

Un fuerte golpe en la cabeza del monarca lo tiró al suelo inconsciente. La mujer y los demás presentes se quedaron atónitos al ver como Alexander sujetaba con firmeza la empuñadura de su espada, objeto con el que le había golpeado en la cabeza.

Capítulo 14

MALAS CONCIENCIAS

Helena, aprovechando que la lluvia cesó, se cubrió por un manto aterciopelado y salió al balcón para deleitarse con el amanecer en el horizonte. No había descansado en toda la noche. La culpa no se lo había permitido.

—Señora... —unos suaves golpes en la puerta reclamaron su atención—. Soy yo, Cora.

Escuchar la voz de la doncella la tranquilizó y se apuró a abrirle la puerta e invitarla a entrar.

—Buenos días —saludó al tiempo que entraba en la estancia.

—Buenos días... —se alegró de su temprana visita—. ¿Ha acabado ya la homilía?

—Sí. Tan pronto como lo hizo, y con el permiso del sacerdote, me he saltado el turno de confesión para venir a veros —compartió su sacrificio—. Eso sí, me ha recordado que le gustaría veros algún día en la capilla.

La pérdida de fe de Helena tras lo acontecido con su madre había convertido a Cora en su confesora particular. Y es que desde la llegada de la joven al castillo, dos años atrás, habían entablado una gran amistad. La juventud de ambas las había unido dentro de un entorno donde se encontraban rodeadas, en su mayoría, por mujeres mayores. Compartir gustos e inquietudes y haber pasado por experiencias traumáticas antes de sus respectivas llegadas al castillo las había llevado a desarrollar esa inquebrantable complicidad. Una confianza que convertía a Cora en la única persona que estaba al tanto de lo sucedido entre el heredero y ella.

—¿Habéis tenido más sueños extraños?

—Esta vez he estado demasiado ocupada con otros menesteres —cerró la puerta para poder hablar con libertad e intimidad.

—Ya lo veo —reparó en su gesto extenuado—. Para seros sincera yo tampoco he podido descansar y no creo que nadie en todo el castillo lo haya hecho después de lo ocurrido anoche.

La doncella era una mujer rubia, de ojos azules y expresión risueña que tenía una preciosa nariz larga que le daba mayor personalidad a una

imagen que mezclaba seducción e inocencia a partes iguales.

—¿Hablasteis con Alexander? —no pudo reprimir por más tiempo la pregunta que necesitaba responder.

Cora era un cúmulo de buenas virtudes e intenciones, pero también tenía algunos detalles que se podían considerar defectos. Uno de los más llamativos era su fuerte curiosidad.

—Lo hice —confirmó mientras la invitaba a sentarse con ella en la cama.

—¿Se lo dijisteis? —barbotó atónita y expectante.

—No —respondió decepcionada—. La aparición de mi padre trastocó todos mis planes.

—¡No sé cómo se ha atrevido a poner un pie en este hogar ni cómo los reyes se lo permitieron! —despotricó con desprecio hacia su figura.

—Olvidalo, no quiero hablar de él. No le daré más protagonismo que el que él me dio desde hace catorce años —compartió su convicción destilando mucho rencor para con él.

—¿Y entonces de qué hablasteis con Alexander? —recuperó el tema importante para ella.

—La aparición de mi padre y las artes de la princesa de Sulán me dieron el valor necesario que creía no tener para hacerle frente —inició su explicación—. Le expuse mis dudas con sus repetidas ausencias.

—¿Y qué os dijo? —interrumpió casi sin dejarla acabar.

—Dijo que su tiempo aquí se había terminado.

Cora se quedó boquiabierta con la revelación.

—¿Y lo creísteis?

—Si —no dudó en responder—. Nunca lo he visto tan seguro de algo como cuando pronunció esas palabras.

La doncella guardó un receloso silencio...

—Sabes que puedes decir lo que quieras... —que Helena supo reconocer.

—Hay una cosa que nunca he entendido en vuestra relación... —tomó la iniciativa animada por su permiso—. Después de tanto tiempo juntos, ¿por

qué no se han casado?

A la princesa se le escapó una melancólica sonrisa con su cuestión.

—Lo intentamos justo antes de su partida a Ahn...

Cora se volvió a quedar boquiabierta con una revelación que, hasta ese momento, sólo era conocida por los reyes, el príncipe y el consejero.

—Pero el clero no nos dio su aprobación. Nuestro conocido ateísmo hizo que la prelatura no consintiese el enlace... ni el rey Maximilian fue quien de convencerlos —no pudo ocultar cierto resquemor en su explicación—. Alexander no deja de ser el hermano del futuro rey y yo una princesa lejos de sus tierras. Para poder casarnos tengo que regresar a Mudshire y reclamar el trono.

La declaración de la princesa sirvió para confirmar el poder del sacerdocio a ojos de la doncella. Era tal el status adquirido por los religiosos que habían conseguido imponer sus deseos a la mismísima realeza ni más ni menos.

—¿Os iréis de aquí pronto? —Cora descubrió con una cómplice sonrisa tras escucharla.

—Esa era la idea antes de que ocurriese el ataque del foso —admitió—. Ahora ya no lo sé. Tras su nueva marcha, Mathias vino a hablar conmigo —susurró avergonzada con una expresión mucho más tensa—. Quiere que sea su reina.

La doncella, atónita, la agarró de las manos para ofrecerle su apoyo.

—No sé cómo afrontar todo esto, Cora —reconoció arrepentida—. Se me ha ido de las manos.

—¡No digáis nada y marcharos con Alexander a su regreso! —replicó convencida.

—¿En qué clase de persona me convertiría si hago eso? Él tiene derecho a saber lo que pasó —se lamentó alicaída—. Los remordimientos no paran de atormentarme desde anoche.

—Alexander es mejor hombre que su hermano —sentenció la doncella—, pero es un hombre al fin y al cabo.

—¿Qué quieres decir?

—Que si de verdad se lo vais a decir, recuperéis vuestra fe y empecéis a rezar a los Dioses antes de hacerlo para que os ayuden a que lo entienda.

Las palabras de Cora reafirmaron las dudas y los temores que tenía.

—Nunca te podrás imaginar el bien que me hace hablar contigo —le besó las manos en señal de agradecimiento—. ¿Qué haría yo sin ti?

—Pues tendríais que aguantar la compañía diaria de Maida diciéndoos qué hacer y qué poner os a cada momento con su conocido “buen humor” —bromeó con ella.

Maida, apodada “la jefa” entre el resto de la servidumbre, era la sirvienta más antigua del castillo. Trabajadora infatigable, con los años se había vuelto una cascarrabias que se pasaba todo el día malhumorada y disfrutaba usando su poder con el resto del servicio cuando no estaba la reina Adela delante.

—No digas eso ni en broma —esbozó una leve sonrisa con su chascarrillo.

Pero la alegría poco le duró por culpa de su mala conciencia. La exposición de su querida Cora sobre la posible reacción de Alexander alimentó sus miedos internos y la hizo pensar en algo que hasta ese mismo momento no le había dado importancia y que le dio a entender que no sería mala idea callar: si su traición era conocida, el futuro de una corona ya en entredicho y la imagen ya lastimada de la familia Volzac se verían más perjudicadas si cabe. Las repercusiones de su engaño no sólo la afectarían a ella.

2

Maximilian oteaba ensimismado el exterior a través de uno de los ventanales.

—Con su permiso, Majestad.

Un guarda apareció en la sala de los tronos con timidez.

—¿Suced algo? —le dio permiso para hablar.

—Acaban de llegar los altos dignatarios del clero. Quieren reunirse con vos —informó—. Os aguardan en la sala de recepciones.

—Gracias. Enseguida voy —su temprana visita en busca de explicaciones

por lo ocurrido en el foso no le sorprendió—. ¿Qué hay del muerto?

Tras la reveladora charla nocturna mantenida con su hijo mayor y la inesperada decepción tras conocer su modo de pensar, Maximilian había recibido la visita del mismo guarda que ahora tenía delante para comunicarle el macabro descubrimiento hecho en las calles de la ciudadela. Sin dormir, ni abandonar su trono durante el resto de la madrugada, mantuvo la orden dada por su hijo pequeño para encontrar la cabeza tras oír la versión dada por los dos soldados que habían descubierto el cuerpo sin vida.

—Lo hemos trasladado a los calabozos como ordenasteis.

—¿Todo? —preguntó esperanzado.

—Lo lamento, Señor. Los hombres no han sido capaces de encontrar la cabeza —aclaró con notorio desagrado.

Los peores presagios se hicieron realidad.

—¿Sabemos si alguien ha visto algo?

Toda la conversación la mantenía sin separar la mirada del ventanal.

—No que sepamos. Por suerte pudimos trasladar el cuerpo hasta aquí antes de que empezasen los primeros movimientos... —agregó—. Y la molesta niebla nocturna creemos que ha ayudado a guardar el secreto.

—Mantener las calles vigiladas e informarme de inmediato si hay algún tipo de rumor —explicó tras suspirar—. Cualquier cosa sospechosa por nimia que suene quiero saberla.

—Lo que ordenéis, Majestad —abandonó con celeridad la cámara para cumplimentar las nuevas órdenes recibidas.

Aprovechando su recuperada soledad, exteriorizó el nerviosismo que lo poseía. La cuenta atrás había empezado cuatro semanas atrás y el paso de los días y los inequívocos indicios no hacían más que señalar que el tiempo se le estaba acabando.

3

—Mmm, ¿esto forma parte de la visita turística? —exclamó Sarah impresionada.

Mathias, que se entrenaba con la espada en un pequeño apartado del

jardín, detuvo sus ejercicios para ponerse la camisa.

—Nunca lo había visto antes —un detalle llamó la atención de Sarah antes de que se acabase de cubrir el torso—. Creía que era un mito más acerca de los Volzac.

En la parte interna de la muñeca derecha, Mathias lucía el famoso antojo con forma de V. Marca que tanto su hermano como él habían acentuado en su período en el ejército resaltándolo con un tatuaje que lo hacía más llamativo.

—Ya ves que no —respondió sin darle mayor importancia—. ¿Puedo saber qué te ha llevado a buscarme a estas horas tan tempranas?

—La curiosidad —declaró con una traviesa sonrisa.

Se acabó de abotonar la camisa para dejarla exponer.

—La curiosidad por saber que ha provocado ese inesperado cambio de actitud —apuntó con arrogancia.

—Ya te lo dije anoche... —suspiró cansado de sus juegos—. Las consecuencias de los hechos ocurridos me obligaron a ello.

La insistencia de Mathias por mantener su defensa la hizo recordar el famoso suceso. Todo había comenzado con las sospechas que rodearon a su figura tras su regreso al castillo el año pasado. Rumores de depravados encuentros sexuales con algunas de las doncellas del castillo durante los meses posteriores a su vuelta lo pusieron en boca de toda la población y obligaron a su padre y al sector más sectario a salir en su defensa achacando las acusaciones a una táctica de desprestigio organizada por los insurgentes.

A pesar de la contundente reacción, el murmullo se propagó entre las muchedumbres. Dos teorías atravesaron las fronteras de Ingham: una decía que el silencio de las doncellas implicadas, ninguna se había atrevido a confirmar las acusaciones, estaba relacionado con el lógico temor a las represalias en caso de hacerlo; la otra, mucho más libidinosa, aseguraba que los encantos del príncipe eran tan poderosos que las propias víctimas se habían negado a señalarlo como culpable de algo que, en el fondo, habían disfrutado.

Por suerte para Mathias, el éxito que tuvo por aquel entonces la campaña iniciada por su hermano contra los etreos y el avance del conflicto contra Sulán hizo desaparecer la trama de las tertulias.

Pero hace algo menos de tres meses, cuando todo aquello había dejado de ser un mal recuerdo, ocurrió algo que lo devolvió al centro de atención. Un

suceso que hizo temblar los cimientos de la corona y que era el responsable de que a día de hoy la prelatura se negase a tener un representante viviendo en el hogar de los Volzac. Maxwell Solem, el por aquel entonces sacerdote interino del castillo, descubrió a su cuñada recientemente enviudada en la cama con Mathias.

El clérigo clamando por una justicia que sabía que nunca conseguiría, pues Maximilian no castigaría a su propio hijo y heredero, abandonó el castillo descubriendo el lujurioso encuentro para justificar su decisión ante sus superiores. Su arrebató tuvo consecuencias y puso a la realeza en una difícil tesitura a ojos de la población en un momento muy complicado con la guerra como telón de fondo y que empeoraría con los sucesos posteriores.

Hasta aquí llegaba la parte que había trascendido más allá de Ingham y sus fronteras y la que Sarah sabía como verídica. La parte que seguía, y que se guardaba con tanto celo, la conocía por distintas habladurías.

La cuñada del sacerdote, lejos de mostrar arrepentimiento por su acto, declaró su amor por Mathias encontrándose con su desplante y nulo interés posterior. Rechazo que la hundió, pues ella si que estaba enamorada. Dolida y señalada, la prelatura la marcó como adúltera y casquivana y la población la apesó, se suicidó apareciendo ahorcada en la plaza de Nighem en el mismo lugar en el que se quemaban las brujas años atrás.

La tragedia golpeó a todo el imperio sin excepción y empujó a Maxwell a intentar asesinar a Mathias al considerarlo responsable del fatídico desenlace, fracasando, siendo detenido y cesado en sus funciones religiosas por los altos cargos de la catedral que le dieron de lado. Desde entonces desapareció y nunca más se volvió a saber de él.

Con la conmoción todavía presente tras el trágico suceso y el pueblo en clara contra de su propia corona, cinco jóvenes doncellas aprovecharon la situación para reconocer los rumores lanzados meses atrás como verdaderos. Esta decisión les costó la expulsión del castillo y de la propia Nighem, pero consiguió desenmascarar de una vez por todas la promiscuidad del príncipe causando un daño irreparable a su figura que aún a día de hoy seguía intentando reparar.

—Estoy segura de que Maxwell Solem alabaría ese arrepentimiento, pero ya me demostraste que lo ocurrido no te removió por dentro —Sarah recordó con acierto—. No lo utilices como una pobre excusa.

El recordatorio de ese nombre no gustó a Mathias que empezó a sentirse incómodo con su presencia.

—Que te parece si nos dejamos de rodeos. Anoche, sin pretenderlo, fui testigo de una interesante conversación que me descubrió el verdadero motivo de tu cambio de actitud —se fue acercando a él con aires de superioridad—. Y ahora que te he visto bien —le empezó a pasar el dedo índice por su pecho—, reconozco que tiene que resultar muy complicado resistirse a este cuerpo teniéndolo tan cerca todos los días.

—¿Estás insinuando algo, Sarah? —se mostró tenso.

—Esta vez has apuntado muy alto... incluso para ti, Mathias —le susurró al oído con picardía.

Enmudeció. Detenido ante ella tuvo que hacer un gran ejercicio de autocontrol para no perder las formas.

—Puedes estar tranquilo, no diré nada —se apuró a tranquilizarlo.

Su declaración lo sorprendió incluso más que ser descubierto. Frente a él, la princesa vestía una blusa roja oscura, cubierta en parte por un corpiño, y una falda larga. Se trataba de un vestuario mucho más casual y propio de la servidumbre de no ser por la más que apreciable calidad de los tejidos.

—Ahora que sé que tengo un aliado... y no uno cualquiera precisamente —se propuso descubrir sus intenciones con una insolente sonrisa—, no perderé la oportunidad de conseguir nuestro objetivo común.

—¿Objetivo común? —sabiendo que estaba entre la espada y la pared quiso escucharla.

—Ambos queremos que Alexander y Helena se separen —reveló con cierto énfasis—, y no creo que se nos presente una mejor oportunidad para lograrlo... ¿o acaso ya te has rendido después de lo de anoche?

—¿Cómo demonios te has enterado? —exclamó dándose por vencido ante ella.

La princesa señaló con disfrute la almena noroeste.

—Anoche, mientras daba un paseo intentando templar los nervios después de lo ocurrido, me encontré con una pequeño riña de enamorados...

Lo cierto es que Sarah descubrió, sin esperarlo, un escenario que ni en sus mejores sueños se había imaginado. Mientras llevaba a cabo su misión, facilitada gracias a la confusión creada por los acontecimientos posteriores al incidente y la oscuridad de la noche, la almena noroeste le sirvió de escondite para asistir con interés e incredulidad a la inesperada

traición.

—Ahora dime una cosa... ¿asumirás tu humillante derrota sin más?

Capítulo 15

LEALTADES

Edmund se despertó por culpa de la fría molestia que sentía en la espalda. Confundido, se encontró apoyado sobre los humedecidos cimientos restantes de una casa calcinada que eran los responsables de que sus ropajes estuvieran calados y sintiera esa incómoda sensación de empapamiento. Sin mover un músculo, para no alertar a los presentes, observó con sorpresa como los pocos nobles supervivientes compartían labores de recogida de cadáveres, sin ánimo y con pesadumbre, con sus feudatarios. Entendió que padecer la misma tragedia había tocado sus conciencias.

—Habéis despertado...

El mismo hombre que se había presentado espada en mano para exigir explicaciones y justicia, ahora se acercó preocupándose por su estado.

—Ese idiota —se pasó la mano por la cabeza descubriendo el chichón producido por el golpe recibido—. Se cree que esto es un juego.

—¿Qué decís?

—Nada... ¿cuánto hace que marchó Alexander?

—Hace un buen rato.

—Ayúdame —le pidió la mano para incorporarse.

Al hacerlo sintió un leve mareo que aumentó la crudeza del escenario que se encontró. La luz del nuevo día iluminaba algunos escenarios ocultos por la oscuridad de la noche. Por desgracia las consecuencias eran mucho peores que lo imaginado. Sus ojos le estaban mostrando la parte que un rey nunca ve... las repercusiones de sus malas decisiones.

—Jamás me podré perdonar lo ocurrido —el hombre se mostró derrotado viendo el paisaje.

—No podías hacer nada. De haberlo intentado ahora mismo serías uno de esos cuerpos allí tirados —espetó el monarca—. La valentía y la integridad es mejor tenerlas cuando la vida de uno no está en peligro.

Los supervivientes apilaban los cadáveres de la plaza sobre las pocas carretas que habían sobrevivido a los incendios mientras que las mujeres

se dedicaban a rezar pidiendo a los Dioses por las almas de los fallecidos.

—No estoy buscando consuelo —reprochó ofendido.

—Sé cómo te sientes... —Edmund se descubrió pagando su frustración con él e intentó ser un poco más condescendiente.

El silencio del lugareño demostró que no lo creía.

—Por desgracia tu hija no es la primera secuestrada —como padre sintió la obligación moral de darle esperanzas.

—¿En los asaltos que mencionasteis de Carvatia también se llevaron a muchachas? —elevó el tono de su voz sin pretenderlo por culpa de la sorpresa.

Afirmó con pesar al tiempo que le pedía discreción.

—¿Las encontrasteis? —exclamó con impaciencia.

—Todavía no —sabía que no eran las palabras que esperaba oír.

Edmund adivinó la tontería que estaba dispuesto a hacer tras ver cómo endureció el gesto y apretó la mandíbula.

—Iré a por mi hija —sentenció.

—No digas estupideces —frenó su ímpetu pensando en su bienestar.

Su dudosa destreza con la espada, su físico descuidado y su actual apariencia golpeada lo presentaban como un lastre que no quería tener que soportar.

—¿Pretendéis que no haga nada cuando la vida de mi hija está en peligro? —criticó con frustración—. ¿Y si fuera vuestra hija?

El monarca se vio entre la espada y la pared y no tuvo más remedio que reconocer que tendría la misma reacción de estar en su lugar. Si Helena fuese una de esas jóvenes nadie en este mundo podría impedir que fuera en su busca... ni siquiera un rey.

—No te puedo prohibir que vayas tras ella —rectificó—, pero te aseguro, y esto no es una amenaza sino la triste realidad, que las posibilidades de supervivencia de tu hija pasan porque nos dejes actuar a nosotros...

El padre no pareció convencido...

—¿Acaso te has planteado cómo te enfrentarías a los responsables de toda esta matanza para rescatarla?

Pero su mueca empezó a perder fuerza...

—Sabes tan bien como yo que morirías en el intento y ella contigo.

Para acabar derrumbándose ante la obviedad de su argumento.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? —espetó con impotencia—. ¿Rezar?

—Ayúdanos —le hizo ver que su colaboración era necesaria pero no de la manera que pretendía.

—¿Y cómo queréis que lo haga? —exhaló cansado—. Ya os conté todo lo que vi.

—Cuéntame cosas sobre tu hija, ¿habéis vivido siempre aquí? —Edmund empezó a hacer preguntas más concretas.

—No —respondió al momento—. Llegamos hace casi tres meses.

—¿Dónde vivíais?

—En Nighem. Ella era doncella del castillo —aclaró.

Al monarca le sorprendió la revelación.

—¿Y por qué os marchasteis de allí?, era un buen trabajo y residíais en la capital del reino —quiso ahondar un poco más.

—Fuimos desterrados —recordó con rencor—. Mi hija formó parte del grupo de seis doncellas que sufrieron las vejaciones del príncipe y fue de las cinco que habló... seguro que conocéis la historia.

—¿Es cierta?

—Mathias Volzac es un ser despreciable —su odio hacía la figura del heredero quedó más que demostrado—. Para él las mujeres no dejan de ser trofeos con los que saciar sus ansías libidinosas. No hace distinciones. Le da igual su status. Juega con ellas hasta conseguir su objetivo sin importarle sus sentimientos —describió su proceder con rabia—. Embarazó a mi hija y la obligó a abortar haciendo uso de su poder... y desde entonces nunca ha vuelto a ser la misma.

—¿No hiciste nada cuándo te enteraste?

Apenas lo conocía, pero estaba seguro de que la extrema adoración que profesaba por su hija y la gravedad de lo relatado le impidieron por aquel entonces permanecer al margen.

—Cuando me enteré entre en cólera, pero mi hija me convenció para que no cometiera una locura —admitió confirmando la percepción del monarca—. Gracias a ella estoy hoy aquí —su voz se apagaba en cuanto la mencionaba—. Sin enfrentarme a él como me hubiera gustado, animé a mi hija y a las demás víctimas a hablar tras la tragedia que descubrió la verdadera cara de Mathias Volzac...

—El suicidio de la cuñada del sacerdote —completó con impaciencia.

—¿Lo conocíais?

—Maxwell Solem era un buen hombre que descubrió, en el peor momento, que estaba más solo de lo que se imaginaba —confirmó su suposición.

—Lástima que el poder de los Volzac sea tan grande y la verdad fuese sepultada con distracciones... —a estas alturas el lugareño ya no tenía miedo a expresar su animadversión hacia la familia real delante del monarca.

—La campaña de Ahn —y Edmund entendió a lo que se refería.

—Utilizaron la larga estadía del ejército en las tierras de los etreos para tener al pueblo distraído y esperanzado... y la guerra contra Sulán para tenerlo asustado —escupió con rabia.

Cuatro hombres a lomos de sus monturas portando el blasón de los Volzac sobre jubones azulados interrumpieron la conversación con su entrada en la plaza.

—Tranquilo, está bien —Edmund impidió al padre huir y lo invitó a quedarse a su lado.

A pesar de su alegato exculpatorio, el resto de supervivientes se apuró a esconderse entre los restos dejando todo lo que estaban haciendo para sorpresa de unos soldados que no fueron recibidos como estaban acostumbrados y que apenas eran capaces de asimilar el panorama desolador que los rodeaba.

—Necesito hablar con quién esté al mando —Edmund fue a su encuentro con paso firme.

—¿Qué ha pasado aquí?

Al monarca no le gustó el tono exigente del soldado que le respondió, aunque intuyó que que su apariencia descuidada y el deplorable estado de su vestuario eran los responsables de que lo confundiera con uno de los lugareños.

—Soy Edmund Kesington, rey de Mudshire.

El caballo del soldado más retrasado se adelantó presentando a un hombre grande que se apuró a bajar de su montura tras escuchar su presentación. Su apariencia ruda e intimidante debido a su corpulencia chocaba con el desconcierto que describía su cara ante todo lo que los rodeaba. El respeto que imponía se podía notar en el modo comedido de actuar de los otros soldados para con él. Sin conocerlo, parecía un hombre de pocas palabras.

—Mi nombre es Tau —se presentó—. Soy el teniente del ejército.

—La mano derecha de Alexander... —encontró al hombre adecuado—. No esperaba encontrarte aquí, por fin un poco de suerte.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Escúchame bien. No tenemos mucho tiempo. Anoche, durante la fiesta de aniversario de tus reyes, una joven fue secuestrada a las puertas del castillo —fue directo, sin rodeos—. Tú capitán y yo partimos a la búsqueda del culpable y a nuestra llegada aquí nos encontramos con esta masacre.

—¿Y dónde está él? —sus ojos pequeños pero intensos escudriñaron el paisaje desolador que los rodeaba.

—Ha partido rumbo a Koldire para encontrarse con la reina Dionne —lo informó—. Me hizo esperar por vuestra llegada para poder explicaros la situación.

La cara del soldado descubría que no se terminaba de fiar de sus ansiosas palabras.

—Ahora debes de poner en alerta a las tropas para que vengan a ayudar a esta gente —lo apuró a actuar.

—Os está contando la verdad —el padre, escondido tras el monarca, quiso ayudar.

—¿Y tú eres?

—Un grupo de soldados mataron y destrozaron todo a su paso sin piedad ninguna —replicó con angustia—. Y se llevaron a mi hija con ellos...

—¡No digas tonterías!

—Es cierto, Tau —Edmund ratificó su atropellado testimonio—. Pero tenemos sospechas infundadas de que esos hombres son farsantes que buscan culparos.

En cualquier otro momento y situación ni hubiera tenido en cuenta sus acusaciones y tendría más que palabras con ellos por las injurias vertidas, pero el macabro escenario en el que se encontraban sirvió de acicate para tener un momento de reflexión. Desde que se había despertado, unas horas antes, tuvo la sensación de que hoy no iba a ser un buen día, pero jamás se habría imaginado algo así. La plaza de Viken colorida y animada que conocía había quedado reducida a cenizas cubierta por los cuerpos sin vida de la mayoría de sus habitantes. Superado por las apremiantes circunstancias, desvió la mirada hacia sus acompañantes buscando su colaboración y el raciocinio que demandaba la situación, pero éstos se veían aún más inquietos que él.

—Ven... —llamó a uno de ellos que se apuró a acudir a su lado mientras se sentía vigilado por decenas de ojos.

Edmund, aprovechando el compás de espera, se apartó con el padre.

—Tengo una labor para ti...

El hombre se mostró dispuesto e interesado en ayudar.

—Necesito que los convenzas para que se dejen ayudar —aludió a los supervivientes que permanecían escondidos.

El lugareño se decepcionó con la petición.

—Confían en ti, eres uno de ellos —lo quiso terminar de persuadir.

Lo animó a ir junto a ellos mientras aguardaba con impaciencia la resolución tomada por Tau que seguía conversando con el otro soldado. Charla que no era tal, pues el único que hablaba de los dos era el teniente mientras que el otro soldado se limitaba a asentir con la cabeza al tiempo que escuchaba.

—¿Esto está relacionado con lo ocurrido en Arvec hace cuatro días?

Tras la apurada retirada del soldado, Tau se dirigió al monarca sin

sutilezas.

—¿Cómo sabes eso? —por unos segundos, Edmund desconfió de él.

—Ayer estuve hablando con algunos de los soldados que acudieron allí después del ataque —explicó sin mostrar ninguna reacción que pudiera desvelar si estaba mintiendo o no—. ¿Lo está?

—Sí —reconoció.

—He mandado a buscar más ayuda. Mientras esperamos a que lleguen quiero que me contéis todo lo que parecéis saber —su demanda sonó a orden.

—Debemos de partir cuanto antes. Si nos quedamos aquí lo único que conseguiremos será perder un tiempo demasiado valioso y poner la vida de tu capitán en peligro —lo quiso amedrentar.

—¿Qué pasó en Arvec? —pero Tau demostró ser un hombre poco impresionable.

Edmund suspiró con impaciencia.

—Alexander está en peligro —insistió.

—Sabe cuidarse —rechazó su afirmación con un par de palabras—. No hay hombre de estas tierras capaz de hacerle frente. Ahora me encantaría escuchar vuestro testimonio...

2

—¿Mañana ajetreada? —Isaias acabó con la soledad de Maximilian.

—Lo cierto es que sí —suspiró cansado.

El rey se encontraba disfrutando del paisaje que ofrecía la solitaria almena noroeste. Se podía decir que, quitando la sala de los tronos, era su lugar favorito. Su espacio de intimidad lejos de los halagos y atenciones diarias.

—¿Cómo ha ido la reunión con el clero? —el consejero, con las manos en la espalda, quiso ponerse al día.

—No ha sido fácil convencerlos de que tenemos todo bajo control —reconoció con hartazgo—. No pondrán en peligro su actual y ventajosa

posición con respecto al pueblo si surgen más complicaciones.

—No se lo tengáis en cuenta. Estoy seguro de que habló el miedo y no el raciocinio —los quiso justificar por su criticable modo de actuar.

—No salgas en su defensa. Es en los malos momentos donde se demuestran las lealtades —dejó asomar el mal humor que le había provocado la reunión con ellos y la decepción por el resultado de la misma—. Aunque no sé de qué me sorprende. No es la primera vez que se apartan cuando surgen problemas.

—Si la lealtad no fuera tan difícil de encontrar y disfrutar no sería tan apreciada como lo es —Isaias echó mano de su sapiencia una vez más.

Un incómodo silencio se hizo entre ambos. Maximilian se apoyó en uno de los merlones y fijó su mirada en el horizonte.

—Te he extrañado en la reunión —admitió rozando la vergüenza—. No ha sido fácil mantener la compostura con ellos y su prepotencia.

—¿No os acompañó vuestro hijo?

—Mathias necesita tiempo para sopesar sus prioridades —se lamentó sin querer entrar en detalles.

—Siento escuchar eso —fue sincero.

—¿Qué clase de persona soy permitiendo la muerte de una buena amiga?
—cambió de tema con brusquedad dejando aflorar su mala conciencia.

—Cualquiera en vuestra situación haría lo mismo...

Tras un rato meditando, fue lo único que se le ocurrió para responder. Sabía que no serviría de consuelo, pero era la verdad.

—¿Me odias por ello? —su pregunta descubrió temor y curiosidad a partes iguales.

—No —fue tajante—. Ambos sabíamos lo que iba a pasar desde hace mucho tiempo. Sólo podíamos mantener la fe para que con los años mostrase una misericordia que sin duda no ha tenido la fortuna de experimentar.

—Cada vez se hace más difícil de soportar todo esto... —musitó apesadumbrado.

—Pues debéis de hacerlo, sois el rey de Ingham —le hizo ver que la

rendición no era una opción para él.

A Maximilian se le escapó una risa de incredulidad con su pobre argumento.

—Un rey que cada se encuentra más solo...

La petición de ayuda fue más que evidente...

—Es mejor así y lo sabéis, será menos doloroso llegado el momento...

Y el consejero decidió ponerse a su lado en el merlón compartiendo la relajante visión de un cielo recubierto por nubes animadas que dibujaban extrañas formas conforme se perdían en la lejanía.

—Puedo vivir sabiendo todo lo que se ha desencadenado con mis decisiones y estoy preparado para pagar el precio convenido, pero no podré soportarlo si uno de los míos sufre las consecuencias por ello
—expresó su mayor temor.

Capítulo 16

REMORDIMIENTOS

Alexander tras horas cabalgando se encontró con Itoba en el despejado horizonte. El pequeño poblado le indicó que aún se encontraba a mitad de camino de Koldire.

—Vamos, chico —animó a su caballo a continuar.

El animal obedeció, pero a los pocos metros se trastabilló bajando por una ladera y ambos cayeron rodando por la pendiente. Sin mayores consecuencias que las propias provocadas por el susto, se levantó y ayudó al corcel a hacer lo mismo.

—Tranquilo —se percató de la agitada y fatigada respiración del animal y lo calmó con unas suaves caricias—. Tomaremos un descanso.

Alzó la vista al cielo y por primera vez en toda la mañana notó la fuerza con la que estaba golpeando el sol y como el ambiente era seco y asfixiante. Su vehemencia lo había despistado y ahora no le quedaba más remedio que hacer una parada que no había planeado.

—Pronto podrás recuperar las fuerzas —respondió al extasiado relincho del caballo tras agarrar las riendas y reanudar el camino a pie hacía el pueblo.

Deseó que el animal insistiese con sus apagadas quejas, pero no lo hizo y las suplicas de la mujer en el puente volvieron a reclamar su atención como un molesto eco que sabía que no desaparecía y que se había unido a tantos otros que lo acompañaban desde su estancia en Ahn. Y eran precisamente esos otros remordimientos los que alimentaban su mayor temor: ¿era él el verdadero responsable de lo que estaba pasando? Tener la incertidumbre de que sus actos podían ser los verdaderos desencadenantes de las tragedias sufridas en Carvatia, Arvec y Viken se estaba convirtiendo en una pesada carga que llevar sobre los hombros.

2

—Buenos días —Adela la saludó con cortesía y cercanía desde el quicio de la entrada—. Llevo un buen rato buscándote.

—Os pido disculpas por haberos hecho perder el tiempo entonces —respondió Sarah con actitud amistosa.

—La que se tiene que disculpar soy yo. Hubiera ordenado que te preparasen algo más elaborado de saber que tenías hambre —entró para

ir a su encuentro—. ¿Qué clase de anfitriona soy que ni a mi invitada tengo atendida?

La princesa de Sulán se encontraba disfrutando de un plato de fruta en el comedor del castillo.

—No digáis eso. Siempre he sido mala huésped y de comer a deshoras —cuchicheó con una sonrisa saboreando un pequeño racimo de uvas.

—¿Puedo? —la reina quiso sentarse a su vera.

—Por favor —accedió de buena gana.

La palabra correcta para definir el comedor era: ostentoso. Algunos arreglos florales, escogidos con mimo por la mismísima reina después de cada homilía diaria y puestos con minuciosidad por las doncellas, adornaban una cuidada mesa de madera y el resto de la estancia junto a tapices de colores suaves que llenaban las paredes y resplandecían, con falsa modestia, cuando los candelabros de plata iluminaban el lugar a horas nocturnas con la ayuda de la pequeña pero trabajada chimenea encargada de mantener una temperatura agradable en el ambiente.

—Quería darte esto —posó una pequeña bolsita de piel en la mesa a su alcance.

Sara miró la bolsa con curiosidad.

—No tenéis que hacerme regalos.

—Acéptalo, por favor.

No necesitó más para convencerla y abrió el presente con una pequeña ansia mal disimulada descubriendo unos pequeños pendientes brillantes.

—¡Son preciosos! —exclamó mientras los sostenía en la mano.

—Forman parte de una exclusiva colección que yo misma encargué al orfebre de la ciudadela —expuso con orgullo al ver la reacción de la princesa—. Son un obsequio por aceptar nuestra invitación en estos tiempos tan difíciles.

—Lo siento, pero no puedo quedármelos —intentó devolvérselos.

—Por favor, te ruego que lo hagas —insistió—. Son un detalle que no te pude dar anoche por motivos más que evidentes.

Sarah los volvió a mirar embelesada por su resplandor.

—Entonces no puedo rechazarlos —decidió ponérselos para deleite propio—. Sería una afrenta no hacerlo.

—Te quedan muy bien —se congratuló Adela.

La princesa sonrió satisfecha con el halago.

—¿Mi Señora quiere comer algo?

Una doncella interrumpió la charla con su presencia.

—No, gracias, Maida. Esperaré a la comida. Puedes retirarte.

La sirvienta, una mujer mayor con el pelo escaso y blanquecino y el semblante serio, abandonó el comedor con educación volviendo a dejar a solas a las mujeres.

—Sin pretender resultar ofensiva, me sorprende que en el actual estado en el que se encuentran vuestras tierras os concentréis más en tener contenta a una invitada que en esos avatares —expuso con malicia.

—Por desgracia, hoy en día, evitar una guerra es mucho más sencillo que erradicar la hambruna —filosofó con tristeza—. Para lo primero sólo necesitas evocar al sentido común de las personas, para lo segundo que tus plegarias sean escuchadas.

—Fascinante punto de vista —admitió impresionada mientras volvía a disfrutar de las uvas—. Equivocadas pero interesantes palabras.

Adela se sorprendió con su réplica.

—Sois una gran mujer y espero, con suerte, parecerme aunque sea un poco a vos en el futuro, pero vuestra lealtad para con vuestro esposo os está haciendo perder el sentido común —añadió con tal contundencia que la propia reina se sintió ofendida—. No me malinterpretéis, por favor —reparó en su reacción—. Esto no es un ataque, jamás se me ocurriría y menos después del trato que me estáis dispensando desde mi llegada, pero ambas sabemos que un buen rey antepone el bien común al propio.

—Creo que es mejor que dejemos aquí la conversación —Adela, queriendo eludir lo que entendía eran provocaciones, se levantó para abandonar el comedor.

—Lo de Galawent fue una tragedia...

La mención de la princesa hizo recordar a la reina como dos años atrás el pequeño poblado fue reducido a cenizas por mandato de su esposo cuando los primeros indicios de peste se empezaron a hacer presentes entre los lugareños. Polémica y convulsa resolución que estuvo motivada por la presión ejercida por los nobles por miedo a una posible expansión de la epidemia.

—Y no me quiero ni imaginar lo difícil que tuvo que ser hacer frente a eso —Sarah se levantó queriendo ser escuchada antes de que la reina desapareciese por la puerta.

La propia Adela junto a su marido se habían trasladado a Galawent tras el fatídico desenlace para ofrecer consuelo a los supervivientes. Condescendencia que no fue bien recibida por nadie al ser entendida como una falta de respeto y que motivó que la mayoría de los supervivientes decidieran emigrar hacia el norte en busca de un nuevo comienzo. La empatía que generó su marcha y la polémica actuación de la corona implantó la semilla del odio: Milos, Varol y Dhota se erigieron con el paso de las semanas como las voces discordantes contra la familia real.

—Pero las decisiones posteriores, las tomadas con la cabeza fría... —la princesa prosiguió con su alegato mientras se acercaba a ella—. Son esas las que os han condenado con los vuestros y lo sabéis al igual que yo.

Con los primeros brotes rebeldes, y bajo las órdenes de Mathias, las tropas se trasladaron al norte para perseguir y castigar a todos cuantos se atrevían a señalar a Maximilian como un asesino.

—Sarah, admiro tu franqueza y tu idealismo, pero no te atrevas a hacer juicios de valor —su simpatía desapareció al tiempo que se giró para contestar.

—Detuvisteis el hostigamiento cuando os disteis cuenta de que vuestros actos os estaban perjudicando en vez de beneficiando —insistió con perseverancia—. Y decidisteis iniciar una inexplicable campaña en Ahn, en la que ni vosotros mismos confiabais, para desviar la atención general y devolver las aguas a su cauce... ¡estabais tan desesperados que hasta utilizasteis a vuestro hijo menor!

La reina no pudo reprimir el impulso y le propinó una fuerte bofetada.

—Si hoy en día no habéis sido derrocados por vuestra propia gente es porque Alexander consiguió algo tan épico en las tierras del sur que le devolvió la fe a una población que ya había dejado de creer —pronunció con mucha entereza recuperándose del golpe—. ¿Queréis recuperar la confianza de los vuestros?, entonces dejados de perseguir y señalar a la gente que reniega de vosotros y preocuparos por la gente que aún lo hace... ¿queréis evitar el inicio de la guerra contra mi padrastro?, pues

dejaros de regalos y pedir a los Dioses que lo maten porque esa es la única manera en que lo conseguiréis.

Adela se marchó sin decir nada más.

—¡Os devolveré los pendientes si así lo queréis! —quiso volver a llamar su atención mientras se maldecía por no haberse sabido controlar.

Capítulo 17

ITOBA

Situado a escasos kilómetros de los acantilados del sur que bordeaban el mar por toda la costa, Itoba era un lugar que apenas contaba con unas pocas decenas de habitantes conocidos por mostrar un carácter retraído y poco amistoso para con las visitas...

Alexander, sin necesidad de tirar de las riendas de su caballo que lo seguía sin oponer resistencia, atravesó los cultivos situados en la periferia comprobando como las lluvias torrenciales sufridas semanas atrás aún dejaban notar sus catastróficas consecuencias. Había sido tal la cantidad de agua caída con las últimas tormentas que las cosechas se habían echado a perder y la tierra permanecía anegada para disfrute de moscas y demás insectos que bailaban sobre los mugrientos charcos donde flotaban los alimentos en descomposición. Itoba estaba a un paso de convertirse en un nuevo Galawent.

Se adentró en el pueblo y paseó entre casas, en su mayoría abandonadas y que presentaban una dudosa firmeza debido al deteriorado estado del adobe o las piedras con las que habían sido construidas, hasta llegar a un pequeño abrevadero situado delante de lo que parecía ser una taberna. El caballo se apuró a apagar su sed y él decidió entrar para refugiarse durante unos minutos del molesto sol.

—Una jarra, por favor —sus ojos se fueron acostumbrando al contraste de la penumbra presente mientras el posadero le servía.

En el oscuro techo de paja un par de lámparas, formadas por grupos de velas prendidas, iluminaban unos barriles apilados al fondo del local y algunas de las mesas.

El posadero, un hombre con sobrepeso, rostro ceñudo y gesto malencarado se acercó con la demanda. Su agitada respiración confirmaba que no era persona de grandes esfuerzos.

—Una moneda —gruñó tras servirle.

Se desató una pequeña bolsa que llevaba anudada a la cintura y pagó acompañado por un silencio sepulcral del que se sabía responsable, pues sentía como los ojos de todos los allí presentes se encontraban fijos sobre él.

—Parece que va bien el negocio —quiso entablar una conversación.

—Podría ir mejor —exhaló sin prestar atención mientras seguía con sus quehaceres.

La figura de una de las personas allí presentes llamó su atención. Apartado del resto, un anciano se encontraba limpiando con un roñoso paño una de las mesas situadas al fondo del local cerca del fogón encargado de calentar el ambiente.

—Deberías de contratar a más gente —volvió a llamar la atención del tabernero haciendo alusión al viejo encorvado.

—¿Eladón? —entonó sorprendido por su interés—. No es mi empleado. Sólo es un pobre borracho que no tiene donde caerse muerto y viene a beber. Como no tiene dinero me ayuda a cambio de que le sirva alguna jarra de balde de vez en cuando —le contó su historia sin mucho énfasis sin dejar sus labores—. Cuenta que fue soldado...

Vio el brillo malicioso que desprendieron sus ojos con el último comentario que compartió con él.

—Triste que tratéis así a un soldado retirado entonces —no tuvo reparos en reprocharle su actitud sabiendo lo que iba a desencadenar su respuesta.

—Llévatelo contigo y dale el retiro que se merece —se atrevió a replicarle demostrando lo poco que lo impresionaba e intimidaba su presencia.

Sonrió, agarró la jarra, que no se veía demasiado limpia, y se dirigió al encuentro del anciano.

Al pasar por delante de las mesas ocupadas pudo escuchar los murmullos y adivinar las miradas de recelo que, sin duda, le estarían dedicando. Sabía que iba a tener poco tiempo antes de que alguno de esos hombres se envalentonase contra él. El movimiento rebelde estaba muy presente en Itoba. El abandono de los nobles en busca de mejores lugares donde aumentar sus riquezas y la emigración de las familias con niños o ancianos a su cargo para poder prosperar sentenció a una comunidad que vio como el libre albedrío entre los habitantes que se quedaban convirtió Itoba en una especie de pueblo sin ley. Un lugar donde los soldados que tenían que ir a diario para salvaguardar la paz evitaban visitar y que limitaban sus rondas a simples y cortos paseos por los alrededores.

—Con tu permiso me voy a sentar. Si gustas puedes acompañarme —le propuso al viejo a su llegada con un tono amigable.

Visto de cerca, el hombre, vestido con ropajes harapientos, tenía un aspecto muy desagradable y sucio. Una espesa barba blanquecina cubría un arrugado, agrietado y macilento rostro y ocultaba de manera parcial

varias cicatrices que sin duda eran un claro indicativo de su pasado militar. Sus ojos apagados desprendían un halo de inferioridad y temor que lo sorprendió sobremanera.

—Por favor, seguro que te podrás tomar un descanso —no podía perder el tiempo, pero su imagen y su pasado habían despertado su curiosidad—. Además, no me gusta beber solo.

El anciano, dubitativo y receloso, se sentó en una de las desvencijadas banquetas.

—No sé qué te ha traído hasta aquí, pero cualquier noble causa que lo haya hecho es mejor que la olvides —las primeras palabras que salieron de su boca fueron para advertirlo—. Este lugar está condenado.

Alexander reparó en los temblores involuntarios de sus maltrechas manos. Entendía a la edad como responsable, pero sabía que no era la única causante.

—El posadero me ha dicho que fuiste soldado... —hizo caso omiso de su advertencia.

Eladón le hizo un gesto para que se acercase y poder compartir algo con él.

—Yo pertenecí al ejército de Ingham por más de treinta años —presumió en voz baja.

—No creo que sea algo que haya que ir ocultando —le sorprendió su cautela para confirmarlo.

—No me malinterpretes —se apuró a rectificar—. No es vergüenza, es prudencia. La actual situación no invita a un viejo como yo a recordar días pasados por más gloriosos que éstos hayan sido.

—¿Puedo saber qué hace un soldado retirado mendigando en un tugurio como éste? —su interés para con él no hacía más que aumentar conforme lo escuchaba.

—No busco ningún tipo de condescendencia —se puso a la defensiva ante su insistencia.

—Ni yo la he ofrecido. Sólo tengo curiosidad —concedió con fingida indiferencia—. ¿No tienes mujer o hijos?

Eladón se negó a contestar, pero pudo ver como su gesto se transformó

con su pregunta. La pena inundó sus ojos.

—Toma... —le ofreció la jarra—. La he pedido para ti.

De primeras se negó a aceptar por orgullo, pero la tentación fue demasiado poderosa y acabó por ceder relamiéndose al cogerla. El primer sorbo fue tan largo que consiguió apaciguar los llamativos temblores de sus manos.

—Y esto también —se desató la pequeña bolsa con dinero, la posó en la mesa y se la acercó—, pero con una condición: sal de aquí, busca a los tuyos y enmienda cualquier error que hayas cometido para que te dejen volver con ellos.

—¿Por qué haces esto?

—Nadie que haya defendido los intereses de mi familia durante tanto tiempo se merece acabar así sus días —argumentó convencido.

El viejo no supo cómo reaccionar.

—Muchachos...

Uno de los hombres que permanecía sentado en una de las mesas decidió interrumpir la conversación.

—Algo muy malo hemos tenido que hacer para que el mismísimo capitán del ejército nos deleite con su presencia.

—Cálmate, Resah, no quiero líos aquí dentro —intervino el tabernero.

—Tranquilo —lo apaciguó con altivez al tiempo que se levantaba y se dirigía hacía ellos.

Unos pómulos afilados y una barbilla hendida resaltaban, junto a un poblado bigote a juego con su alborotada cabellera castaña, en el rostro de una auténtica mole.

—Al final va a resultar que no eres tan inútil como pensábamos —se sentó al lado de Eladón.

El anciano se limitó a agachar la cabeza.

—Gracias a ti tenemos la oportunidad de compartir mesa y conocer en persona al héroe del imperio.

Alexander, sentado frente a él y con gesto sereno, no le quitó los ojos de encima demostrando que, al contrario que al viejo, no le amedrentaba en

absoluto.

—Por las historias que he oído de ti te hacía mucho más grande —se mostró decepcionado—. Ahora ya sabemos que los rumores sobre tus hazañas no dejan de ser cuentos para niños.

—Sé quién eres y he escuchado cosas, pero hazte un favor y vete antes de que sea demasiado tarde... —Eladón lo apuró a marchar.

—¿Por qué le dices eso?, ¿acaso quieres que se forme una mala impresión de nosotros? —Resah posó una de sus bastas y callosas manos sobre su hombro apretando y haciéndole daño—. No dejamos de ser humildes campesinos honrados con su visita.

Eladón no tardó en quejarse dolorido.

—Déjalo en paz —fueron las primeras palabras que le dirigió sin siquiera parpadear.

—¡Ja ja ja ja!, ¿lo habéis escuchado?

Los demás hombres que seguían la conversación con interés desde sus asientos no tardaron en compartir su risa bravucona.

—Me ha dicho lo que tengo que hacer.

Y lejos de hacerle caso, apretó con más fuerza el maltrecho hombro del viejo.

—Hace tiempo que dejé de ser un hombre que recibe órdenes, por muy poderoso que se crea quién me las da... —gruñó apretando la mandíbula—. Y por cierto, esto me lo quedo —arrancó la bolsa con las monedas de la frágil mano del anciano—. Ya era hora de que la corona ayudase a este pueblo.

—Devuélveselo —siguió sin apartar la mirada y con el mismo tono calmado.

—Por si no lo has notado a tu llegada, Itoba ya no es lo que era —soltó al viejo y acercó su banqueta a la suya—. Muchos otros como tú han venido antes... más grandes e imponentes —de cerca su aliento apestaba a alcohol—. Y todos acabaron de la misma manera... huyendo tan rápido como sus piernas les permitían.

Pero algo inesperado pasó. Según acabó de lanzar su amenaza velada y gracias a la cercanía, Alexander actuó. Con un rápido movimiento, le agarró de la cabeza y lo golpeó contra la mesa. Fue tan violento el golpe que Resah cayó al suelo medio inconsciente para sorpresa del resto de

presentes. Las risas desaparecieron de golpe.

Alexander, sin perder la calma de su gesto ni levantarse de su asiento, fijó la mirada en los compinches de Resah que iban a reaccionar como acto reflejo, pero que se lo pensaron dos veces al ver el brillo que desprendían sus ojos.

—Será mejor que me vaya... —le devolvió la bolsa a Resah al tiempo que se levantaba—. Ya he perdido mucho tiempo aquí.

Eladón, al igual que los demás, no era capaz de salir de su asombro por lo que acababa de ver.

—¡Espera!

Lo detuvo cuando se encontraba en el umbral de la entrada y su sombra era una gran figura alargada en el suelo gracias al contraste con la luz del exterior. Con toda la rapidez que le permitían sus castigadas piernas, se acercó junto a él e intentó hacer una reverencia.

—Conmigo eso no es necesario —le agradeció la intención—. Soy un soldado al igual que lo fuiste tú en su día.

Una vez fuera, y cuando iba a recuperar las riendas de su caballo, algo llamó su atención. La imagen de una anciana desplomada sobre el polvoriento suelo permanecía invisible para el resto de habitantes que se habían acercado hasta la entrada de la taberna atraídos por su presencia.

—Apartaos —hizo a la gente a un lado y se dirigió junto a ella.

La cogió en brazos y se la llevó junto a la sombra de un pequeño aljibe para ayudarla a beber un poco de agua.

—No es buena idea —Eladón apareció a su lado.

Alexander, gracias a la advertencia, descubrió el estado enfangado del agua y abandonó su idea inicial.

—La prosperidad ha abandonado Itoba —al viejo se le escapó una sonrisa lastimosa.

Capítulo 18

DECEPCIÓN

Maximilian y Adela degustaban los últimos restos de una tensa comida. Solos. Sin más compañía que la que ofrecían las doncellas cuando eran requeridas para retirar algo, compartían silencios incómodos como una pareja de desconocidos.

—No puedo entender que puedas estar tan tranquilo cuando todo tu mundo se está desmoronando ante tus ojos —increpó animada por las hirientes palabras de la palabra de Sulán.

Minutos antes, al comienzo de la comida, una brusca interrupción enturbió todavía más el ambiente requiriendo la apurada marcha de Mathias.

—Primero raptan a una muchacha delante de tu hogar y dejas que tu hijo pequeño se haga cargo; después me entero por boca de Isaías, no tuya, que Dionne ha sido destronada y está en graves problemas... y para acabar llegan noticias de que Viken ha sido atacado y mandas a tu hijo mayor —enumeró las recriminaciones con tono severo—. ¡Ten la decencia de decirme a la cara que está pasando! —explotó—. ¡No me trates como a los demás!, ¡a mí no!... ¡no te atrevas a hacer eso!

El rey, harto de desplantes y acusaciones, masticó con rabia la comida que aún tenía en la boca.

—¡Quiero respuestas! —exigió ante su parsimonia.

—¡Son hombres ya, Adela!, ¡por más que te niegues a verlo han crecido! —alzó la voz sin poder aguantar más—. ¿Te crees que no me gustaría salir afuera como en los viejos tiempos y hacer las cosas por mí mismo? —su profunda voz descubrió la impotencia que lo poseía—. ¿Te crees que disfruto viendo cómo tengo que delegar en ellos errores que he cometido yo?

—¿Y qué justificación tienes para tu actuación, mejor dicho no actuación en todo el asunto de Carvatia? —su cuestión expresó burla—. Porque desde que me he enterado sigo buscando una buena razón que te haya empujado a hacer lo que hiciste... y créeme, por más que lo pienso no encuentro ninguna —su decepción con él era notoria—. Y no te molestes en excusarte como hizo Isaías con la guerra. Ese no sería un motivo para no acudir sino una motivación para hacerlo.

Las doncellas que se encontraban fuera del comedor a la espera de nuevas órdenes cruzaban miradas silenciosas y apocadas por culpa de los

sonoros gritos.

—Hice lo que tenía que hacer —no le tembló la voz para contestar.

—¿Amparándote en qué? —le superó su insistencia y su derrotismo—. Siempre te he considerado un hombre leal y justo, y como tal dispuesto a asumir riesgos necesarios.

La miró por un segundo intentando recuperar la compostura. No quería entrar en una discusión sin retorno con ella.

—¿Cómo has podido dejar sola a la única familia de un buen amigo sin siquiera dudar? —lo retó a responder.

—Hay ocasiones en las que tenemos que tomar decisiones por muy dolorosas que estas sean o parezcan —tras un profundo suspiro se levantó de su asiento y se volteó hacia los ventanales buscando el raciocinio perdido—. Anoche, en la sala de los tronos, le intenté explicar a tu hijo mayor el proceder de un buen rey. No todo es lujo y alegrías y tú lo sabes mejor que nadie. Tenemos unos compromisos que cumplir y a veces esas responsabilidades chocan con nuestros ideales e intereses, pero aún así las tenemos que afrontar con objetividad.

—Entonces hazme entender porque ha sido una decisión correcta —su voz sonó cansada y con un toque de suplica.

—Sólo te puedo decir que hace mucho tiempo que dejé de ser un buen rey —musitó decepcionado.

Adela recibió con sorpresa e intriga la sorprendente respuesta de su esposo.

—¿La vida de una buena amiga se tambalea y tú no te dignas a ayudarla? —insistió ofendida.

—Lo que tienes que entender es que, por extraño que parezca, todo lo que he hecho ha sido por nuestros hijos y por ti —recuperó el discurso utilizado la noche anterior con su hijo.

—No quieras apagar tus remordimientos usando nuestras figuras para ello. Si has cometido un terrible error por lo menos ten la decencia de reconocerlo e intenta arreglarlo —le echó en cara su desafortunada actuación sin demostrar un ápice de compasión ni comprensión.

—Ojalá fuera tan fácil como hacer eso, pero hay decisiones con las que tenemos que convivir toda la vida —se giró y la miró a los ojos.

La reina guardó silencio y le devolvió una incrédula mirada. Sin poder soportarlo más, abandonó el comedor visiblemente enojada. No podía entender su dejadez. Sus excusas y su autocomplacencia la estaban sacando de quicio.

Capítulo 19

ITOBA (SEGUNDA PARTE)

—Ruego que disculpes el desorden —Eladón entró primero apartando varios cachivaches que había tirados por el suelo.

Tras darle a la anciana toda el agua de su cantimplora, el viejo lo había convencido para que lo acompañase con la promesa de conseguirle más agua para su viaje...

—¿Vives aquí?

Pero el estado cochambroso de lo que intuyó se había tratado alguna vez de una caballeriza y que ahora no dejaba de ser un espacio ruinoso le hizo entender que lo había engañado para retenerlo un poco más.

—Sé que no es digno de tu presencia, pero tengo una sorpresa para ti
—se volvió a disculpar mientras recogía un odre del suelo que aún tenía restos de vino.

Los pilares de madera que seguían en pie sosteniendo la estancia estaban carcomidos y el tejado tenía agujeros tan grandes que cabía un cuerpo por ellos.

—No me refiero a eso. Esto es una inmundicia, ¿cómo puedes vivir aquí?
—puso mucho cuidado de donde pisar.

Pequeños charcos, mal disimulados con restos de paja, descansaban en el suelo sobre los agujeros del tejado.

—No es tan malo como parece...

No era verdad.

—A todo se acaba acostumbrando uno.

Sintió lástima por él.

—Tú fuiste soldado... —lo empezó a ayudar a adecentar el lugar—. No entiendo cómo has podido acabar así.

—¡Oh no, por favor!, ¡no hagas eso! —quiso impedir que siguiera recogiendo.

En esas condiciones era imposible vivir.

—¿Llevas mucho tiempo aquí?

Un fuerte y nauseabundo hedor empezó a resultar insoportable con el paso de los segundos.

—Pues déjame que piense —se quedó un momento en silencio—. Cosas de la memoria ya se sabe... los años.

Alexander reparó en un detalle que antes, por culpa de la penumbra de la taberna, había pasado por alto: a Eladón le faltaban el dedo meñique y anular de su mano izquierda.

—Algo más de un año —esbozó una orgullosa sonrisa por ser capaz de recordar.

El viejo se percató de su mirada curiosa para con su mano.

—Gajes del oficio —bromeó moviendo los dedos restantes ante su atenta mirada.

No pudo evitar sonreír con el gesto.

—Cuéntame sobre ti... —animado por su actitud, quiso saber que lleva a un hombre a acabar así sus días.

—Tampoco te quiero aburrir con las historias de un pobre anciano —Eladón arrastraba los pies al caminar—. Tu aparición y tus regalos es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Debo de estarle agradecido a los Dioses por ello.

Le pareció increíble que en su actual situación aún tuviera presente la fe.

—Ya te lo dije antes, no soy diferente a cualquier otra persona —recordó con cierto malestar por el empeño.

Eladón lo miró en silencio durante unos segundos atraído por su declaración. Alexander, sin apartarle la mirada, no tardó en mostrarse incómodo al sentirse examinado. Molestia a la que el viejo puso fin con una sonrisa al tiempo que volvía a sus quehaceres.

—Tienen razón las historias que circulan sobre ti —reconoció con voz alta—. Eso es bueno... muy bueno.

—No deberías de creer en ese tipo de cosas. No son más que palabrería agrandada por el boca a boca. Soy un soldado, nada más... igual que lo

fuiste tú en tu tiempo —insistió.

—¿Cómo yo? Jo jo jo —lo volvió a mirar con interés mientras se reía con incredulidad por culpa de lo que acababa de escuchar.

Eladón estaba empezando a demostrar una serenidad de la que en principio parecía carecer.

—No me creo que no te interese lo que la gente piensa de ti —con dificultades se agachó y prendió fuego en una especie de espacio habilitado para ello con un eslabón y una piedra desgastada que tenía guardados con celo en su pantalón.

—Con sinceridad, siempre ha habido asuntos más importantes que atender —rebató convencido.

—¿Más importantes que saber las inquietudes y opiniones de tu gente? —puso al fuego una pequeña olla.

El puchero estaba abollado y oxidado.

—No quise decir eso —quiso rectificar.

—Sé lo que querías decir —sonrió al tiempo que le daba un trago al odre de vino—. Eres muy humilde para la posición que ocupas... —lo advirtió con confianza animado por el alcohol—. Incluso me atrevería a decir que demasiado.

—No sabía que eso pudiera ser algo malo —cada vez se sentía más cómodo en su presencia.

—Todo en esta vida es malo en exceso —replicó mientras removía la olla con un cucharón poco higiénico.

Alexander volvió a revisar el cuarto de arriba a abajo aprovechando que Eladón estaba concentrado. El lugar, apartado de las demás casas del pueblo, resultaba deprimente e inhóspito y lo invitó a imaginarse como de duro tenía que ser vivir, mejor dicho sobrevivir, día a día en ese pequeño espacio.

—¿Te puedo hacer una pregunta un tanto indiscreta? —Eladón retomó la conversación al tiempo que servía una especie de caldo en el único cuenco que tenía.

—Claro —accedió sin apartar la mirada del rincón donde una sábana roída y mohosa descansaba sobre un montón de paja.

—¿Por qué te molesta que tu gente te vea como algo más que un soldado? —le acercó el cuenco.

—Porque es una mentira —cogió el cuenco con incomodidad por tener que responder—. Estoy muy lejos de ser la persona que todo el mundo se cree que soy.

Eladón sonrió con su contestación.

—Ingham está condenada a desaparecer tal y como la conocemos... es irremediable —sentenció convencido—. Y no por la guerra que se avecina o la hambruna que está asolando y diezmando a cientos y cientos de familias allá donde los temporales no tienen piedad de las cosechas, sino porque la gente ya no cree en tu familia. El movimiento rebelde cuenta día tras día con más adeptos y llegará el momento en que, sea quién sea, el rey de estas tierras será destronado por el pueblo a no ser que se tome una decisión similar a la tomada en Carvatia hace veintiún años...

Su explicación relataba una realidad tan posible como inquietante.

—Pero tú conseguiste retrasar la llegada de ese momento haciendo algo imposible: devolver la fe a un reino asustado, cansado y harto. La gente encontró en tu figura esa esperanza que tanto habían echado en falta y tanto demandaban en los últimos tiempos —se notaba la admiración que desprendían sus palabras—. No te discutiré que puede que su devoción para contigo sea exagerada e injusta para ti, pero acéptame un consejo cuando te digo que nunca le quites a los tuyos la ilusión... porque esa es la sensación que mantiene vivo el espíritu de un imperio.

No supo que decir.

—Esa utopía es el motivo de porqué la religión es tan poderosa en nuestros días —continuó ante su falta de réplica—. Porque es la única esperanza a la que se pueden aferrar las personas en los difíciles tiempos que vivimos.

A Eladón se le notaba que estaba disfrutando con la conversación y su compañía.

—La gente siempre necesita creer en algo —perdió su mirada en el odre de vino que sujetaba mientras seguía hablando con un claro y poco disimulado tono melancólico—. Es una necesidad humana. Necesitan saber que hay algo más, algo que los protegerá en los momentos duros. La gente no recuerda a los Dioses mientras está feliz con su familia o amigos, acude a ellos cuando está en problemas o tiene miedo. Es como un acto reflejo.

Tomó el último sorbo de vino que quedaba en el odre.

—Siento no poder ofrecerte nada mejor, pero estoy seguro de que habrán pasado horas desde tu última comida... —se dio cuenta de que aún no había probado el caldo—. Y pensé que te gustaría volver a saborearlo.

—Distinguiría este aroma en cualquier parte —lo saboreó convencido.

—El famoso caldo de las noches de vigía —bromeó Eladón—. Una vez te acostumbras a su agrio sabor lo demás sabe a poco.

—¿No tienes a nadie? —no quiso demorar por más tiempo la gran pregunta.

El viejo vaciló. Alexander volvió a ver como el gesto de su cara cambiaba al tiempo que parecía recordar tiempos pasados y más felices que los actuales.

—Tuve mujer... Ina. La mujer más cariñosa y maravillosa que podrías conocer —relató con orgullo.

—¿Y dónde está ahora?

—Murió —suspiró—. Falleció hace dos años.

—Lamento escuchar eso —le brindó su más sentido pésame.

—Vivíamos en una humilde casa lograda con los esfuerzos de tantos años bajo el mandato de tu padre —apuntó con nostalgia—. Los últimos años a su lado fueron los más felices de toda mi vida. Teníamos lo justo para vivir, pero no necesitábamos más.

Alexander esbozó una pequeña sonrisa con sus palabras.

—Un día empezó a sentirse mal y lo que comenzó como una simple y molesta tos se convirtió en debilidad, mareos y fiebre con el paso de los días —su voz se fue apagando—. Mi sorpresa fue descubrir que no era la única con esos síntomas...

—Vivíais en Galawent —cayó apesadumbrado al adivinar el lugar.

Eladón afirmó con tristeza.

—Fui de los inconscientes que intentó hacerse oír sin éxito a la llegada del ejército —musitó avergonzado por tener que reconocerlo.

Su relato lo hizo volver al pasado en su cabeza.

—Y fue la primera vez que te vi en persona —se le escapó una pequeña sonrisa—. Estabas muy nervioso a pesar de que intentabas ocultarlo.

—Lo siento —fueron las únicas palabras que salieron de su boca.

El viejo suspiró agradecido.

—Es curioso lo irónico que puede llegar a ser el destino, ¿no crees?
—preguntó de manera retórica—. Más de media vida luchando por la corona para acabar enfrentándome a ella como un amotinado más.

La vergüenza se apoderó de Alexander. Las monedas y la cerveza dadas antes como simples detalles en busca de hacer lo correcto se sintieron como una burda broma una vez conocida esa parte de su vida.

—El resto de la historia ya la conoces así que no perderemos más tiempo recordando la peor tragedia acontecida en el reino en los últimos años —quiso sobreponerse, pero su voz aún se quebraba mientras seguía hablando—. Tu padre hizo lo correcto, no podía permitir que la epidemia se extendiera, pero no le puedes pedir a la gente que asuma perder a un ser querido sin más. Las creencias, la lógica... todo eso desaparece. Todo pierde sentido.

Alexander seguía buscando palabras de consuelo, pero no las encontraba. El silencio era su mejor discurso.

—La vida de todo hombre es un camino en el que a cada poco tiempo surgen bifurcaciones. Las elecciones que elegimos marcan nuestro destino... es algo que tenemos que comprender. Somos esclavos de nuestras decisiones, de nada vale lamentarse después —lo quiso volver a aconsejar viendo su impotente y pobre intento de consuelo—. Yo no seguí adelante tras la muerte de mi mujer —reconoció sin pudor—. Espero entre desprecios y borracheras que llegue el día en el que los Dioses me quieran llevar con ella.

Capítulo 20

DEVOCIÓN

—Espero que no nos tengamos que arrepentir del tiempo perdido...

La nueva recriminación de Edmund hizo sonreír a Tau.

—Llegaremos mañana a Koldire —le informó el soldado.

La marcha mantenía un ritmo constante pero lento para el gusto del monarca.

—Tomároslo con calma —Tau reparó en su ansiedad—. Deberíais de disfrutar del paisaje.

El verdor de las laderas y colinas lejanas se iba apagando poco a poco conforme avanzaban en dirección sudeste.

—No entiendes la gravedad de la situación —farfulló dolido por una calma que entendía como dejadez.

—Siendo un hombre cultivado como vuestra posición invita a pensar no imaginé que seríais tan precipitado —su voz, fuerte y confiada, hizo sonar sus palabras como una crítica mordaz.

—Después de lo que viste en Viken creía que mi exasperación sería compartida...

Tau hizo frenar a su montura y con ella la del monarca y la escuadra de hombres que los acompañaban.

—Se ha actuado como se tenía que hacer —no perdió las formas—. No nos podíamos ir de Viken sin dejar a los supervivientes bajo el cuidado oportuno y no podía acompañaros hasta saber la certeza de vuestro testimonio.

—Una suerte entonces la aparición del príncipe Mathias... —apuntó con resquemor.

—Cosa de Dioses —ni se molestó en ocultar el sarcasmo de sus palabras.

Edmund había sido testigo del incómodo y breve encuentro vivido entre ambos tras la inesperada aparición del heredero junto a una treintena de soldados y por su manera de actuar en su presencia entendió que había

pasado algo entre ellos, pero no era de su incumbencia ni interés.

—¿Acaso no te preocupa que tu capitán pueda estar en peligro?

La relajada sonrisa que le dedicó tras oír su pregunta lo sorprendió.

—Estará bien... —respondió sin más.

Sabía cómo era Tau porque había conocido a decenas de soldados como él antes. Hombres de pocas palabras e inquietudes pero con un excesivo sentido de la lealtad para con su superior después de demasiadas luchas compartidas y ganadas.

—¿Fuiste parte de la campaña de Ahn?

Su pregunta acabó con la relajada mueca del soldado.

—Sí. Formé parte del batallón que partió hacia las tierras del sur, ¿por qué?

—¿Tienen aquellas vivencias algo que ver con tu fe ciega en Alexander?

La réplica no gustó a Tau que no entendió qué se proponía incluyendo aquella pesadilla en la conversación.

—¿Qué habéis escuchado?

—Sólo las historias que circulan... —reconoció.

—No hagáis caso, no dejan de ser invenciones...

Para sorpresa de Edmund, y de los demás soldados, Tau renegó de ellas al igual que había hecho Alexander en su momento.

—¿Entonces cuál es la verdad?

Tau lo miró intrigado por su persistencia.

—Supongo que tenemos un largo camino por delante y será una manera de recompensar tanto retraso —accedió a complacerlo invitando a su caballo a reanudar la marcha de manera lenta—. Mi fe ciega en mi capitán, como la llamáis, está basada en mucho más que lo sucedido el año pasado. Aquello sólo reafirmó mi estima hacia él...

Tanto los otros soldados como el propio Edmund se apuraron a ponerse a su altura para escuchar la historia.

—Conozco a Alexander Volzac desde hace dieciséis años cuando apareció acompañando a su hermano y a su padre en una visita a las tropas apostadas por aquel entonces cerca de la frontera con Carvatia —se remontó a los inicios de su relación—. Se puso a las órdenes de su padre, y años después de su hermano, como un soldado más sin tener porqué y sabiendo que no era necesario para asumir el cargo cuando llegase el momento. Nunca quiso tratos de favor, ni nunca se los ofrecimos. Aguantó las mismas bromas y realizó las mismas tareas denigrantes que realiza cualquier soldado a su llegada al ejército. Se hizo un hombre y un nombre entre nosotros ganándose el respeto que se le profesa hoy en día durante estos dieciséis años día a día...

El monarca prestaba toda su atención al orgulloso discurso de un hombre que había sustituido cualquier atisbo de dureza en su mirada por convicción y orgullo en su voz.

—Hace un año, con lo ocurrido en Galawent aún presente en las tertulias de todo el imperio, el movimiento rebelde en su lucha particular contra la corona en su máximo apogeo y los primeros acercamientos del ejército de Sulán a las tierras de Carvatia, todo un batallón de seiscientos hombres fue mandado por orden real a combatir a los etreos bajo su mando...

La ligera brisa que movía las briznas de hierba que los caballos pisaban a su paso apenas ayudaba a mitigar la terrible sensación de calor que los acompañaba.

—La orden basaba su celeridad en las repentinas y repetidas incursiones de éstos en las inmediaciones de Orv...

—¿Orv?

—Un poblado situado al sudoeste de Nighem y muy cercano al estrecho que separa ambas tierras —explicó Tau.

La breve aclaración relajó un rostro donde una ligera barba canosa, a juego con su pelo corto y graso, escondía las arrugas propias de la edad.

—Fue una medida sorprendente teniendo en cuenta que nunca se había tenido constancia de esas incursiones —decidió ir a la parte interesante de la historia—. Sin cuestionar las órdenes a pesar de las dudas, varios navíos partieron rumbo a las áridas tierras del sur. El número de soldados enviados hacía presagiar que no tendríamos mayor dificultad para hacer frente a la empresa a la que se nos enviaba —hizo una pausa en la narración provocada por los recuerdos—. El problema es que los cálculos que se hicieron desde Nighem no fueron correctos...

—¿Resultaron escasos seiscientos de los mejores hombres de Ingham

para hacer frente a los etreos?

—El temor entre las coronas hacía ellos estaba más que justificado —hizo resaltar sus labios finos al apretar la mandíbula por culpa de la rabia—. La realidad nos golpeó en la cara cuando vimos como las primeras avanzadillas caían a su encuentro de manera brutal y sin compasión. No eran personas. Eran animales, demonios si lo preferís, pero lo que allí nos hizo frente no eran seres humanos...

Los soldados que los acompañaban eran jóvenes y, por suerte para ellos, no habían estado en Ahn, pero sus caras se veían intrigadas. Habían oído historias...

—Se subestimó a un enemigo que se alimentaba de los muertos en el mismo campo de batalla...

Un fuerte escalofrío recorrió el cuerpo de todos los oyentes.

—De los seiscientos que fuimos, volvimos poco más de sesenta. Y muchos, como yo, volvimos gracias a él...

La figura de Alexander volvió a tomar protagonismo.

—Antes me preguntasteis por la veracidad de las historias que se cuentan en torno a él y lo ocurrido allí y os dije que eran invenciones...

—recordó—. Pues lo reafirmo porque no hay ninguna por muy fantástica que sea que se acerque remotamente a lo que él hizo allí. Decir que Alexander Volzac derrotó él solo a los etreos puede sonar exagerado, pero los que estuvimos allí con él y tuvimos la fortuna de regresar sabemos que es la verdad.

Edmund, sorprendido y decepcionado por un testimonio más propio de un fanático que de la realidad que esperaba descubrir, se quedó impresionado con las reacciones que estas palabras provocaron en el resto de los soldados. Sus gestos y actitudes, anteriormente inquietos, ahora se veían confiados. El relato había tenido un efecto tan inspirador sobre ellos que estaba convencido de que enfrentarían a la mismísima muerte en ese momento de tener que hacerlo. Las palabras dedicadas por Tau eran como una especie de oda al heroísmo. Una leyenda que presentaba a Alexander Volzac como algo más que un hombre en un tiempo en el que la fe y la esperanza escaseaba entre los suyos. No envidiaba el tener que cargar con ese peso sobre los hombros.

Capítulo 21

CONVENCIMIENTOS

—Después de ver con mis propios ojos los restos de Viken tengo que reconocer las similitudes del asalto con los descritos anoche por Edmund y el sufrido en Arvec hace cuatro días...

Mathias, recién llegado, compartió las malas noticias.

—Podimos controlar lo de anoche, pero una vez esto sea conocido tendremos un grave problema —advirtió a su padre convencido.

El rey, sentado en su trono, cruzó su mirada con la de su consejero. Isaias se encontraba detenido a los pies de las gradas.

—¿Qué se sabe de tu hermano?

—El propio Edmund me dijo que partió rumbo a Koldire para encontrarse con Dionne.

La respuesta del heredero inquietó a ambos hombres.

—¿Solo?

A Mathias le sorprendió la osadía del consejero para tomar la palabra y la falta de réplica por parte de su padre.

—El monarca también me contó que tuvieron un pequeño desencuentro y Alexander decidió seguir por su cuenta dejándolo atrás... —completó su puesto al día—. Ahora mismo él y un pequeño grupo de soldados, entre los que se encuentra el segundo de Alexander, van a su encuentro.

Ahora fue el consejero el que miró al rey. La silenciosa conversación que estaban manteniendo no pasó por alto para el príncipe.

—Sin pretender resultar ofensivo, entiendo que la situación de Alexander os parece a ambos mucho más preocupante que el hecho de que la gente de Marcus se haya atrevido a profanar nuestras tierras —expuso, con toda la cautela que le permitió su cada vez menor paciencia, sin querer que su carácter impetuoso le impidiese averiguar que le estaban ocultando.

—Nada ha cambiado.

Los segundos de reflexión que mantuvieron en silencio a su padre y su

posterior respuesta soliviantaron la desesperación de Mathias.

—Padre, conocéis mi profundo respeto y admiración hacia vos, pero mi paciencia tiene un límite en cuanto a mentiras, aunque estés vengas de mi padre y rey —quiso dejar bien clara su posición y manera de pensar sin alzar la voz.

Maximilian se vio sorprendido por la réplica de su hijo. Era una nueva y desagradable falta de respeto.

—Me asusta vuestra dejadez —el heredero fue sincero.

—Y a mí me empieza a preocupar tu enfermiza obsesión por iniciar la guerra —lo enfrentó.

—Mi única obsesión es el bienestar de mis tierras... y cómo ya os dije anoche haré lo necesario para conseguirlo —recordó con autoridad.

—¿Te atreverías a desobedecerme? —quiso descubrir hasta dónde sería capaz de llegar.

—Sólo hago lo que me enseñasteis, padre —se mantuvo firme—. Y gracias a esos ideales estoy en posición de afirmar que Marcus se ha empezado a mover, aunque vos sigáis empeñado en exculparlo.

Tanto rey como consejero se vieron sorprendidos por la revelación.

—¿Dispones de información que nosotros desconozcamos?

—Tras la retirada de las tropas de Carvatia tuve a bien mantener un pelotón de mi confianza infiltrado que ha reportado movimientos sospechosos cerca de Zugara —su voz desprendía una confianza casi insultante—. Marcus está aprovechando que los nuevos mandatarios de Carvatia están centrando toda la atención y fuerzas contra los independentistas en su frontera este para infiltrarse por el sur. Está moviendo sus piezas, Edmund tenía razón.

Maximilian no supo qué decir.

—Os dejaré a solas. Creo que tenéis mucho de lo que hablar con vuestro consejero —se dispuso a abandonar la sala de los tronos—. Sólo espero que empecéis a actuar como el líder que fuisteis una vez... o me veré obligado a asumir las responsabilidades que vos os negáis a tomar.

Con la amenaza de su hijo aún flotando en el ambiente, Maximilian se levantó de su trono y empezó a caminar por la sala intentando serenarse.

Isaias mantenía sus ojos clavados en él.

—¿Y si nos hemos equivocado en todo esto y es verdad que se trata de una estratagema de Marcus?

Isaias recibió su pregunta con sorpresa. No por la cuestión en si, pues la duda era más que razonable viendo hacía donde apuntaban todos los descubrimientos, sino por lo que implicaba.

—Os conozco demasiado bien como para saber que ahora mismo habla el miedo y no la coherencia —argumentó convencido el consejero.

—Mi hijo tiene razón. Para el imperio la mayor preocupación en estos momentos es la guerra, no mis dramas personales —cedió avergonzado.

—Entonces haceros a un lado y abdicar —usando la sensatez que lo caracterizaba, le dio la solución a su quebradero de cabeza—. Igual de ridículo es pensar que Marcus conoce la historia y ha organizado toda esta trama para despistarnos, como pensar que nos libraremos de lo que hicimos. Han pasado siete años y es momento de pagar el precio que nos corresponde.

Capítulo 22

AFLICCIÓN

Helena, sentada en las escaleras de la torre del homenaje, observaba como el sol desaparecía más allá de las colinas.

—Resulta cansado, ¿verdad? —la reina salió del interior de la torre del homenaje y fue a su encuentro.

—¿Perdón? —sonrió al tiempo que se levantó de las escaleras para recibirla.

—Estar vigilada durante todo el día —aclaró a su llegada—. Sentirse observada en cualquier momento es... agotador.

Una decena de ojos permanecían vigilantes a sus movimientos desde las almenas.

—Es por nuestro bien —justificó la decisión tomada por el rey.

—Pues si de verdad piensas así no creo que te guste la decisión que he tomado sin consultarte...

Adela alzó la mirada hacía los muros y los soldados se retiraron sin más.

—Veo que habéis echado mano de vuestro status —compartió entre risas cómplices.

—De que me vale ser reina si no uso mi poder en mi favor cuando puedo hacerlo —con una gran sonrisa la agarró del brazo y la invitó a bajar las escaleras.

—¿Adónde nos dirigimos? —aceptó acompañarla de buen grado.

—Voy a la capilla —respondió—. Estoy agitada por culpa de los últimos acontecimientos y he hecho llamar al sacerdote que ha tenido a bien venir a verme a pesar de las horas que son.

El resto del camino hasta llegar a la entrada del sagrado lugar lo hicieron en silencio disfrutando de la compañía mutua. En el quicio de la puerta, Adela se bendijo antes de entrar. Acción que no repitió Helena.

—No hagas nada que no quieras —la reina se percató de su incomodidad.

Conocía su pasado y la causa de su falta de fe. El fatídico desenlace sufrido por su madre era el responsable de la postura tan orgullosa y

criticable a ojos de la prelatura.

—Gracias —se relajó agradecida.

Suplicar entre rezos a los pies de la cama día tras día mientras veía a su madre consumirse por culpa de una enfermedad que no tenía cura era la causa de su ateísmo. Los Dioses no la habían escuchado cuando más los había necesitado.

—Pero antes de que te marches... —la detuvo cuando ya se disponía volver sobre sus pasos hacia la torre del homenaje—. Te noto distraída... y ahora que te miro bien, pareces agotada.

—El sacerdote os aguarda —esbozó una pequeña sonrisa intentando disimular su rostro apagado y ojeroso y hacer de menos su comentario.

—Esperará, soy la reina.

—Últimamente no paso buenas noches —reveló sin querer entrar en más detalles.

—Haré que te miren —Adela se mostró preocupada por sus palabras y le pasó la palma de la mano por la frente.

—No es eso —se apuró a tranquilizarla retirándole la mano con medida.

—¿Problemas con Alexander?

La pregunta la puso en alerta sin pretenderlo. Por un momento se sintió descubierta y vio la conversación como una trampa planeada. Recelosa, la miró intentando averiguar en sus ojos si su perspicacia era real o se trataba de una mala reacción de su arrepentido subconsciente.

—Desahogarse nunca viene mal... —entendió que había acertado en su suposición ante la falta de respuesta.

—Estoy bien, de verdad —mintió.

Adela no se la terminó de creer.

—De acuerdo —le atusó la melena como gesto cariñoso—, pero recuerda que siempre estaré para ti cuando me necesites.

Sabía que tratar con Helena era complicado. Había que ir con cautela cuando se intentaba, pues la princesa poco necesitaba para encerrarse en sí misma.

—Gracias —agradeció su preocupación—. Volveré a mi aposento e intentaré conciliar un poco de sueño antes de cenar.

Adela posó la mano sobre su mejilla acompañando el gesto con una maternal sonrisa. Helena le cogió la mano y se la besó antes de retirarse.

Capítulo 23

ITIBA (TERCERA PARTE)

Despertó asustado, sudoroso y con la respiración agitada. Tardó unos segundos en ubicarse hasta que se descubrió sentado sobre el deprimente montón de paja.

—¡Maldita sea!

El sol había desaparecido y la claridad de la noche envolvía todo a su alrededor. Había perdido demasiado y valioso tiempo así que buscó a Eladón entre la oscuridad para despedirse, pero no lo encontró y decidió ir en busca de su caballo para reanudar la marcha.

—¿Qué pasa, chico?

Al salir al exterior se encontró a su caballo atado al mismo poste al que lo había dejado horas antes, pero algo no estaba bien. El animal se veía inquieto a pesar de la aparente calma que los acompañaba. Nerviosismo que no tardó en padecer en sus propias carnes cuando, su cabeza, le hizo reconocer ese silencio. Era el mismo de Ahn. Aquella siniestra falta de sonidos que alertaba de que algo malo iba a pasar y que no tardó en corroborar cuando escuchó unos sobrecogedores gritos procedentes de no muy lejos de donde se encontraba. Las voces describían miedo y angustia.

—¡Nos atacan los soldados!

Recuperó el control sobre su cuerpo y echó a correr hacía el origen de los gritos atravesando con decisión cuanta oscuridad salía a su paso y no tardó en cruzarse con las primeras personas que huían despavoridas en dirección contraria.

—¡Nos atacan los soldados!

Uno de los secuaces de Resah tropezó con él en su intento de huida. Tras reconocerlo, y sin decir nada más, prosiguió con su espantada. Lejos quedaba la fanfarronería demostrada horas antes.

—¡Ayuda!

La desgarradora voz de una mujer atrajo toda su atención y vio como ésta luchaba, a lo lejos, por zafarse de una armadura oscura que intentaba meterla a la fuerza dentro de un carruaje negro. El padre de Viken les

había dicho la verdad.

Espoleado por el deseo de encontrar a todas las desaparecidas y la necesidad de rescatarlas, se lanzó en su ayuda. Cuanto más se acercaba a ellos, más cambiaba el decorado presente. Tres hombres con las indumentarias de sus tropas prendían fuego a todo lo que se encontraban a su paso mientras que el cochero permanecía impasible al mando de los caballos. Sin mover un sólo músculo, como si de una estatua se tratase, portaba el blasón de su familia y una extraña y macabra máscara con un llamativo y poderoso pico cubriéndole por completo el rostro.

Sin prestar atención a los detalles ni evaluar los riesgos, se abalanzó sobre la armadura con un fuerte placaje para derribarlo. Momento que aprovechó la mujer para intentar ponerse a salvo.

—¿Quiénes sois? —se levantó todo lo rápido que pudo y desenvainó su espada.

Asiendo con firmeza su acero observó como su enemigo se levantaba con bastantes dificultades del suelo. La armadura, que parecía muy pesada, era negra como el carbón, pero no se parecía a la que había visto en el puente. Ésta, una vez puesta en pie y sin pronunciar una sola palabra, descubrió una maza de púas que empezó a balancear para atacar. La maza producía un grave ruido al agitarse. Sonido que demostraba su peso. Sin duda un ataque certero de esa arma acabaría con cualquier hombre.

Mientras el enfrentamiento estaba por suceder, los soldados presentes seguían prendiendo fuegos a su paso. Los lugareños que todavía permanecían en sus hogares se veían obligados a abandonarlos si querían seguir con vida.

Alexander empezó a esquivar sin muchos problemas los primeros ataques que recibía mientras buscaba un punto débil donde asestar un golpe con el que poder derribar a su contrincante. La dificultad para mover la pesada maza, a pesar del gran tamaño de su enemigo, era su principal aliado.

Un nuevo grito de la mujer a la que había liberado lo sacó de la disputa. Arrastrada por los pelos por otra armadura igual a la que se estaba enfrentando, y que no había visto, le pedía ayuda al tiempo que estiraba sus brazos intentando, con desespero, llamar su atención.

Su primera reacción fue acudir en su ayuda, pero al intentarlo y despistarse estuvo a punto de ser alcanzado por la maza. Por más que quisiera socorrerla primero tenía que derrotar a su adversario. Rival que, para su sorpresa, cayó al suelo por culpa de un fuerte golpe que le abolló

el yelmo.

—No sé qué estás haciendo, pero no dejaré que tus hombres asesinen a nuestras mujeres e hijos como hicisteis en los poblados del norte —Resah, hacha en mano, y con la cara magullada por su culpa, se presentó ante él.

Agradecido por su inesperada ayuda y sin ofrecerle explicaciones, echó a correr hacia el carruaje para socorrer a la mujer mientras que Resah y los hombres que no habían huido hacían frente a los soldados en medio de una atmósfera claustrofóbica. La batalla que llevaba dos años dividiendo al imperio, rebeldes contra soldados, vivió una nueva confrontación.

—¡Ayúdame, por favor! —la muchacha ya se encontraba encerrada dentro del carruaje—. ¡Fui doncella en el castillo!

Las ansias de la mujer por escapar la animaban a golpear con todas sus fuerzas la puerta, pero cesó en su empeño echándose hacia el interior de la carroza de manera instintiva cuando el cochero con la máscara se asomó a la cristalera de la puerta desde el exterior.

—¡Suéltala!

El cochero se giró atraído por su orden y, lejos de asustarse, se quedó esperando su llegada. Reacción que no gustó a Alexander que frenó sus apurados pasos cuando ya se encontraba a punto de llegar junto a ellos. Expectante y desconfiado, vio como el cochero se quitó la careta y la repulsa y la culpa a partes iguales se apoderaron de él. El hombre dibujó una maquiavélica sonrisa al ver su horrorizado y avergonzado gesto tras reconocerlo. Con incontables y muy desagradables cicatrices sobre su cara y con un solo ojo, exhibía el resultado de haber sobrevivido a un ataque de animales salvajes o algo muy parecido. Eso es lo que pensaría cualquier persona tras verlo, pero no Alexander. Él conocía la verdad.

—No te tengo miedo.

Alexander se volteó atraído por las palabras de Resah y al hacerlo vio como la armadura que había derribado se encontraba detenida de pie ante el basto hombre. Impertérrita. Haciéndole frente. Parecía que el golpe recibido no le había hecho más daño que la abolladura de su casco.

Resah quiso volver a atacar, pero no tuvo oportunidad de hacerlo. La maza le sacudió con brutalidad sobre su pecho tirándolo de un fuerte golpe al suelo.

Alexander se quedó paralizado, analizando la situación por unos segundos. Si iba en busca de la mujer, Resah moría, pero si ayudaba al lugareño

perdía a la muchacha y la oportunidad de dar con las demás.

—“Nunca podrás socorrer a todo el mundo que necesite ayuda”.

Las palabras de Isaías se repitieron como un molesto eco en su cabeza para hacerle ver la dura realidad a la que se enfrentaba. Tenía que elegir y para incompreensión y rabia de la mujer, volvió sobre sus pasos al tiempo que Resah, desde el suelo, intentaba alcanzar el hacha perdida para defenderse ante un nuevo ataque.

A tiempo para evitar la desgracia, y con un golpe con la espada en la parte trasera de la rodilla, hizo caer de nuevo a la armadura antes de que rematase a Resah.

—¡Vamos!, ¡vamos! —lo levantó del suelo sabiendo que no disponían de mucho tiempo para escapar—. ¡Tengo que sacarte de aquí!

La otra armadura, que junto a los soldados aniquilaban a cuantos lugareños se atrevían a hacerles frente sin compasión, se unió en su persecución.

Alexander, cargando con Resah, buscó con impaciencia un refugio donde poder esconderlo mientras veía como el carruaje abandonaba Itoba...

Capítulo 24

LA CULPA

Helena se encontraba absorta en sus pensamientos. La charla mantenida con la reina había reavivado viejos recuerdos para con Alexander. Sus primeras escapadas furtivas y las mezclas de emoción y nervios por ser descubiertos, los primeros besos y caricias, las confesiones que habían compartido haciéndose cómplices de las mismas. Todos esos momentos que tanto la habían marcado y que siempre llevaría en su corazón volvían a aflorar ahora en su cabeza sin entender el porqué.

—Apenas has cenado, ¿acaso no estaba a tu gusto la cena?

La última persona a la que quería ver interrumpió su paseo sin rumbo por el jardín. Incómoda con su presencia, la miró sin responder.

—Debe de ser algo muy importante lo que te aflige —simuló preocuparse por ella.

—Estoy bien, gracias —respondió con toda la educación que fue capaz de demostrar.

—Si quieres me marchó, no quiero molestar —dispuso con templanza tras oír su contestación.

—¿Qué quieres, Sarah? —sabía que estaba tramando algo y que no tardaría en descubrirlo.

La princesa de Sulán se acercó a ella con una amigable sonrisa.

—Sé que no tenemos una buena relación, pero eso puede cambiar...

—inició—. Creo que las dos sabemos cuál es el motivo de nuestra enemistad... y al contrario de lo que puedas pensar, te respeto por ello —se sinceró—. Eso me demuestra que eres una mujer con valores.

—No nos llevamos bien porque pretendes robarme a Alexander, es tan sencillo como eso. Todo el mundo lo sabe, ni siquiera te molestas en ocultarlo —aseveró con contundencia.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—¿Cómo dices? —la réplica la sorprendió.

—¿Por qué tendría que ocultar que estoy enamorada de él?, que yo sepa no es ningún pecado ni se me puede condenar por ello —le hizo ver la

realidad.

—¡Por respeto! —se lo echó en cara—. ¡Respeto hacía mi persona!

—Sea como sea deberías de estar orgullosa de que otra mujer quiera estar con él... supongo que eso hará que lo quieras más, ¿verdad? —no se molestó en ocultar el retintín de su pregunta.

—Alguien como tú nunca podría estar con alguien como él —escupió con odio.

Este desprecio fue como una bofetada para Sarah. Su gesto amigable desapareció al momento.

—Hablas de respeto cuando tú eres la primera que no predica con el ejemplo —la acusó.

—¿Cómo te atreves?

—Tu imagen de desvalida te servirá con los demás, pero no conmigo. Ambas sabemos que tu actual estado no es por su ausencia —se dejó llevar por el enfado que la poseía, pero sin perder las formas—. No es bonito jugar con los sentimientos de las personas, Helena...

—No sé qué pretendes.

—Vamos, déjalo de una vez. Nadie nos ve... estamos solas —acercó su cara a la suya para provocarla—. Deja de fingir, a mí no me engañas.

—¿Pero quién te has creído que eres?

La tensión entre ambas empezó a crecer a pasos agigantados.

—No deberías de alterarte tanto, no es bueno —la aconsejó sin retroceder.

—¡Yo no he engañado a nadie! —se defendió con irascibilidad.

Sarah sonrió tras escuchar su réplica. Excusatio non petita accusatio manifesta.

—Tranquila, si he venido hasta aquí es para ayudarte a enfrentar la situación de la manera correcta —recuperó la compostura dando un par de pasos hacia atrás sabedora de que tenía la conversación y la situación donde quería.

—No sé a qué te refieres —Helena quiso abandonar el jardín.

—Lo sabes perfectamente —sonrió con maldad ante su intento de huida—. En tu favor he de reconocer que no tiene que resultar sencillo convivir con un hombre como él y no caer en la tentación. A mí en tu lugar me hubiera costado horrores, pero viendo que la ejemplar y fría Helena Kesington ha caído...

En ese momento Helena se enervó de tal manera que volvió sobre sus pasos para enfrentarla. La ira la recorría por dentro al darse cuenta de que había sido descubierta y no por cualquier persona, sino por la peor posible.

—No sé cómo te has enterado y me da igual, pero cómo se te ocurra decírselo a Alexander te juro por lo que más quieras en este mundo que yo misma te quitaré la vida —la amenazó dejándose dominar por sus actuales sentimientos.

—No juegas limpio y lo sabes —Sarah mantuvo la calma que ella había perdido.

Helena, muy alterada, tuvo que apretar los puños con rabia para contener las ansias por golpearla y decidió abandonar el jardín con el sentimiento de culpa más presente que nunca.

Capítulo 25

ITOBA (CUARTA PARTE)

Tras unos minutos de huida, se ocultaron detrás de una paca de paja reseca cercana a las caballerizas donde vivía Eladón. Alexander, con cuidado, posó a Resah sobre ellas. El basto hombre estaba perdiendo demasiada sangre y tenía muchas dificultades para poder respirar por culpa de la nariz rota.

—Gra... gracias —exhaló dolorido.

—No me las des todavía... —mientras intentaba recuperar todo el aliento perdido, se asomó para comprobar si los habían conseguido despistar.

Resah se llevó la mano al pecho para comprobar la gravedad de la herida.

—Pues no tiene tan mala pinta —ironizó con la respiración cada vez más entrecortada y la mano ensangrentada.

—Deberíamos de ponerte algo ahí —se agachó junto a él buscando algo con lo que poder taponar la herida.

—¿Por qué haces esto? —Resah no entendió su motivación—. ¿Por qué me ayudaste a mí y no a ella?

Podría decir que se había dejado guiar por su instinto, incluso que su decisión era la más lógica pensando en quién de los dos estaba en peligro de muerte, pero lo cierto, la única verdad, es que lo había hecho por miedo. Miedo al cochero y no por su rostro desfigurado sino por lo que representaba...

—Esto servirá —la vieja y cansada voz de Eladón los sorprendió a ambos sosteniendo un trozo de tela en su temblorosa mano.

—Es perfecto —se alegró de verlo y se apuró a taponar la herida de Resah—. Apriétalo con fuerza. Yo los alejaré de aquí.

—De... de... acuerdo.

Resah, con un sudor frío recorriendo su frente, cada vez tenía más dificultades para articular palabras.

—Yo me quedaré con él —Eladón sorprendió con su iniciativa.

—Quién te lo iba a decir... —se dirigió a Resah mirando con satisfacción a Eladón—. Será un soldado quien te salve la vida después de todo.

Un fuerte estruendo acabó con la charla. La maza de púas atravesó el montón de paja deshaciéndolo por la mitad.

—¡Cuida de él! —fueron sus últimas palabras antes de salir de detrás de los restos de paja espada en mano.

Eladón impresionado por la decisión, observó como, sin mostrar el menor atisbo de duda o miedo, se detuvo ante su enemigo y lo retó a atacar. Provocación que sirvió para iniciar una confrontación que se complicó con la llegada de la otra armadura que descubrió en uno de sus guanteletes un hacha mucho más pesada que la portada por Resah. Ésta, al contrario que la maza, producía un sonido mucho más agudo al contacto con el aire debido a su cortante filo.

Alexander, poco a poco y esquivando los envites con gran destreza, los alejó todo lo posible de los lugareños sin apenas responder a los ataques por culpa de la violencia y rapidez de los mismos.

En un despiste se vio rodeado y una de las armaduras lo atrapó por la espalda. Desarmado, se revolvió para intentar zafarse pero le resultó imposible por culpa de la fuerza y la envergadura de su rival. Sentía tanta presión sobre su pecho que empezó a tener serios problemas para poder respirar.

Pero entonces algo inesperado pasó. Un fuerte y certero sablazo atravesó la garganta de la armadura, que se proponía quitarle la vida con el hacha, por la nuca. La mayor sorpresa fue descubrir que el responsable de la acometida no era otro que Eladón. El viejo con el pulso tembloroso y bastante fatigado por el esfuerzo realizado, sostenía su espada a duras penas.

—¡Se presenta el soldado Eladón Homstel, mi Capitán! —pronunció en voz alta y con orgullo levantando la barbilla y mostrando su rostro con decisión tras recuperar un poco de aliento—. ¡Preparado para servir a mi reino y a su figura!

La imagen lo sobrecogió. La armadura que lo retenía lo soltó y fue a por el viejo.

—¡Vamos, desgraciado! —Eladón demostró una valentía envidiable—. ¡Aquí te espero!

—¡No!, ¡no lo hagas! —gritó Alexander casi sin voz desde el suelo—.

¡Escapa!

—¡Un soldado jamás escapa ni retrocede, mi Capitán, aunque sea la mismísima muerte la que tenga delante! —fijó su envalentonada mirada en su enemigo que se iba acercando de manera peligrosa.

La armadura lanzó un rápido ataque y acertó con su maza en el pie del viejo. Éste profirió un escalofriante grito de dolor.

—Ha sido un honor y un orgullo haberte conocido, Alexander Volzac —tirado en el suelo y lejos de buscar defenderse, usó sus últimos segundos de vida para dirigirse a él—. Él día que asumas que no eres un hombre normal como dices, serás temido incluso por los Dioses...

Sin dejarle terminar la despedida ni mostrar un ápice de compasión, el enemigo le asestó un terrible golpe en la cabeza que le quitó la vida al momento.

Alexander, impactado, se levantó, recuperó su espada, y con una mirada furibunda fue a su encuentro caminando. Sin prisa. Sus pasos, firmes y convencidos, se acompasaron al, cada vez más rápido, balanceo de su espada en la mano demostrando que el hombre que se dirigía a librar una contienda a muerte no parecía ser el mismo que minutos antes huía para ayudar a esconder a Resah o agradecía a Eladón su presencia. Éste, desprendía un halo mucho más oscuro y carente de raciocinio.

La armadura se preparó para atacar, pero no tuvo tiempo para hacerlo. Fuera de sí, Alexander empezó a lanzar múltiples estocadas sin sentido a una velocidad pasmosa. Tanta, que su enemigo no pudo hacer otra cosa más que encajar todos y cada uno de los golpes. Las abolladuras no tardaron en resaltar por toda la armadura.

Finalmente un sablazo acertó en su yugular. La herida fue tan profunda que la armadura no tardó en caer derrotada. Primero de rodillas, para segundos después yacer sin vida en el suelo junto al viejo...

Capítulo 26

LA TRAICIÓN DESCUBIERTA

Subió las escaleras con bastante ansiedad y entró en la estancia de Mathias sin pedir permiso. El príncipe se vio sorprendido por su airada aparición.

—¿Ha pasado algo?

—¿Todavía tienes el valor de preguntármelo? —Helena, enervada como estaba, empezó a vociferar.

—Tranquilízate, alguien podría escucharte —le pidió calma al tiempo que arrojaba la puerta para evitar ser descubiertos.

—¿Ahora te importa que nos descubran? —le propinó una sonora bofetada—. ¡Eres un ser ruin y despreciable!, ¡me das asco!

Se dispuso a darle otro golpe, pero Mathias se lo impidió agarrándola de las manos. Sin más remedio, la inmovilizó y la tumbó sobre la cama haciendo uso de su propio peso corporal para que se calmase.

—¡Te he dicho que te tranquilices! —le ordenó tomando el control de la situación.

La princesa estaba tan alterada que incluso intentó morderle ante la imposibilidad de utilizar sus manos para atacarle. Estaba fuera de sí.

—¡Suficiente!

Debido a la cercanía y sin poder evitarlo, le dio un apasionado beso. El príncipe, que no se lo esperaba, no tardó en disfrutarlo y alargarlo todo lo posible.

—¿Por qué me haces esto? —susurró con la voz entrecortada sin atreverse a mirarla a los ojos—. No juegues conmigo.

—No me he podido controlar —se mostró arrepentida.

Él la soltó y, con semblante serio, se levantó y se dirigió al balcón. Separó las sedosas cortinas y trató de recuperar la compostura con la mirada perdida en el horizonte. Ella siguió tumbada en la cama sin mover un solo músculo.

—¿Por qué se lo has contado? —necesitaba saber la verdad.

La situación ya era insostenible y la estaba superando. Mathias se quedó sorprendido con la cuestión y se giró hacia ella.

—¿Por qué se lo has tenido que contar a Sarah? —su voz se empezó a ahogar en el inminente llanto—. Tanto me odias.

—Helena... —le dolió verla así.

—Sé que no he hecho las cosas bien... —no pudo evitar las primeras lágrimas de impotencia.

Mathias se sentó a su lado dispuesto a secarle las lágrimas.

—¡No me toques!

Antes de que llevase a cabo su propósito saltó como un resorte de la cama y se puso a una distancia más que prudencial de él.

—No sé que te ha contado, pero yo no he dicho nada —fue sincero.

—¿Y cómo lo sabe? —recuperó la actitud desafiante con la que había llegado.

—Nos descubrió anoche hablando en el jardín... —respondió—. ¿Y sabes algo?, después de darle muchas vueltas me alegro de que lo sepa. Estoy harto de ésto, de toda esta situación, de tener que disimular, de mentir a todo el mundo —admitió cansado—. ¡Por todos los Dioses, soy el futuro rey de estas tierras y me ando escondiendo como unapestado!

El heredero acabó por explotar.

—Y nos guste o no, ella tiene razón en una cosa. Tienes que asumir tu responsabilidad para con mi hermano —afirmó.

—No me puedo creer que estés de su lado —entonó anonadada por su reacción.

—¿Y qué esperabas? —se empezó a desahogar y la discusión tomó forma rápidamente—. Sé que ya no estás enamorada de él, ese beso no hace más que demostrármelo —recordó lo sucedido hace escasos instantes—. Te martirizas por el sentimiento de culpa y te niegas a afrontar la realidad.

Helena asistió perpleja a las recriminaciones. No se podía creer que todo

aquello se le fuese de las manos de esa manera.

—Helena... —Mathias quiso recular al ver su expresión.

Pero fue tarde, dolida, abandonó el aposento más furiosa de lo que había llegado.

—Problemas con tu amado...

Sarah, con gesto travieso, la recibió en el pasillo al lado de la puerta.

—¡Eres una maldita desgraciada! —rabiosa, y con nuevas lágrimas de impotencia recorriendo su cara, la apartó de su camino con un fuerte empujón.

La princesa de Sulán dibujó una sonrisa de satisfacción con el devenir de la escena.

Capítulo 27

ITOBA (QUINTA PARTE)

Tiró la espada, se acercó con pesar al cuerpo sin vida de Eladón y se arrodilló a su lado.

—Lo has conseguido... —susurró al viento con una profunda tristeza mientras le cerraba los párpados con los dedos—. Ya estás con tu mujer.

—¡Viene alguien! —Resah, que se había conseguido levantar con bastantes dificultades, se encontraba apoyado en los restos del montón de paja.

Se levantó y vio como, atravesando la oscuridad, dos soldados montados en sus caballos hacían acto de presencia. Pero su aparición no fue lo que más llamó su atención. Justo detrás de ellos, un jinete permanecía impasible sobre su montura. La distancia y la escasa iluminación dificultaban su reconocimiento, pero Alexander no tuvo un buen presentimiento así que dio un par de pasos y tras forzar la vista observó con un poco más de claridad la figura del jinete en cuestión. Era él. No tenía dudas.

—¡Resah, sal de ahí! —haciéndole gestos para que se volviese a esconder, se apuró a recuperar su espada echando a correr a su encuentro.

El lugareño intentó hacerle caso, pero malherido como estaba apenas fue capaz de dar un par de pasos antes de ser golpeado por la espada de uno de los soldados por la espalda...

Capítulo 28

FANTASMAS Y DESEOS

—No esperaba veros aquí abajo —inició Isaias al encontrárselo.

El lugar permanecía en una extraña y mística penumbra donde tres antorchas apenas capaces de iluminar con su débil reflejo la misteriosa y basta cámara.

—Te estaba buscando —Maximilian descubrió que su presencia no era fortuita—. Y sabía dónde ibas a estar.

El rey se detuvo a los pies de un pequeño riachuelo donde el curso del agua bordeaba unos empedrados escalones que descubrían su larga historia en el propio desgaste producido por el paso del tiempo. El sonido de las aguas moviéndose resultaba ser el único y bravo ruido que se podía escuchar cuando se guardaba silencio.

Maximilian cruzó el pequeño arroyo y subió los escalones para ir al encuentro del consejero. Éste se encontraba deambulando entre los féretros que decoraban el lugar.

—No dejaré que te culpes por lo que está pasando —demostró que él también lo conocía bien.

El rey se detuvo sobre un círculo de luz que provenía del exterior. Más en concreto de un agujero en la elevada bóveda hueca que protegía el sitio y parecía marcar el centro del altar. La luz iluminaba el suelo que ahora pisaba Maximilian y descubría con ligeros brillos los ataúdes más cercanos.

—Es algo inevitable —no trató de engañarlo y reconoció sin pudor con una triste sonrisa—. No sois el único con fantasmas sobre vuestra conciencia.

—Te quería —Maximilian lo quiso reconfortar.

—No fui un buen padre —replicó convencido—. Y ahora su familia va a sufrir su mismo destino por mi culpa.

—La vida en ocasiones nos da segundas oportunidades... y a ti te la dio con Alexander. Asumiste el cargo que me correspondía a mí para con él y lo hiciste mejor de lo que yo mismo hubiera sido capaz —el semblante de Maximilian expresó la tristeza que sentía al decir estas palabras en voz alta.

—Os va a necesitar —desveló para su sorpresa—. Cuando todo salga a la luz, él os va a necesitar. No cometáis el mismo error que cometí yo en su día con mi hijo.

—¿De verdad crees que puede conseguirlo? —compartió con él sus dudas para con su hijo pequeño.

—Ahn lo ha cambiado —compartió con su rey lo descubierto para con él antes de su partida—. Pero es más fuerte de lo que él mismo se cree y sé que llegado el momento hará lo correcto.

Capítulo 29

ITOBA (SEXTA PARTE)

Alexander se detuvo en seco lamentándose por la nueva muerte y lo que significaba. Si esos soldados estaban ahí con él, los compinches de Resah también habían corrido su mismo y fatídico destino. Itoba había caído.

Sin tiempo para más lamentaciones, los jinetes espolearon a sus monturas para ir a por él con las espadas en lo alto. No podía ni iba a escapar así que asió su arma con fuerza para enfrentarlos y aguardó su llegada. No era tiempo de pensar y dejó que su instinto tomase el control. Ese mismo que tantas veces le había salvado la vida antes.

Los soldados se dispusieron en paralelo y Alexander vio la oportunidad. Cuando ya se encontraban lo suficientemente cerca y con toda la fuerza que le quedaba, lanzó su espada contra el pecho de uno de ellos. El impacto lo tiró del caballo y pudo esquivar el envite del otro echándose a un lado.

Se levantó con rapidez y se propuso recuperar su espada del cuerpo del soldado caído, aunque la hundió en su torso antes de sacarla.

—¡Dime quién os manda! —ordenó fijando su mirada furibunda en el otro enemigo.

El soldado, sin inmutarse lo más mínimo por la muerte de su compañero, mantuvo su mirada desde lo alto de su montura. Se veía como ido, como si no fuera dueño de sus propios actos.

—Si esa va a ser tu respuesta que así sea —musitó casi para si mismo con la espalda goteando sangre.

La nueva acometida no se hizo esperar. El caballo fue a su encuentro y el mandoble del soldado fue repelido al tiempo que Alexander rasgó la pata trasera del animal tirando a ambos al suelo. El corcel se levantó como pudo y huyó a duras penas abandonando al hombre que a merced de Alexander no tuvo tiempo para reaccionar y se encontró con un fuerte apretón en su cuello y una dolorosa presión sobre la mano con la que intentaba recuperar su espada.

—¿Quién os manda? —con la rodilla en su mano y la mano con la que no sujetaba su arma sobre su yugular, buscó respuestas.

El soldado seguía luchando por librarse de él con la mano que tenía libre,

pero era inútil.

—¿Es él? —levantó la vista buscando al jinete del foso, pero para su sorpresa ya no estaba presente en la escena.

A pesar de estar a punto de morir asfixiando seguía sin pronunciar palabra. De cerca, Alexander pudo reparar en su aspecto moribundo.

—¡Vamos, habla! —perdió las formas ante su negativa a colaborar y le propinó un fuerte puñetazo en la cara.

El hombre dibujó una macabra sonrisa tras recibir el golpe y abrió ligeramente la boca. La mueca aterró a Alexander al descubrir el verdadero motivo de su silencio. No podía hablar porque le habían cortado la lengua.

El susto lo sacó de encima de él y la sonrisa se convirtió en una sonora y espeluznante carcajada que cesó cuando intentó recuperar su espada. Por suerte Alexander reaccionó a tiempo y lo mató antes de que lo hiciese.

Sentado en el suelo, y sabiendo que todo había acabado, que ya no había nada más que pudiera hacer, se empezó a martirizar al saberse como responsable de toda esa pesadilla. No sabía quiénes eran esos hombres que se hacían pasar por soldados ni ante quién respondían, pero sí que conocía la identidad del cochero. Su rostro desfigurado sólo tenía un culpable: él.

Capítulo 30

CAMBIO DE ROLES

Sarah departía alegremente con un grupo de doncellas en la cocina. Las mujeres, recogiendo y limpiando antes de irse a dormir, disfrutaban de su compañía e historias.

Al contrario de lo que pudiera parecer, la princesa era una mujer accesible para todo el mundo. Su manera de ser extrovertida no la llevaba a hacer distinciones con la gente y le daba igual mezclarse con nobles que con doncellas y sirvientes.

—¿Se puede saber qué demonios has hecho? —Mathias apareció muy alterado y la agarró del brazo con mucha fuerza, tanta, que incluso estaba empezando a marcarle los dedos.

Las mujeres, asustadas por su irrupción, abandonaron la estancia lo más rápido que pudieron dejando a los herederos solos.

—¡Suéltame!, ¿quién te has creído? —Sarah se revolvió para librarse de él sacando un genio que no parecía tener—. ¡Yo no soy una de ellas a las que puedas tratar como a ti se te antoje!

Mathias, fuera de si, se quedó aturdido con su reacción y la acusación que le dedicó. Era increíble el control de la situación que poseía la mujer. No se había intimidado en absoluto a pesar de la violenta acción sufrida. Una vez más quedó demostrado que el príncipe la había infravalorado demasiado.

—Todos los hombres sois iguales —escupió con desprecio adecentando su vestuario después del percance—. Os creéis que controláis todo lo que os rodea de una forma precisa, pero cuando ocurre algo que se sale de lo previsto os quedáis sin reacción... y los que tenéis poder sois los peores —quiso darle una nueva lección—. Pensáis que el mundo es vuestro y que podéis hacer lo que queráis cuando os apetezca sin importar las consecuencias de vuestros actos con ello —parecía tener el discurso ensayado—, pero te puedo adelantar que, más tarde o más temprano, todos acabáis pagando por vuestros pecados.

La escena, como era costumbre cuando Sarah formaba parte de ella, había cambiado por completo. Ahora era ella la que tenía el control de la conversación mientras Mathias guardaba un avergonzado silencio.

—¿Se puede saber qué pretendes? —la cuestión no resonó con la fuerza y

convicción que a Mathias le hubiera gustado mostrar.

La princesa, olvidando lo ocurrido momentos antes y con una tranquilidad casi tenebrosa, cogió una manzana de un cuenco cercano y se la empezó a comer.

—Por favor, no te hagas el ofendido conmigo. Eres un lobo con piel de cordero —le echó en cara mientras disfrutaba de la pieza de fruta—. Y además, deberías de estarme agradecida. He oído que ha habido reconciliación en tu aposento.

—Das asco, Sarah —bramó con desprecio al sentirse de nuevo descubierto.

—Que bonito. Hasta compartís insultos —sonrió con superioridad—. Lo que me sorprende es que precisamente tú, de entre todas las personas de este mundo, sea quién se atreva a juzgarme a mí por mi comportamiento.

Enfurecido pero impotente, decidió concluir la conversación y abandonó la cocina de malos modos tirando algunas cosas a su paso.

—¡Será cierto eso de que has cambiado!... ¡una lástima, me gustaba mucho más el anterior Mathias! ¡Ese ahora mismo estaría brindando conmigo por lo sucedido! —gritó queriendo ser escuchada por él—. ¡Y si me aceptas un consejo: bájala del pedestal en el que la tienes!, ¡te ahorrará muchos sufrimientos!

Capítulo 31

ITOBA (PARTE SIETE)

Con los fuegos provocados extinguiéndose poco a poco por si mismos, Alexander había vuelto sobre sus pasos hasta el lugar donde había visto el carruaje. Caminaba sin rumbo y absorto en sus pensamientos hasta que un sonido seco llamó su atención y lo puso de nuevo en alerta. No tardó en desenvainar su espada...

—¿Hola? —hizo la pregunta en voz alta esperando contestación.

Unas sombras surgieron dentro de la tenue y efímera humareda presente por culpa de los incendios.

—¿Alexander? —la figura del monarca de Mudshire se hizo visible ante él.

Tras Edmund apareció Tau junto a un pequeño grupo de soldados.

—¿Qué hacéis vosotros aquí?

Más tranquilo tras comprobar de quiénes se trataba, enfundó de nuevo su espada.

—Lo mismo te podría preguntar yo a ti —el monarca demostró que el enfado que tenía para con él aún no se le había pasado.

—Íbamos a Koldire en tu busca, pero vimos la humareda de los incendios —fue Tau quien respondió a su pregunta.

—No pude evitarlos... —la impotencia se escapó de sus palabras.

Itoba se veía arrasado y en su gran mayoría reducido a simples cenizas. Alexander miró con rabia y culpa los cuerpos sin vida de los lugareños que yacían por el pueblo. Deseó que alguien, aunque sólo fuese una persona, hubiera conseguido escapar y ponerse a salvo, pero su conciencia se apuró a negarle esa esperanza. El que no estaba desangrado en el suelo, habría muerto quemado vivo en su propio hogar. Semejaba estar de nuevo en Viken...

—Te lo advertí —el reproche de Edmund sonó con contundencia.

Tenía razón. Lo había hecho y él no lo había escuchado. Su soberbia le había costado la vida a todas y cada una de esas personas.

—¿Has descubierto algo? —las ansias por saber apartaron por el momento

la pedida de más explicaciones por su comportamiento.

—Vi cómo llevan a cabo los ataques...

Edmund guardó silencio expectante.

—El carruaje llegó custodiado por dos armaduras oscuras que atacan a las personas que se encuentran a su paso mientras que los farsantes vestidos como nuestros soldados prenden los fuegos —explicó por encima sin querer entrar en detalles escabrosos.

—¿Secuestraron a alguna mujer? —el monarca hizo la pregunta más importante.

—Intenté evitarlo, pero no lo conseguí —se lamentó.

¿Y si había elegido mal? ¿Y si hubiera seguido adelante con el rescate de la muchacha en vez de ayudar a Resah? El lugareño hubiera muerto de todas maneras.

—He visto al jinete del foso... —añadió apretando la mandíbula—. Escapó mientras me enfrentaba a esos hombres.

Las ansias de venganza para con él no hacían más que crecer en su interior, algo que poco le importaba esconder a estas alturas.

—¿Quiénes son? —Tau buscó en su capitán respuestas más esclarecedoras—. Ante quién responden.

—No lo sé. Les cortaron la lengua para evitar que hablen.

—Tau... —Edmund se dirigió al soldado de buenas maneras—. ¿Podéis ir tus hombres y tú a echar un vistazo en busca de algún superviviente?

Todos sabían que no había y que no era más que una excusa para poder quedarse a solas con Alexander, pero decidió obedecer cuando vio la confirmación de su capitán con la cabeza.

—¿Qué piensas? —una vez a solas fue más claro.

—Ya no sé qué pensar —se sinceró con notable pesimismo.

Su mirada se perdía entre los cadáveres que los rodeaban. ¿Cómo podía haber dejado que eso pasase?

—Los hombres de Sulán son los únicos que portan armaduras oscuras... y sólo Marcus sería capaz de cortar la lengua a sus propios soldados para evitar traiciones —los acontecimientos reforzaban su teoría sobre él y su

culpabilidad en todo lo que estaba pasando—. ¿Te puedo hacer otra pregunta?

—Claro —cedió desganado sin siquiera prestarle atención.

—Antes me preguntaste qué hacíamos aquí y te respondimos, pero, ¿y tú?... ¿cómo supiste que Itoba iba a ser atacado?

—No lo sabía —negó con incredulidad.

La respuesta no terminó de convencer al monarca.

Capítulo 32

DECISIONES TRASCENDENTES

Un nuevo amanecer la sorprendió oteando el horizonte a través de su balcón. Hacía un día de la marcha de Alexander, pero a Helena le parecían semanas. Necesitaba su regreso y recuperar esa sensación de protección que sólo él era capaz de darle. Era lo que más deseaba ahora mismo. Lo ansiaba pero también lo temía. Sabía que a su vuelta tendría que rendir cuentas de lo sucedido con Mathias, Sarah no le permitiría ocultarlo por más tiempo.

Compungida, fijó su mirada en la lejanía pensando en dónde se encontraría él en ese momento y si se encontraría bien. Seguía teniendo la misma mala sensación de la que lo había hecho sabedor justo antes de partir.

Mathias salió de la torre del homenaje y alzó la vista al notar su presencia en el balcón. Buscaba un gesto de complicidad, una señal de que ya no estaba enfadada con él, pero lo único que encontró fue su desprecio cuando la vio desaparecer en el interior de sus aposentos sin más. Frustrado por su reacción, apuró sus pasos hacia el jardín para comenzar su entrenamiento diario.

—Tienes mala cara, ¿acaso no has dormido bien?

Pero su humor empeoró cuando se encontró con Sarah.

—¿No es demasiado temprano para que estés despierta?

La princesa de Sulán estaba sentada en un pequeño banco cerca de una de las fuentes.

—Siempre he sido de dormir poco. Soy más de aprovechar bien el día desde el principio hasta el final... la de cosas que me perdería de no hacerlo así —aclaró de manera traviesa—. Además, he estado en la capilla confesándome con el sacerdote. Llevaba unos cuantos días sin hacerlo y él ha tenido a bien atenderme antes de iniciar la homilía con el permiso de las doncellas.

—¿Problemas de conciencia?

—Te equivocas de princesa para esa acusación —aclaró con disfrute.

—¿Qué quieres? —no le gustó su réplica.

—Una disculpa —fue clara.

—Empiezo a hartarme de que estés aquí —demostró, por si había alguna duda, que entre ellos ya se había acabado la cordialidad.

—¿Así me agradeces que te esté ayudando a conseguir lo que quieres?
—se levantó del banco e inició un lento paseo por el jardín—. El beso de anoche ha cambiado las cosas y tú también lo sabes.

Mathias se tuvo que morder la lengua.

—Representamos la llegada de nuevos tiempos. Estamos destinados a ser las personas más influyentes del mundo conocido... hemos sido criados para ello —cambió de tema mientras olía unas flores que llamaron su atención—. Y queramos o no, seremos reconocidos y recordados por nuestras decisiones en la inminente guerra que está por empezar...

—Pensaba que estábamos hablando de relaciones personales, no tengo tiempo ni ganas para discursos políticos —la interrumpió.

—No seas ansioso, te hace parecer desesperado y eso no nos gusta a las mujeres —le encantaba tener el control de la situación para con él—. ¿Por qué crees que estoy aquí en Nighem?... dime la verdad.

—Supongo que estás intentando mantener abierta la vía diplomática
—contestó sin pensar mucho.

—¿De verdad? —sonó decepcionada—. La guerra aún no ha empezado porque tú aún no has sido coronado, es así de simple. En el momento en que eso suceda y tu padre ya no tenga poder de decisión faltará tiempo para que las tropas de este reino sean mandadas rumbo a mis tierras.

Sarah tenía esa capacidad. Su inteligencia la había llevado a entender que, para sobrevivir en el mundo que le había tocado vivir, tenía que estar siempre un paso por delante de los demás.

—Y ahora te pregunto, ¿cómo crees que te podría convencer para que, llegada tu coronación, esa guerra no tuviese lugar? —insistió con una cuestión más concreta esperando la respuesta con una mirada inquisitiva.

Mathias volvió a guardar silencio, pero esta vez por culpa del interés que le despertaba la futura respuesta.

—Tu hermano es la clave...

—Disculpame... —la reina Adela interrumpió la charla—. No sabía que

estabas acompañado.

—Por favor —Sarah la recibió con educación y la invitó a ocupar su lugar—. Su hijo y yo sólo hablábamos de temas triviales. Seguro que lo vuestro es mucho más importante.

—Antes de que te retires, Sarah, me gustaría pedirte perdón por lo ocurrido ayer —la mujer quiso hacer las cosas bien—. Tenía un mal día y no supe estar a la altura de las expectativas que se me presuponen. No me gustaría que mi criticable actitud ponga en riesgo tu percepción de mi familia.

A pesar de haber coincidido durante la cena, fue con la llegada de un nuevo día cuando llegaron las disculpas.

—Aquí la única que tiene que excusarse por su comportamiento soy yo. Sobrebase los límites de confianza que me disteis desde mi llegada.

Adela agradeció sus palabras y se sintió aliviada de poder arreglar el desafortunado percance vivido en el comedor el día anterior. Sarah se despidió de ella con una leve reverencia y se acercó a Mathias.

—Tendrías que fijarte un poco más en tu madre y aprender de ella... —le susurró al oído con picardía—. Pedir perdón es liberador.

La princesa le guiñó un ojo antes de dejarlo a solas con su madre.

—Es una muchacha demasiado franca —Adela compartió con su hijo su percepción sobre ella.

—Demasiado —añadió.

—En el fondo es una buena persona —su madre no tuvo reparos en reconocer la realidad—. Su idealismo me hace recordar mis años mozos.

—Dudo que fuerais como ella —renegó convencido su afirmación.

La reina sonrió.

—¿Sucedo algo, madre?

Harto del protagonismo de la princesa, mostró su intriga por su aparición.

—Nada grave. Acabo de salir de la capilla, sabía que estarías aquí y me apetecía charlar un poco —lo agarró del brazo y comenzaron un ameno paseo entre las fuentes.

—¿Habéis arreglado las cosas con padre? —descubrió su preocupación para con ellos.

—Está preocupado por ti.

El tono seco y la respuesta hizo entender a Mathias que no.

—Así que de eso se trata, de mi manera de ver las cosas —se tensó sin poder evitarlo.

—La labor de un rey es mucho más compleja de lo que puede parecer, hijo. No siempre hay blancos y negros, también hay grises —defendió la postura de su marido para con él.

—Nunca dejáis de sorprenderme, madre —admitió con cariño hacia ella—. A pesar de todo lo acontecido seguís a su lado apoyándolo... es admirable, la verdad.

—Es una de mis obligaciones. Como reina y esposa debo de apoyarlo de manera incondicional asumiendo también las consecuencias de sus decisiones... tanto para bien como para mal —le restó importancia a su propio comportamiento—. Verás, cariño... el consorte es aquel que siempre permanece en un segundo plano a nivel público, pero que asume notoriedad de puertas para dentro —optó por explicar mejor a lo que se quería referir—. Los reyes de nacimiento no dejáis de ser personas normales con un cargo heredado por vuestro linaje. No hay nada divino ni extraordinario en vosotros como mucha gente cree. Tú mismo puedes confirmar mis palabras...

La mujer detuvo el paseo para dar mayor relevancia a sus futuras palabras.

—Cuando seas coronado estarás rodeado de mucha gente y tendrás que mantener los ojos bien abiertos, pues siempre habrá alguien que se intente aprovechar de tu posición —lo agarró de las manos a modo de cariño—. Por eso necesitarás a alguien a tu lado que te ayude a enfrentarte a los retos y decisiones que surgirán en tu camino...

Mathias acabó por entender el motivo de su presencia y dejó escapar una sonrisa de hartazgo.

—No es lo que piensas —Adela entendió en que estaría pensando al ver su mueca—. No busco presionarte con tu soltería. Es lo último que haría y menos en estos momentos con todo lo que está pasando. Pero quiero que entiendas que esa elección será la más importante de toda tu vida —expuso con mesura y contundencia a la vez—. Esa mujer, sea quién sea, será el hombro en el que te apoyes cuando busques consuelo, será la confesora de tus miedos y por último, pero no menos importante, será la

encargada de seguir con la descendencia de tu linaje —le quiso hacer entender lo que suponía—. No sirve cualquiera.

—Lo sé, madre. Podéis estar tranquila. Vuestra sucesora estará a la altura —la besó las manos para calmarla al respecto.

Tras escuchar su discurso no tuvo dudas. Esa mujer no podía ser otra que Helena.

—Me reconforta saber que por lo menos uno de mis hijos me tiene en consideración —cedió sin querer acariciándole una mejilla con ternura.

—Ya conocemos a Alexander, madre —quiso eliminar cualquier miedo que pudiera tener con respecto a su hermano pequeño.

—Tu hermano hace mucho tiempo que no es el mismo —reveló dolida por pronunciar estas palabras en voz alta—. Ese maldito viaje a Ahn se quedó con una parte de él, estoy segura.

—Estáis nerviosa por todo lo sucedido, es normal —buscó consolarla—, pero he estado con él muchas veces desde entonces y os puedo asegurar que sigue siendo el mismo de siempre.

—Cuando eres madre desarrollas una especie de vínculo con tus hijos. No sabría explicártelo mejor, pero algo en tu interior te avisa si a tu hijo le pasa algo —insistió en su percepción—. Y por desgracia sé que a él le ha pasado algo que no nos quiere decir...

La tímida incursión de un soldado en el jardín interrumpió la conversación entre madre e hijo.

—¿Qué sucede? —Mathias se sorprendió por su osadía.

Su aparición, prohibida, demostraba que algo grave tenía que haber pasado.

—Lamento molestar, Señor —sus primeras palabras fueron para disculpar su presencia—. Pero tenemos un problema en la ciudadela...

Capítulo 33

LEALTAD PUESTA A PRUEBA

Cassandra y su caballo se refrescaban en un pequeño río que bajaba de las montañas cercanas a la frontera de Carvatia. Los gestos de ella denotaban que estaba malhumorada.

—No hice lo correcto —se desahogó en voz alta.

El animal relinchó agitando la cabeza mientras ella se pasaba la mano mojada por la nuca.

—No la debimos dejar allí sola por más que lo pidiera —siguió—. Y si, ya sé que ella es la que manda y yo la que obedece, pero mi principal deber es su bienestar, no complacer sus deseos.

Los rayos de sol clareaban su oscura melena, reflejaban la claridad de su piel pálida y resaltaban sus delicados rasgos faciales. Vestida con un jubón claro, un pantalón suelto y unas botas, lejos había quedado su misteriosa apariencia dos noches atrás para proteger su identidad en el castillo de Nighem.

Rellenó su cantimplora y se dispuso a reanudar el camino, pero el sonido de otro caballo acercándose la puso en alerta. De manera atropellada, apremió a su corcel y se escondieron detrás de unas rocas cercanas para no ser descubiertos. Su ubicación actual invitaba a pensar que se podía tratar de un soldado del ejército de Ingham.

—Sssh —acarició a su caballo para que mantuviera la calma y no desvelase su posición.

Se asomó con cautela para no ser vista queriendo averiguar de quién se trataba. Una labor harto complicada, pues desde su escondite no tenía una visión frontal del recién llegado. Lo único que pudo sacar en claro es que era un hombre que sólo llevaba puestos unos pantalones raídos.

—Hueles muy bien —tras refrescarse la cara en el río, inspiró impregnándose del aroma que había dejado—. Siempre he tenido debilidad por el olor femenino.

Un fuerte escalofrío recorrió a Cassandra al sentirse descubierta.

—Será mejor que salgas de ahí —sin siquiera volverse, y mientras bebía un poco de agua, la ordenó con altivez.

La mujer echó mano a su espada dispuesta a cogerla, pero no tan convencida como era costumbre en ella. Había algo en ese hombre que la asustaba. Su voz quejumbrosa y su presencia desprendían un aura siniestra que demostraban que no era de fiar.

—Será mejor que no agarres esa espada si no te quieres hacer daño con ella —la avisó.

Cassandra se encontraba cada vez más desconcertada. Ese hombre semejava tener ojos en la nuca.

—Vamos... —la invitó a acompañarlo—. No seas tímida y déjame verte.

Salió con cuidado de su escondrijo, vigilando todo a su alrededor, sin ni siquiera saber si estaba solo o no.

—Mmm... —se giró descubriendo su rostro—. Eres guapa.

A ella se le cayó el mundo encima al descubrir la identidad de la persona que tenía delante. No tardó ni dos segundos en hacerlo gracias a los numerosos y sórdidos cortes que decoraban tanto su torso desnudo como sus brazos.

—¡No... no... no puede ser! —su cuerpo empezó a temblar de forma inconsciente.

De frente a ella, se deleitó con la visión de su cuerpo presentándose con una diabólica sonrisa. La cicatriz que desfiguraba su rostro imprimía mayor desagrado a la primera impresión.

—¡Te he dicho que sueltes esa espada! —su voz resonó con tanta violencia en el ambiente que hasta los caballos se alteraron con su salida de tono.

Cassandra que ni se había percatado de que sujetaba la espada con su mano, la soltó como acto reflejo.

—Así mucho mejor —recuperó el tono amable que resultaba truculento por culpa de su lastimosa voz—. Por tu cara me atrevo a adivinar que tú ya me conoces —presumió con falsa modestia—, pero yo a ti no tengo el gusto... todavía.

El miedo la tenía poseída. Sentía como su perturbadora mirada la estaba desnudando. El hombre dio un paso hacia ella y, de inmediato, ella dio uno hacia atrás. Él sonrió con su reacción.

—Portas una espada, lo que me hace pensar que estás lejos de ser una humilde labriega —quiso iniciar un pequeño juego con ella—. Estamos alejados de la población, lo que me dice que tú también estás de paso; y

no luces ningún símbolo o blasón que te vincule al ejército de Ingham, así que algo me dice que estás bajo el mando de otra corona...

Mantuvo silencio buscando una vía de escape.

—Aunque nada de esto es necesario porque tu caballo ya me ha dicho todo lo que necesito saber —endureció la mirada aumentando la incomodidad de ella.

Se vio sorprendida por su afirmación y desvió momentáneamente su mirada hacia el animal buscando descubrir que era lo que la había delatado. Despiste que aprovechó el hombre para amagar con abalanzarse sobre ella y que provocó que Cassandra casi cayese al suelo al intentar recular para mantener la distancia de seguridad.

—Vamos, no lo hagas más difícil. Hace demasiada calor y no me quiero esforzar demasiado —la reprendió como a una niña pequeña—. Ambos sabemos que no tienes escapatoria.

En un acto desesperado intentó recuperar su espada para hacerle frente, pero él la alcanzó antes de que pudiera hacerlo. El placaje que recibió fue tan contundente que pudo notar como todo su cuerpo se comprimía con violencia tras recibir el impacto contra la tierra.

—Ja ja ja —el hombre no pudo disimular el goce que le producía la situación.

Tirada en el suelo, sintió como todo el peso de él se posaba sobre ella y con agresividad, y una sola mano, le sujetó ambas muñecas por encima de la cabeza dejándola a su merced.

—Tú debes de ser Cassandra, tu rey me advirtió sobre ti —pronunció su nombre con regocijo al tiempo que pasaba su cara por su cuello y su pecho disfrutando de su olor.

Se intentó revolver, pero todos sus esfuerzos resultaban inútiles. Estaba inmovilizada y empezó a sentir su angustiosa e irregular respiración sobre su piel.

—Si tuviera más tiempo y no hubiera comido hace un rato tú y yo lo pasaríamos muy, pero que muy bien juntos —con la mano que tenía libre recorría de manera lenta y libidinosa sus muslos por encima de los pantalones—, pero tengo prisa. Ya te estarás imaginando de lo que se trata...

Cassandra entró en pánico al entender que se refería a Sarah.

—¿Dónde está?

Saber que estaba en peligro sirvió como una especie de acicate para ella y por un momento se olvidó de su propia seguridad.

—A salvo de ti —demostró una vez más su piropeada lealtad.

El hombre rió con superioridad ante su afirmación.

—Es una información muy pobre para morir por mantenerla —la avisó.

Impotente, le escupió con rabia a la cara. Acción que a él no le gustó y que le hizo cambiar el semblante descubriendo una mirada rabiosa mientras le propinaba un puñetazo que le cruzó la cara. El golpe fue tan rotundo que casi la dejó inconsciente.

—¿Dónde está? —repitió con seriedad al tiempo que se limpiaba la cara con la mano que tenía libre.

Mantuvo el silencio como respuesta.

—Te avisé que guardarás la espada antes de que te hicieras daño con ella —alcanzó su arma y sin miramientos se la clavó en una pierna.

Cassandra profirió un terrible grito de dolor.

—Veamos hasta dónde llega esa lealtad —la agarró de los pelos y la arrastró con fuerza hacía el río.

Dolorida y con muchas dificultades, consiguió quitarse la espada del muslo mientras era deslizada contra su voluntad.

—Te lo preguntaré una vez más... y créeme, no quieras descubrir lo que va a pasar si sigues haciéndome perder el tiempo —la puso de rodillas en la orilla del río.

—Moriré antes de decirte nada —exhaló con toda la determinación que fue capaz de demostrar.

Apenas acabó de decir estas palabras la agarró por la nuca y hundió su cabeza en el agua.

—Pues que así sea.

Se obligó a mantener la serenidad bajo el agua. Sabía que si quería seguir con vida no podía entrar en pánico, pero los segundos fueron pasando y su heroico aguante acabando. Fue entonces cuando el impulso natural por vivir se apoderó de ella y con las últimas fuerzas que le quedaban, antes

de perder la consciencia y con ello la vida, comenzó a luchar para salir a la superficie.

—¿Has cambiado de idea?

La misma mano que la mantenía bajo el agua la ayudó a salir. Angustiada y tosiendo toda el agua que había empezado a tragar, intentó recuperar todo el aire perdido.

—¿Dónde está? —repitió.

Aún medio ahogada, fue incapaz de articular palabra. Silencio que no gustó al hombre que no mostró paciencia ni misericordia y volvió a hundir su cabeza dentro del río.

—No es mal lugar para morir —compartió con ella mirando sin mucho interés a su alrededor.

Su aguante esta vez fue mucho menor y no tardó en volver a luchar con todas las fuerzas que le quedaban por salir a la superficie.

—La próxima será la definitiva —su amenaza fue clara tras volverla a sacar.

Sin apenas resistencia, sólo atinó a gesticular para que no lo hiciese. Sentir el simple movimiento de su mano empujando su cabeza hacia el agua fue suficiente para acabar con cualquier atisbo de orgullo.

—¡En... el... castillo... de... Nighem! —reveló deseando que la tortura acabase.

Según escuchó su confesión la soltó. Lo hizo tan de repente que Cassandra cayó de bruces dentro del río.

—¿A qué no era tan difícil? —se burló mientras se dirigía hacia su caballo para reanudar su camino—. Y pensar que casi pierdes la vida por algo que ya sabía —soltó con gustosa maldad—. Sólo he hecho todo este teatro para ver lo que eras capaz de aguantar por ella y tristemente no haces honor a la fama que tienes...

Cassandra, de rodillas dentro del río y aún aturdida, se sintió humillada. Descubrir que todo había sido un simple juego le dolió mucho más que cualquiera de los golpes y forcejeos que acababa de sufrir.

—No me culpes. Me dijeron que estarías dispuesta a morir por ella y esa es una afirmación muy rotunda que tenía que comprobar por mi mismo.

Lástima que no fuera más que simple palabrería... siempre lo es —admitió decepcionado mientras se iba.

Capítulo 34

LA VERDAD OCULTA

—Damolsek McDeer —repitió con pesadumbre Maximilian intentando asimilar la noticia.

—La gente de la ciudadela empezó a sospechar cuando la taberna permaneció cerrada durante todo el día de ayer —completó Mathias.

El príncipe acababa de regresar de la ciudadela y se encontraba poniendo al día de las noticias a su padre y a su consejero en la sala de los tronos.

—Sus más allegados se acercaron a su casa preocupados y se encontraron con la puerta entreabierta... —relataba con la seriedad y el desconcierto que demandaba el relato—. Tras cruzar el umbral se toparon con la cabeza en la misma entrada.

Ambos hombres escuchaban con atención y desasosiego la narración. Maximilian incómodo sobre su trono e Isaías cerca de los ventanales.

—Pero eso no es todo...

Su padre suspiró con la anotación.

—Ninguno de ellos conoce el paradero de su hija.

El pensamiento de los tres fue en la misma dirección y no fue necesario decir nada más al respecto.

—Les aseguré que nos pondríamos de inmediato a buscarla —completó—, pero no se mostraron muy convencidos por culpa de nuestro pasado en común. La gente está muy nerviosa y los rumores ya han empezado a circular.

—Gracias, hijo. Puedes retirarte. Me gustaría hablar a solas con Isaías.

Las tiranteces existentes entre padre e hijo aún eran notorias, pero Mathias no puso objeción a la petición y abandonó la cámara.

—¿Por qué exponer el cuerpo y no la cabeza? —apuntó una vez se quedaron a solas—. Hubiera sido mucho más sencillo.

—Porque hubiéramos reconocido a la víctima mucho antes —Isaías presumió de saber la respuesta—. Conocemos la maquiavélica

personalidad de a quién nos enfrentamos. Disfruta jugando con nosotros.

—El posadero de Nighem y su hija... —Maximilian se mostró impotente tras escuchar la explicación.

—Manteneros firme y tratar este asunto de la misma manera que lo haríais con otro de similares características —lo aconsejó.

—¿Y de qué valdrá eso? —se lamentó con hartazgo—. No será más que otro burdo engaño. Ambos sabemos que en estos momentos esa joven está muerta.

El consejero desvió por un momento su mirada al exterior antes de continuar con la conversación.

—Lo será —le dio la razón volviendo a fijar su mirada en él—, pero mantendrá la verdad oculta...

—La verdad oculta... —rió con incredulidad y derrotismo.

—Es por su bien y lo sabéis —Isaias insistió en su postura—. A las puertas de la guerra más importante que va a sufrir este imperio en toda su historia no les podemos descubrir a la gente que un mal que creían erradicado hace treinta y nueve años sigue vivo... —le hizo ver que no tenía otra opción—. Su fe no lo soportaría.

—Eso suena a una pobre excusa para librarnos de su juicio...

—Soy el primero que sabe que no es justo para con ellos, y bien saben los dioses que no habrá redención para nosotros, pero la fe es lo único que les queda. No estoy dispuesto a añadir su pérdida a mi larga lista de pecados y convertir nuestros últimos veintiún años en un sacrificio inútil —lo amenazó para su sorpresa.

Adela interrumpió de malas formas en la sala sorprendiendo a ambos hombres.

—¡Esta vez no dejaré que me dejéis al margen! —se dirigió hacia ellos con paso firme.

Isaias se apresuró a acercarse a Maximilian con una confianza impropia de un simple consejero.

—¿Queréis aliviar vuestra conciencia siendo juzgados? —desde los pies de las gradas y con voz baja para no ser escuchado por ella, semejó retarlo con su pregunta—. Entonces adelante...

Tras exponer la solución a su repentino ataque de honestidad se decidió a abandonar la cámara. Adela ni se inmutó cuando el consejero pasó por su lado. Detenida en medio de la sala tenía su furibunda mirada fija en su esposo.

—Creo que es el momento de que sepas toda la verdad... —se levantó del trono espoleado por las palabras de su consejero.

Guardó un silencio expectante mientras esperaba escuchar las explicaciones que ahora si parecía que iba a recibir. Mientras lo hacía reparó en la figura de su marido. Se veía apesadumbrado.

—¿Sabes qué es lo que más me duele de todo? —a pesar de intentarlo, no pudo evitar abrir la boca e interrumpirlo—. Saber que me estabas mintiendo a la cara... a mí.

—Tienes razón. Lo siento mucho —asumió sin objeciones.

—¿No hubiera sido más fácil liberarte de esa carga compartiéndola conmigo? —era incapaz de entender su postura—. ¿Por qué enfrentarte tú solo cuando siempre hemos sido dos?

Cabizbajo, detuvo sus pasos junto a la chimenea. Prendida como siempre estaba, desprendía pequeños golpes de calor que no invitaban, por culpa del actual y caluroso día, a acercarse demasiado. El rey se apoyó sobre ella y miró el tapiz decorativo que lucía con elegancia encima de la misma.

—Desde el primer momento en que te vi supe que tenías que ser tú quién me acompañase en este viaje —rememoró con añoranza—. Siempre he estado convencido y lo sigo estando de que tú y yo estábamos predestinados —no dudó en reconocer sin vergüenza—, pero hubo un tiempo, un momento, en mi vida antes de conocerte que hice una cosa que a día de hoy reclama responsabilidades...

Adela ahora si que guardó silencio con inquietud y recelo. No le gustó su tono.

—Se me acaba el tiempo, Adela —acabó por derrumbarse ante ella.

Capítulo 35

EL MERCADO DE NIGHEM

Ambas mujeres recorrían los puestos del mercado que abarrotaba de gente tanto la plaza como la calle principal de la ciudadela.

—¿Está mejor? —preguntó Cora con interés.

El comercio de Nighem estaba considerado uno de los mayores patrimonios del imperio y la principal fuente de ingresos para los lugareños que no vivían en la ciudadela y que vendían las cosechas conseguidas con mucho esfuerzo y dedicación durante todo el año. Pero no todo se limitaba a los alimentos, los buhoneros hacían las delicias de la alta alcurnia con los ornamentos recolectados durante sus viajes y los mercaderes, llegados a través del mar del oeste, conseguían sus atenciones y dineros con exóticas telas venidas de tierras lejanas.

—¿Princesa? —repitió sacándola de sus pensamientos.

Helena había decidido acompañar a Cora en su labor diaria de compra de alimentos para la familia real. Tarea que la doncella realizaba tras pasar por la capilla y acudir junto a ella para charla unos minutos.

—Perdona... —sonrió descubierta—. Estoy un poco distraída.

—¿Un poco distraída?, ¡está en las nubes! —compartió entre risas.

Vestida con un atuendo de Cora y con el pelo recogido caminaba a su lado con la cabeza agachada para no llamar la atención, aunque su empeño no era necesario pues Cora obtenía toda la atención masculina a su paso y las mujeres estaban demasiado interesadas en las mercancías de los puestos para fijarse en ella.

—¿Esto es siempre así? —a Helena le pudo la curiosidad.

—¿La aglomeración de gente?... si. Abruma al principio, pero una se acaba acostumbrando. Aunque he de reconocer que hoy la gente se ve más nerviosa de lo habitual —cuchicheó.

—No me refería a eso —la corrigió con una sonrisa pícara—. ¿Siempre levantas tanta expectación?

—Ah, eso... —le quitó importancia con una mueca displicente—. Son hombres.

La joven caminaba entre ellos con decisión y familiaridad. Era una mujer presumida y que le gustaba gustar. No le intimidaban las miradas, en muchos casos lascivas, que le ofrecían o los cumplidos subidos de tono que tenía que escuchar de algún que otro atrevido a los que acababa plantando cara, pero sin ocultar cierto gusto tras oírlos.

—Me extraña que con tanto pretendiente todavía sigas soltera —se mostró interesada en su vida.

—Ninguno de ellos se acerca a lo que una busca —explicó el motivo con complicidad.

—Mujer de altas miras —entendió a qué se refería.

—Cuando una ya ha probado lo bueno... —se interrumpió a si misma al darse cuenta de que había hablado de más.

—¿Ah, sí? —la princesa se quedó intrigada con la revelación.

La doncella, queriendo eludir el tema, dejó por un momento la charla y se acercó a uno de los puestos para manosear con interés unos dátiles.

—¡Cora, no sobes así la mercancía que después nadie me la quiere comprar! —la recriminó el vendedor con familiaridad.

—Tranquilo —los volvió a posar—. Sólo quiero comprobar que no están pasados. No pretenderás que le lleve algo en mal estado a los reyes.

—¡Eso aquí nunca! —la rebatió alzando la voz para ser bien escuchado por todas las personas cercanas a su puesto—. ¡Ya sabes que yo sólo vendo calidad!

—Ya, ya —le dio la razón conociendo su embuste.

Los comerciantes deseaban que la joven les comprase. Una ansia que ella conocía y que explotaba en su favor sacando precios más bajos de los debidos para llevarse sus mercancías. Y es que con la desmesurada competencia que había, presumir que sus alimentos iban al castillo era el mejor reclamo del que podían disponer para vender entre el resto de los habitantes de la ciudadela.

—Oye... —Cora volvió a llamar su atención antes de marcharse—. ¿Se puede saber qué pasa?

—¿No lo sabes? —el hombre se mostró sorprendido con su ignorancia.

—¿Saber qué? —quiso que siguiera hablando.

Helena se acercó a ellos con disimulo para escuchar lo que el vendedor estaba por descubrir.

—Damolsek ha sido asesinado. Encontraron su cabeza cercenada en la entrada de su casa —cuchicheó con secretismo—. Del cuerpo no se tienen noticias y su hija está desaparecida.

Ambas se quedaron atónitas con la revelación.

—Pensaba que tú ya lo sabías —le sorprendió su reacción—. Como trabajas en el castillo.

—No —reconoció intentando asimilar lo descubierto.

—Pues hace un rato apareció por aquí el mismísimo Mathias Volzac diciendo que haría lo necesario para dar con el paradero de la joven, pero sus palabras hace mucho que no son creídas por aquí...

Helena, en silencio, recibió con molestia el menosprecio.

—¿Crees que ella también estará muerta? —la doncella se dejó llevar por su macabra curiosidad.

—No lo sé, pero hay un grupo de hombres que han partido en su busca —concluyó con la puesta al día.

La doncella guardó un silencio reflexivo.

—Será mejor que me marche, aún tengo muchas cosas que hacer —fue su fría despedida.

El vendedor no tardó en ofrecer toda su atención a otra clienta que parecía interesada en sus dátiles.

—¿La conocías? —la princesa reparó en el gesto desencajado de su confesora.

—Y vos también lo hacíais —respondió consternada—. Fue una de las doncellas que acusó al heredero de abusos hace tres meses.

Capítulo 36

UN MIEDO Y UNA CONFESIÓN

—Espero que esté siendo de vuestro agrado esta pequeña visita guiada
—Isaias curioseó con simpatía.

—¡Por supuesto! —se mostró entusiasmada con su compañía—. Te agradezco que hayas estado dispuesto a perder el tiempo por contentarme un poco. Sé que en el castillo tenéis problemas más importantes que afrontar en estos momentos que el divertimento de una invitada.

El consejero y la princesa de Sulán se encontraban disfrutando de las vistas que ofrecía el faro.

—Yo también necesitaba despejarme un poco —le quitó importancia a su gesto.

—Estaba empezando a volverme loca encerrada entre esos muros
—reconoció con tono jocosos.

—Lamento que lo hayáis pasado tan mal, pero era por vuestra seguridad.

—Lo sé, pero nunca he sido mujer de esconderme —confesó con una pícaro sonrisa.

Isaias, tras abandonar la sala de los tronos, se había ofrecido a enseñar el monumento a la mujer cuando la vio deambulando por el patio de armas bastante aburrida. Sarah recibió la invitación como un auténtico regalo.

—Es... impresionante —estaba embelesada por la belleza del lugar.

—Si que lo es —reafirmó el viejo con orgullo.

Desde su actual y elevada posición, en lo alto del faro, disfrutaban de una vista panorámica y casi completa de todo Nighem. Las extensas y verdes praderas a lo lejos, la tranquila playa bajo sus pies y el calmado océano ante ellos completaban un paisaje que era todo un lujo para la vista.

—Me alegra que os guste —se congratuló—, pero si me consentís la osadía, creo que hay algo que os ronda por la cabeza y que no os permite disfrutar de todo esto como se merece.

Lejos de sentirse ofendida por su percepción, se sintió halagada y vio la

oportunidad de desahogarse un poco.

—Isaias... ¿tú crees que soy mala persona? —fue directa.

—¿Qué os hace pensar eso? —ante lo peliagudo de la cuestión, respondió con otra pregunta.

—A veces tengo miedo de acabar convirtiéndome en él —confesó arrepentida—. De no saber parar hasta conseguir lo que quiero sin reparar en las consecuencias de mis acciones.

—Si de verdad os interesa mi opinión al respecto... —se propuso explicarse—. Yo no creo que lo seáis. Ni pienso que os vayáis a parecer a vuestro padrastro. Creo que la desgraciada perdida de vuestro padre hace siete años os puso en un nuevo escenario donde os tuvisteis que adaptar para poder seguir adelante... —su sinceridad escondía un poco de condescendencia—. Y que ahora mismo os estéis planteando ésto sólo demuestra que estáis, por suerte para todos, muy lejos de pareceros a Marcus.

Recibió de buen grado su explicación.

—¿Si tuvieras información comprometida de tu enemigo la utilizaríais en vuestro favor? —la princesa siguió buscando su empatía.

—Algo me dice que no hablamos del enfrentamiento entre naciones —presumió de manera distendida.

Sarah sonrió descubierta.

—Sé que igual suena a locura lo que te voy a contar, pero creo que Alexander es la única posibilidad que tenemos de evitar el conflicto —se sinceró.

Isaias no pudo evitar esbozar una orgullosa sonrisa.

—Y también creo que él es mi única oportunidad de ser feliz —exhaló avergonzada.

Capítulo 37

KOLDIRE (PARTE 1)

—¡Papá, me lo prometiste!

La niña caminaba de la mano de su padre a regañadientes y poniendo oposición.

—Lo siento, princesa. Iremos otro día —el padre tiraba de ella.

—¡Pero quiero ir ahora! —siguió con su empecinamiento.

—Ahora no podemos porque ya se ha hecho de noche y con la niebla que baja de la montaña seremos incapaces de hacerlo... —se detuvo y se puso de rodillas delante de ella para acabar de convencerla—. Te prometo que iremos mañana a la hora de comer.

Pequeños mantos ligeros de bruma se adentraban con lentitud por las calles del pueblo.

—A esa hora ya no estarán allí. Ellos también se marchan a comer —argumentó decepcionada—. Tenemos que ir por la mañana.

—Por la mañana tienes que asistir con tu madre al sermón que dará el sacerdote en la capilla —le recordó.

—¡Pero que luego no estarán allí! —replicó enfurruñada.

—Cariño —le acarició el rostro con dulzura—. Ahora es muy tarde para ir a pescar. Y mañana a la hora de comer los peces seguirán en el río, ya lo verás.

La chiquilla no parecía convencida.

—Estos días estoy muy ocupado con el trabajo —se excusó buscando su comprensión.

—¡Pues no vayas a trabajar! —reprendió enojada.

Sonrió con la ocurrencia de su hija. Su oficio de herrero no era el mejor del mundo, pero le permitía mantener a su familia. La caótica situación que vivían algunos lugares del imperio hacía que tener un trabajo con el que poder poner un plato de comida en la mesa fuera considerado un auténtico lujo.

—Venga, vámonos a casa...

Le provocó unas cuantas risas a base de cosquillas antes de subirla sobre sus hombros para reanudar la marcha.

—Tu madre nos estará esperando preocupada por la tardanza.

—¿Me contarás alguna historia esta noche antes de dormir? —preguntó con candidez demostrando que el berrinche ya se le había pasado.

—¿Y qué historia quieres oír? —ya sabía la respuesta.

—¡Cualquiera de Alexander Volzac! —contestó entusiasmada.

Volvió a sonreír al comprobar la felicidad que transmitía su hija al nombrar la figura del capitán del ejército.

De pronto, un pequeño grupo de personas bastante alteradas se cruzó en su camino y tuvo que sujetar con fuerza a su hija para que no se le cayese cuando otro hombre tropezó con él mientras corría.

—¡Deberías de tener más cuidado!

El hombre ni se molestó en disculparse y prosiguió su huida como pudo. Su extraña manera de comportarse y su desencajado rostro dejaron al padre inquieto.

—¿Qué haces ahí parado?, ¡corre! —otro hombre que pasó por su lado lo alertó.

Confundido por la recomendación y la escena que estaba viendo, cada vez eran más las personas que escapaban en dirección contraria a la suya, bajó a su hija de su cabeza, la cogió en brazos y empezó a huir de algo o alguien sin saber nada más. El miedo de la gente que se cruzaba en su camino y el bienestar de su hija eran motivos más que suficientes para hacerlo.

—¿Papá? —la pequeña, asustada, rompió a llorar al no entender nada.

Los primeros chillidos de angustia y dolor llamaron su atención y lo obligaron a girarse un momento para comprobar que era lo que estaba pasando. Al hacerlo vio con horror como, acompañados por la niebla, un grupo de soldados sobre sus monturas se adentraban en el poblado abatiendo a quien se interponía a su paso.

—¡Quiero ir con mamá!

Salió del estado de aturdimiento que le provocó ver la dantesca escena y se apuró a obedecer a su pequeña. Necesitaba encontrar a su mujer y poner a ambas a salvo. Obligación que lo hizo tomar una decisión arriesgada: separarse del grupo.

Se adentró por unas oscuras y abandonados pasajes que resultaban ser un atajo para llegar a su casa, pero las mismas calles que estaba harto de recorrer a diario se estaban convirtiendo, por culpa de la ansiedad y los agónicos gritos de sufrimiento que escuchaba, en estrechas y laberínticas trampas que parecían querer frenar su huida.

—¡Mamá! —la niña vislumbró a su madre cuando se encontraban muy cerca de su casa.

La mujer, detenida en el umbral de la puerta confundida y preocupada, echó a correr a su encuentro portando un pequeño candil cuando los vio aparecer.

—¡Mi vida! —tiró el candil al suelo justo antes de llegar junto a ellos.

La pequeña se abalanzó sobre sus brazos buscando su consuelo.

—¡Gracias a los Dioses que estás bien! —suspiró aliviado uniéndose al abrazo.

—¿Qué está pasando? —compartió con su marido la incertidumbre que la poseía.

—No tenemos tiempo —la interrumpió—. Hay que entrar en casa y apagar todas las luces.

La mujer obedeció e iniciaron el camino de regreso al interior de su humilde hogar, pero antes de que pudieran conseguirlo se vieron sorprendidos por la aparición de un soldado a lomos de su caballo.

—¡Gracias a los Dioses que ha llegado! —la mujer se alegró de su llegada—. ¡No sabemos que está pasando!

Su alivio contrastó con la desconfianza de su esposo que se apuró a poner a ambas detrás de él.

—¿Cariño? —la mujer se sorprendió con su reacción.

Lo que había visto, aunque ilógico, era el principal motivo de su recelo. Intuición que se refrendó cuando el soldado se bajó de su montura y desenvainó su espada apuntando hacia ellos.

—¿Qué está pasando? —la mujer insistió en su confusión.

La niebla apareció dotando a lo que estaba por suceder de un aire más tenebroso y lúgubre.

—¡Coge a la niña e iros de aquí! —ordenó sin estar muy seguro de sus propias palabras.

El hombre sin tener nada con lo que defender a su familia y echando mano del inconsciente y repentino valor que se apoderó de él, se agachó y agarró una piedra suelta del desgastado empedrado. Tenía que hacer algo si no quería que asistir a una tragedia.

—¡Vete! —gritó encorajinado.

Cuando el soldado se encontró lo suficientemente cerca, le tiró la piedra. Su lanzamiento fue certero y le produjo una brecha en la sien que sorprendió al propio agredido, pero que no lo noqueó.

—¡Vete! —repitió frustrado viendo que no le había hecho caso.

La mujer, aprovechando el pequeño momento de confusión y con su hija en brazos, se propuso obedecer a su marido, pero se detuvo cuando vio como el soldado, enfurecido y recompuesto, fue a por su esposo para hacerle pagar por su osadía.

—¡Cariño! —la mujer rompió a llorar adivinando que era lo que iba a pasar a continuación.

La efímera valentía del hombre desapareció cuando el soldado le alcanzó el brazo con la espada. Herido y asustado, intentó recular para emprender la huida, pero se tropezó y cayó al suelo quedando a su merced. El soldado no dudó en empezar a darle patadas.

—¡Deteneos por todos los Dioses! —suplicó la mujer entre lágrimas.

Madre e hija asistían impotentes a la paliza. Paralizadas por el miedo veían con horror como el soldado se ensañaba sin compasión mientras su marido y padre, encogido en el suelo, encajaba como podía todos los golpes que recibía. Su resistencia no tardó en desaparecer al mismo tiempo que lo hizo su conciencia.

El soldado, una vez cumplida su pequeña venganza, cambió su objetivo y con paso lento y una sonrisa maquiavélica, se dirigía hacía ellas.

La madre, aterrada, no sabía que hacer. Conforme se les iba acercando podía ver con mayor claridad su cara, ahora empañada por la sangre que le brotaba de la herida de la cabeza, donde la locura reinaba en un rostro

completamente desenchajado.

Sin encontrar mejor solución, metió a su hija dentro de la casa y cerró la puerta con llave. Ella misma sabía que no era la mejor idea posible, pues aquel desalmado no tendría muchos problemas para tirar la puerta abajo si se lo proponía, pero fue su primer instinto para alejarla de él todo lo posible.

El soldado la dejó hacer motivado por la curiosidad. Ella, al entenderse como el último y único escollo que protegía la vida de su pequeña, se abalanzó sobre él dispuesta a hacerle frente, pero apenas fue rival y se la quitó de encima con un simple empujón.

La mujer se quiso revolver espoleada por la rabia cuando se vio arrastrada por el suelo hasta la posición de su marido que seguía inconsciente. Valerosa reacción que no gustó a su atacante y le hizo ganarse varios golpes en la cara que la dejaron sangrando y muy dolorida.

—¡No! —suplicó al ver lo que se proponía.

El soldado recuperó el candil del suelo y se lo mostró con una macabra sonrisa.

—No lo hagas... te lo suplico.

Sin hacerle caso lo tiró contra una de las ventanas de la casa prendiendo un fuego en su interior. En apenas segundos un enorme incendio se propago por toda la casa.

—¡Sácala de ahí, por favor! —escuchó los primeros llantos asustados de su hija—. ¡Haré lo que quieras!

El soldado se acercó a ella con su espada en la mano. Parecía claro lo que iba a pasar.

—¡Arderás en el infierno! —escupió con rabia conforme se acercaba.

A su merced, vio como levantaba su arma y aceptó su cruel destino. Cerró los ojos como acto reflejo cuando sintió como el acero se acercaba. Pero el fatídico desenlace, ese que entendía como inevitable, no ocurrió.

Tras unos pocos segundos entreabrió los ojos, completamente llorosos, y vio como otra espada se había interpuesto en su camino.

Sin tiempo para abrir la boca, la pelea entre ambos contrincantes se inició. El soldado intentó hacer frente al misterioso salvador, pero no fue capaz. Con apenas un par de movimientos éste clavó su espada en su

pecho y le quitó la vida.

—¿Te encuentras bien? —tan pronto como acabó con el soldado se giró para preocuparse por su estado.

La mujer se quedó conmovida al descubrir la identidad de su salvador...

Capítulo 38

UNA PROPUESTA INESPERADA

—No esperaba encontraros aquí —la sugerente voz de Sarah lo devolvió a la realidad.

—Necesitaba aclarar los pensamientos —admitió sin esconder el gesto consternado que reflejaba su rostro.

—Tengo que reconocer el buen gusto que tenéis para elegir el lugar oportuno para hacerlo —su mesura indicaba que su presencia no buscaba la confrontación.

Maximilian oteaba el solitario jardín desde la almena noroeste. Había perdido la cuenta de los minutos que había pasado con la mirada perdida en el estanque hasta la aparición de Sarah. El brillo que desprendía el reflejo de la luna sobre el agua lo había atrapado y despistado.

—Lamento que se haya complicado la trama de la joven del puente con la muerte de su padre —mantuvo una distancia prudencial.

—No debería de preguntar cómo te has enterado, ¿verdad?

—Esta vez me he comportado —declaró con una ligera e inocente sonrisa cómplice—. He estado de visita turística por la ciudadela y el faro con vuestro consejero y por desgracia no se habla de otra cosa en las calles.

El rey sonrió descubierto y en cierta manera aliviado. Sin decir una palabra más, recuperó su reconocida seriedad y volvió a fijar su agobiada mirada en el relajante paisaje. Sarah estuvo a punto de abrir la boca, pero se arrepintió en el último momento buscando las palabras apropiadas antes de hacerlo.

—Empezáis a tener demasiados frentes abiertos, pero si perdéis la poca confianza que aún tenéis de los vuestros a las puertas de la guerra perderéis algo más que una batalla...

Su discurso le recordó demasiado al expuesto por Isaias esa misma mañana.

—Sentenciaréis a estas tierras y a sus gentes para siempre —vaticinó.

Volvió a mirarla con curiosidad. Empezó a buscar en su mirada donde estaba la trampa de sus palabras.

—Estoy aquí, ahora, a vuestro lado, para ofreceros mi ayuda... —expuso convencida sabiendo que ese era el momento propicio.

—¿Qué me puedes ofrecer más allá de buenas voluntades, Sarah? —no se mostró entusiasmado con su ofrecimiento.

—La plena seguridad de que ese conflicto nunca sucederá —afirmó con rotundidad.

No se lo quiso decir, pero no pudo evitar sentirse esperanzado. Su seguridad lo hizo dudar por un momento. Aunque una vez pasados esos efímeros instantes de alivio, y porque no decirlo felicidad, entendió que su convicción sólo escondía la inocencia y el atrevimiento de una mujer a la que las responsabilidades del trono aún no habían destrozado sus idílicos ideales.

—Desde el momento en que me invitasteis y yo acepté todos sabíamos que mi presencia aquí escondía un motivo oculto. Motivo el cuál creo que es necesario compartir con vos ante el apurado devenir de los acontecimientos...

Esta confesión no sorprendió a Maximilian.

—Estoy enamorada de vuestro hijo...

Esta en cambio sí.

—Darme vuestra bendición para casarme con él.

No pudo evitar quedarse aturdido con la petición.

—¿No se supone que tiene que ser al revés? —fue lo único que atinó a exponer asimilando la propuesta—. ¿No tendría que ser mi hijo quién pida la aprobación de tus padres?

—La situación no está para andarse con remilgos, ¿no creéis?

—Jamás imaginé que Mathias y tú pudierais acabar casados —reconoció.

—Yo no he dicho que sea él con quién me quiero casar —lo corrigió al momento con una traviesa sonrisa.

—¿Alexander? —no fue capaz de esconder su propio asombro por la revelación—. Pero él está con Helena.

—Algo me dice que no por mucho tiempo —la felicidad le iluminó la cara al pronunciar estas palabras—. En los próximos días van a pasar cosas y

cuando sucedan necesito saber que cuento con vuestro apoyo en ésto.

Maximilian no sabía qué decir.

—Si anunciamos el enlace, la guerra será inviable. Ambos reinos quedarían unidos y yo accedería al trono derrocando a Marcus... todos saldríamos ganando.

Capítulo 39

MIEDO MATERNAL

—Ya ni siquiera te molestas en ocultarte —Regina lo descubrió disfrutando de la compañía de una doncella en su propia cama.

Marcus dibujó una sonrisa que estaba muy lejos de ser de arrepentimiento o miedo. Con un sutil gesto obligó a la muchacha a quitarse de encima de él y a salir del aposento. La joven, avergonzada y recogiendo con prisa sus prendas del suelo, salió corriendo del aposento.

—¿Celosa?

—Apenada por esa pobre chiquilla —declaró con rencor al tiempo que se sentaba delante de su tocador.

—Complacer a su rey es una de sus labores —Marcus permaneció tumbado sobre el lecho sin siquiera taparse—. Además, no creo que sea un castigo disfrutar de este cuerpo... tú misma perdías la cabeza por él hasta no hace mucho.

—Ejemplo perfecto para demostrar que el amor nubla el juicio —Regina, con todo el orgullo que fue capaz de mostrar, se empezó a deshacer de los abalorios que portaba.

—Siempre he admirado tu inteligencia. Fue una de las cosas que me atrajo de ti aparte de la corona —no se molestó en ocultar la verdad—. Una pena que tu querida hija no haya heredado esa cualidad tuya.

La reina se detuvo y lo miró con rabia a través del espejo. Su rostro cansado y ojeroso buscó intimidarlo de alguna manera, pero él no se mostró impresionado. Ni tirado sobre la cama desnudo desaparecía ese aura intimidante que lo acompañaba.

—Ahí tienes otro buen ejemplo de que el amor nubla el juicio. El amor materno también cuenta —utilizó sus propias palabras en su contra.

—¡No te atrevas a mencionarla siquiera! —lo advirtió encorajinada.

—Haré lo que quiera cuando quiera que para eso soy el rey de estas tierras —presumió—. Y esa persona a la que no puedo nombrar te recuerdo que ha traicionado a los suyos y como tal tendrá que pagar por su pecado.

Regina se giró asustada hacia él.

—¿Qué has hecho? —comprendió que sus palabras escondían algo más.

—Lo que haría un buen rey con un traidor fugado —argumentó convencido.

—¡No te atreverías!

—¿A poner el bienestar de mi gente por encima de cualquiera?, por supuesto que sí.

Una fuerte y sonora carcajada llena de cinismo por parte de Marcus acompañó el atropellado abandono de su mujer del aposento.

Capítulo 40

KOLDIRE (SEGUNDA PARTE)

—¡Mi hija, por favor! —fueron las últimas palabras de la mujer antes de perder la consciencia.

Alexander empezó a buscar con desesperación en todas direcciones hasta que los apagados y débiles lamentos provenientes del interior de la casa en llamas le dieron sentido a la suplica de la mujer.

Sin pensar en lo peligroso que podía ser, se despojó a toda prisa del cinturón con la espada y entró, esquivando la llamarada que lo recibió, tras tirar la puerta abajo de una patada.

—¿Pequeña? —vociferó esperando su réplica para saber dónde buscar—. ¿Dónde estás?

El humo envolvía la pequeña y claustrofóbica atmósfera y a cada segundo era más difícil respirar.

—¿Papá? —la voz provino del piso superior.

Alexander atravesó con decisión las escaleras que conducían hacia la voz de la niña y éstas se derrumbaron justo cuando acabó de subir por ellas.

—¡Ya estoy aquí! —la encontró escondida dentro del cuarto de sus padres, uno de los pocos rincones que aún no estaba en llamas.

Llorando y asustada, se lanzó sobre él cuando lo reconoció.

—Tranquila —la cogió en el colo y le cubrió la cara con su pecho para que no siguiese inhalando más humo.

Con desespero y apremiado por la situación límite en la que se encontraba, miró en todas las direcciones buscando una salida de aquel infierno que amenazaba con devorarlos. La calor se estaba volviendo insoportable y la ropa sufría por no prenderse.

V

—¿Qué está pasando aquí?

La mujer, al borde de la inconsciencia, dirigió su mirada cansada hacia el imponente borrón que se agachó a su lado y todos sus músculos se volvieron a tensar y el miedo a apoderarse de sus gestos cuando descubrió que se trataba de otro soldado. Como si su vida dependiese de

ello, se zafó de él y reculó para alejarse todo lo que su dolorido cuerpo le permitió.

—Estoy aquí para ayudar —buscó calmarla al ver su temerosa reacción.

La mujer no se fío de su palabra. Su rostro magullado era una de tantas evidencias para no hacerlo y él soldado lo empezó a entender. Se podía imaginar lo que había pasado. El hombre inconsciente a su lado, el soldado sin vida y la casa en llamas eran las respuestas.

—¿Dónde está? —reconoció el cinto y la espada tirados en el suelo.

La mujer no respondió. Tau asumió que estaba en shock y empezó a buscarlo en todas direcciones por su cuenta.

—¡Están dentro! —la mujer tuvo un ataque de pánico al darse cuenta de que su hija no estaba ahí con ella.

Tau alzó su mirada hacía la casa en llamas y se apuró a entrar para acudir en su ayuda, pero no pudo hacerlo. El fuego era tan poderoso que incluso ya se había extendido a las casas colindantes.

—Espero que seas capaz de sorprenderme una vez más —musitó impotente mientras reculaba para ponerse a salvo y miraba con rabia el muro de fuego que bailaba ante él.

V

Tras varios intentos fallidos de escape, se encontraron atrapados en el cuarto de la niña sin salida aparente.

—¡Tengo una idea, pero necesito que me hagas caso! —posó a la pequeña en el suelo.

—¡No!, ¡no me sueltes! —gritó aterrada aferrándose a él.

La madera crujía cada vez con más fuerza anunciando que se les acababa el tiempo.

—¡Tranquila, no pasará nada!, ¡te lo prometo! —usó toda la templanza que le quedaba para convencerla—. Necesito que te quedes al lado de tu cama mientras hago una cosa.

La niña, con muchas dudas, acató la orden. Temblando y llorando, se acurrucó junto a su cama ansiosa por volver a sus brazos.

Alexander se rompió un trozo de la manga de la camisa, se envolvió el brazo y golpeó con fuerza la ventana del cuarto. Cada golpe más violento

que el anterior. Era la única vía de escape. La única manera de sobrevivir a ese infierno.

El fuego que consumía las maderas de la ventana no tardó en propagarse a la protección del brazo, pero a él no le importó y siguió golpeando hasta que consiguió crear la tan ansiada ruta de escape. Fue entonces, y sólo entonces, cuando se deshizo del trozo de prenda que ya estaba abrasando su brazo descubriendo las primeras abrasiones sobre su piel.

—¡Necesito tu ayuda! —se asomó y apuró a Tau a reaccionar tras agradecer su presencia.

El soldado, esquivando los trozos de madera que caían, dibujó una sonrisa de alivio al verlo que no tardó en convertirse en un gesto de preocupación al entender lo que se proponía.

—¡Pequeña, ven corre! —la llamó desde la ventana para sacarla finalmente de allí.

Pero cuando la niña se quiso levantar para volver a sus brazos el pedazo de suelo donde se encontraba cedió ante sus pies y Alexander se tuvo que lanzar al agujero para poder agarrarla en el último suspiro. La chiquilla, suspendida en el aire, rompió a llorar más asustada de lo que había estado en toda su vida.

El fuego ya lo había devorado todo en el piso inferior e incluso las llamas se avivaban y crecían por momentos, alimentadas por la cama y demás objetos que habían caído, rozando los pies de la menor.

Alexander, tirado en el candente suelo del piso superior, aguantaba como podía el peso de ella con una sola mano y buscaba fuerzas de flaqueza para tirar de ella.

—¡Quiero ir con mis papás! —la niña sentía como las llamas empezaban a jugar con sus pies.

La suplica lo hizo olvidar las heridas del brazo, que ya causaban fuertes punzadas de dolor, y la asfixiante sensación de ahogo que se había apoderado de su pecho por culpa del cada vez más frágil suelo. No podía rendirse, pero sin tener nada en lo que apoyarse para hacer fuerza y conseguir subirla de nuevo, su determinación y resistencia se vieron mermadas en apenas segundos.

—Por favor...

Nunca antes en toda su vida había escuchado con tanta claridad y tanta necesidad ese par de palabras. Por eso mismo permaneció en la misma posición y con la mirada atónita, ajeno al peligro que corría su vida,

cuando la mano se le escurrió por completo y la vio desaparecer engullida por las llamas. No parpadeó durante más segundos de los que pudiera haber aguantado en caso de habérselo propuesto. Ese no podía ser el final. No tenía que ser así. No para esa niña.

—¿Dónde está mi hija? —la mujer, al lado de Tau, intentaba controlar el pánico que la poseía.

—¿Por qué tardas tanto? —Tau, no hizo caso a la mujer, y suspiró preocupado sin separar la mirada de la ventana.

Tras ver a Alexander brevemente momentos antes, y con la ayuda de la madre, había acercado una carretilla que llenaron con cuantas cosas se encontraron para amortiguar la caída. Sabía que la idea era descabellada, había una altura considerable y cualquier cosa podía salir mal, pero era lo único que se le había ocurrido.

Un fuerte estruendo interrumpió los lamentos y las dudas de ambos y la carretilla se desplomó por culpa del impacto que recibió.

—¿Estás bien? —Tau se apuró a acercarse y resopló cuando lo vio moverse.

Alexander, con los ojos entrecerrados por culpa del dolor, se deslizó, cayendo al suelo, para salir de los restos destartados.

—¿Y mi pequeña? —la madre se dejó llevar por el nerviosismo al no ver rastro alguno de su hija con él.

Alexander se puso de pie con muchas dificultades sin aceptar la ayuda que Tau le ofreció. La mujer rompió a llorar al ver su mirada avergonzada.

—No pude salvarla —ni siquiera fue capaz de mirarla a los ojos.

La mujer le cruzó la cara con una sonora y rabiosa bofetada sin importar las consecuencias que podría acarrear para ella esa acción. Ya nada le importaba. El odio que desprendía su mirada para con él estaba muy lejos de ser el perdón que tanto necesitaba recibir en estos momentos.

—¡Eres un maldito desgraciado! —bramó furiosa—. ¡Era sólo una niña y la has dejado morir para salvarte tú!

Las primeras lágrimas de impotencia aparecieron en sus ojos asumiendo su responsabilidad. Había dejado morir a esa niña.

—¡Era mi vida! —bramó fuera de sí y a la vez hundida.

Tau se interpuso entre ambos y abrazó a la mujer para ofrecerle un consuelo que sabía inútil.

—¡Era toda mi vida!

Edmund, que había observado desde lejos el salto de Alexander, decidió actuar para no alargar la escena más de lo debido y ordenó al par de soldados que lo acompañaban a que ayudasen al lugareño que yacía inconsciente en el suelo.

—¡Siempre presumía de tu figura! —la madre se empezó a derrumbar golpeando, cada vez con menos fuerza, el pecho de Tau—. Siempre nos decía que todo estaría bien si tú estabas cerca... eras su héroe.

Estas palabras lo acabaron de hundir y ya ni se molestó en ocultar las lágrimas de impotencia que recorrían sus mejillas cubiertas de hollín.

—¡No te saldrás con la tuya!

La mujer, poseída por un arrebató de ira, apartó a Tau de su lado con una fuerza inesperada, le robó la espada y puso la punta del acero sobre la garganta de Alexander.

—Cariño...

Pero detuvo su intención al escuchar la débil voz de su marido.

—No lo hagas.

Sostenido por los dos soldados y haciendo un tremendo esfuerzo por no volver a perder la consciencia por culpa de los golpes recibidos, quiso hacerla entrar en razón.

—Era nuestra niña —se justificó mientras sostenía el arma cada vez con el pulso más tembloroso.

—No os puedo perder a ambas.

El esposo mostrando un raciocinio admirable debido a su situación, desveló lo que le pasaría a su mujer de atreverse a consumir su acto de venganza.

Tau tuvo la intención de abalanzarse sobre ella para desarmarla aprovechando la conversación que mantenía con su marido, pero Alexander se lo negó con la mirada para sorpresa del soldado.

—No le hagas ese favor. Deja que viva con la culpa.

La explosión de rabia fue desapareciendo para convertirse en la pena más cruda jamás sentida. La mirada compasiva y condescendiente que le ofreció su marido la acabó por hundir y soltó la espada para ir a su encuentro y abrazarlo rota de dolor. El abrazo más triste de toda su vida.

Edmund ordenó a los soldados que se llevasen a la pareja y éstos lo hicieron con delicadeza ante la nula pasividad del matrimonio. El cansancio, el dolor y la tristeza eran demasiado fuertes para seguir peleando y, por desgracia, ya no merecía la pena hacerlo. Habían perdido lo más importante de su vida: a su hija.

Capítulo 41

DUDAS ALIMENTADAS

Helena entró en el jardín con la intención de disfrutar de su momento de soledad. Algo que no pudo hacer al encontrarse con la reina sentada en el borde del estanque.

—¿Estáis bien? —se acercó con interés.

—Sólo pensaba... —Adela salió de su estado de trance y la recibió con una sonrisa.

—No os he visto esta noche en el comedor y estaba preocupada.

—No tenía hambre —la decepción se escapaba de sus palabras—. Y lo cierto es que te estaba esperando... —admitió—. Sé de tus paseos nocturnos y necesitaba desahogarme con alguien... esta vez con ellos no me basta.

La mujer desvió su mirada desilusionada hacía el cielo en clara alusión a los dioses.

—Contarme —la princesa se sentó a su lado con la mejor de las actitudes—. Siempre habéis estado cerca, incluso cuando yo no os quería a mi alrededor —recordó tiempos pasados—. Estaré encantada de devolveros atenciones, cariños y respeto.

Adela agradeció su contestación.

—Te has convertido en una mujer maravillosa —acarició con mucha ternura su mejilla.

—Os ama más que a su vida, lo sabéis, ¿verdad?

La ausencia del rey durante la cena hizo suponer a Helena el causante del actual estado de ánimo de su mentora.

—A veces eso no es suficiente.

La respuesta confirmó su conjetura.

—No deberíais... —intentó replicar, pero se detuvo a si misma.

Entendió que lo que había pasado entre ellos iba más allá de una simple discusión provocada por los eventos acontecidos durante los últimos días,

así que guardó silencio y quiso escuchar.

—Una de las cosas más difíciles de hacer y reconocer es cuando toca bajar a la persona que creías perfecta del pedestal en la que la habías aupado —la voz de Adela se fue quebrando poco a poco—. Y si esa decepción llega después de tanto tiempo a su lado ese mismo sentimiento te hace dudar de todo. De lo vivido y de lo sentido.

La confesión de Maximilian había tenido repercusiones en ella, tanto por inesperada como por dolorosa.

—De repente te encuentras en una complicada tesitura que jamás antes te habías planteado por inimaginable... y es si esa misma persona que creías única e irrepetible, y por la que te considerabas afortunada, fue la elección correcta —su discurso era tan contundente como crítico.

Sus fuertes y dolorosas palabras hicieron pensar a Helena. Sus dudas internas acababan de ser alimentadas.

—Siento que tengas que escuchar los lamentos y delirios de una vieja dolida —admitió que estaba perdiendo la cabeza.

—No digáis eso nunca —se mostró molesta por su tono condescendiente para consigo misma—. No os permitiré que habléis así de vos misma delante de mí.

Y según dijo estas palabras la abrazó. Gesto que la reina, refugiada en su pecho, agradeció sin poder reprimir las primeras lágrimas.